Paternidad de conveniencia

Maureen Child

1º Los King



Paternidad de conveniencia (2009)
Título Original: Bargaining for King's baby (2008)
Serie: 1º Los King
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1647
Género: Contemporánea
Protagonistas: Adam King y Gina Torino

Argumento:

Ningún otro negocio le proporcionaría tanto placer.

Con tan sólo unas hectáreas de terreno más, el millonario Adam King conseguiría por fin que el rancho familiar recuperara su extensión original. Tal era su obsesión que incluso se planteó casarse con la vecina de al lado, porque el padre de Gina Torino pretendía “venderle” a su hija a cambio de entregarle el ansiado terreno.

Gina estaba al tanto de la manipulación de su padre y decidió negociar con Adam ella misma. Se casaría con el gélido ranchero, él recibiría su tierra… y ella tendría un bebé de King.

Capítulo 1

—Estás obsesionado —Travis King miró a su hermano mayor y sonrió—. Y no de buena manera.

—Estoy de acuerdo —Jackson King sacudió la cabeza—. ¿Por qué te importa tanto?

Adam King miró a sus hermanos y contestó con el tono de voz que solía reservar para sus empleados: uno que no daba lugar a discusión.

—Al hacernos cargo de los negocios familiares, acordamos que cada uno de nosotros se ocuparía de su propia área —declaró.

Los hermanos King celebraban una reunión mensual bien en el rancho familiar, como ese día, bien en los viñedos que operaba Travis o en uno de los aviones privados que Jackson alquilaba a los millonarios del mundo.

Las reuniones mensuales ayudaban a los hermanos King a ponerse al día respecto a las actividades de las diversas empresas de la dinastía familiar. Pero también les permitían ponerse al día sobre sus vidas personales. Incluso si, a juicio de Adam, eso implicaba soportar interferencias, por bien intencionadas que fueran.

Levantó su copa de brandy, hizo girar el líquido ambarino y observó cómo reflejaba la luz del fuego. Sabía que no tardaría en escuchar algún comentario y apostó para sí que Travis sería el primero en hablar. Su opinión quedó confirmada segundos después.

—Sí, Adam, cada uno se ocupa de su área —dijo Travis, tomando un sorbo de Merlot Viñedos King. Travis prefería beber los vinos producidos por él mismo al brandy que degustaba Adam. Miró a Jackson y éste asintió—. Eso no implica que no vayamos a hacer una pregunta o dos.

—Preguntad cuanto queráis —replicó Adam. Se puso en pie, fue hasta la enorme chimenea de piedra y contempló el fuego—. Pero no esperéis que conteste.

—No decimos que el rancho no sea tuyo para hacer con él lo que gustes, Adam. Sólo queremos saber por qué significa tanto para ti recuperar cada centímetro del territorio original —dijo Jackson, apaciguador. Él bebía whisky irlandés.

Adam dio la espalda a la chimenea, miró a sus hermanos y sintió la intensidad del vínculo que los unía. Habían nacido con un año de diferencia entre cada uno, y la amistad que forjaron en la infancia no había disminuido con el tiempo. Pero eso no implicaba que fuera a explicarles cada uno de sus pasos. Adam King era el mayor y no daba explicaciones a nadie.

—El rancho es mío —dijo—. Quiero que recupere su extensión original, ¿por qué os importa eso?

—No nos importa —respondió Travis. Se recostó en el sillón de cuero marrón, apoyó la copa de vino en el estómago y miró a Adam con los ojos

entrecerrados—. Queremos saber por qué te importa a ti. Diablos, Adam, el bisabuelo King vendió esa parcela de ocho hectáreas a los Torino hace casi sesenta años. Somos dueños de casi la mitad del condado. ¿Por qué es tan importante esa parcela?

Lo era porque Adam se había propuesto recuperarla y nunca se rendía. Cuando decidía hacer algo, lo hacía, contra viento y marea. Miró por el ventanal que daba al jardín y a una pradera que se extendía unos quinientos metros, hasta el camino.

El rancho siempre había sido importante para él, pero en los últimos cinco años se había convertido en su vida y no descansaría hasta que volviera a estar completo.

Había caído la noche y fuera la oscuridad sólo quedaba aliviada por pequeños grupos de luces decorativas que bordeaban el camino de entrada. Ése era su hogar. El de la familia. Y conseguiría que volviera a estar completo.

—Porque es el único trozo que falta —dijo Adam. Había dedicado los últimos cinco años a comprar cada trozo de terreno que había pertenecido a la concesión de tierra original, que se remontaba a más de ciento cincuenta años.

La familia King llevaba en California central desde antes de que empezara la fiebre del oro. Habían sido mineros, rancheros, granjeros y constructores navales. A lo largo de los años, la familia había ampliado sus intereses, expandiendo su dinastía. Generación tras generación, habían ampliado el imperio familiar.

Con una salvedad: su bisabuelo, Simón King, había sido jugador. Y para costear su vicio había vendido partes de su herencia. Por fortuna, los King que lo sucedieron mantuvieron intacto el resto del patrimonio.

Adam no sabía si conseguiría que sus hermanos lo entendieran, ni estaba seguro de que mereciera la pena intentarlo. Había dedicado los últimos cinco años a volver a recomponer el rancho y no se detendría hasta concluir su tarea.

—Bien —dijo Jackson, lanzándole a Travis una mirada para que no dijese más—. Si es tan importante para ti, adelante.

—No necesito vuestro permiso —rezongó Adam—, pero gracias.

Jackson sonrió. Era el hermano menor y era casi imposible irritarlo.

—Pero necesitarás mucha suerte para recuperar esa tierra de los Torino —tomó un sorbo de whisky y soltó un suspiro dramático—. El viejo se aferra a todo lo suyo con ambas manos —torció la boca—. Igual que tú, hermano mayor. Sal no va a venderte la tierra sin más.

—¿Cuál era el dicho favorito de papá? —preguntó Adam, alzando su copa de brandy.

—«Todo hombre tiene un precio» —dijo Travis, alzando su vaso—, «se trata de encontrarlo lo antes posible».

—Puede que Salvatore Torino sea la excepción a esa regla —Jackson movió la cabeza, pero alzó el vaso hacia sus hermanos.

—Imposible —afirmó Adam, ya saboreando la victoria por la que había trabajado cinco años. No permitiría que un vecino testarudo se la robara—. Sal tiene un precio. Lo encontraré.

* * *

Gina Torino enganchó el tacón de su gastada bota en el travesaño inferior de la verja de madera. Apoyó los brazos en el travesaño superior y miró el prado que se extendía ante ella. El sol brillaba, la hierba era verde y abundante y un potrillo recién nacido trotaba junto a su madre.

—¿Ves, *Shadow*? —le susurró a la satisfecha yegua—. Te dije que todo iría bien.

La noche anterior, Gina no había estado tan segura. Hacer de comadrona para la yegua que había criado desde la infancia la había aterrorizado. Pero en ese momento podía sonreír y disfrutar.

Siguió con la vista a la yegua negra y blanca paseando con el potrillo recién nacido pegado a sus patas peludas. Los caballos de tiro Gypsy eran los más bonitos que Gina había visto nunca. El pecho ancho, el porte del cuello y las «plumas», pelos largos y delicados que flotaban alrededor de sus cascos, creaban un conjunto de aspecto exquisito. La mayoría de la gente les echaba un vistazo y pensaban que eran Clydesdale miniatura. Pero los Gypsy eran algo muy distinto.

Relativamente pequeños, pero fuertes, originariamente habían sido criados por los gitanos ambulantes que les dieron su nombre: Gypsy. Podían tirar de carretas y caravanas cargadas, y eran tan mansos que acababan siendo parte de la familia. Eran muy gentiles con los niños y leales hacia sus dueños.

Para Gina los caballos eran más que animales que se criaban y vendían: eran familia.

—Los mimas como si fueran bebés.

Gina ni siquiera se dio la vuelta cuando oyó a su madre hablar a su espalda. Era una discusión que venía de largo; su madre alegaba que Gina pasaba demasiado tiempo con los caballos e insuficiente buscando marido.

—No tiene nada de malo.

—Deberías tener tus propios bebés.

Gina puso los ojos en blanco, agradeciendo que su madre no pudiera ver el gesto. Teresa Torino no tenía en cuenta la edad de sus hijos. Si hacían algo que no le gustaba, les daba un coscorrón igual que cuando eran niños. Gina pensó que si tuviera sentido común, se habría ido, como dos de sus tres hermanos mayores.

—Sé que estás poniendo los ojos en blanco.

Sonriendo, Gina miró por encima del hombro. Teresa Torino era baja, regordeta y de ideas fijas. Su pelo negro empezaba a encanecer y no se molestaba en teñírselo; prefería recordar a la familia que se había ganado esas canas a pulso. Tenía ojos marrones y agudos, a los que se les escapaba bien poco.

—¿Haría yo eso, mamá?

—Si pensaras que no iba a verlo, sí —su madre enarcó una ceja oscura.

Gina alzó el rostro hacia la brisa que llegaba del océano y cambió de tema. Era más seguro.

—Te oí hablar con Nick por teléfono esta mañana. ¿Va todo bien?

—Sí —Teresa se reunió con su hija en la valla—. La esposa de tu hermano Nickie está embarazada otra vez.

—Es una gran noticia —Gina pensó que también explicaba la mención sobre ella y futuros bebés.

—Sí. Nick tendrá tres, Tony, dos y Peter, cuatro.

Gina pensó, sonriente, que sus hermanos estaban esforzándose por repoblar el mundo con Torinos. Ella disfrutaba siendo tía, por supuesto. Pero habría deseado que vivieran más cerca de allí para librarla de «cierta» atención. Pero de los tres Torino sólo Tony vivía en el rancho, que dirigía con su padre. Nick era entrenador de fútbol en un instituto de Colorado y Peter instalaba programas informáticos en empresas de seguros, en Carolina del Sur.

—Eres una abuela afortunada al tener tantos nietos que mimar —comentó Gina.

—Podría serlo más —rezongó su madre.

—Mamá… —Gina dejó escapar un suspiro—. Tienes ocho nietos y medio. No necesitas que yo te dé más.

Su madre siempre había soñado con el día de la boda de Gina. Ver a su única niña caminar hacia el altar del brazo de su padre. El que Gina no hubiera cumplido su deseo la disgustaba.

—No es bueno que estés sola, Gina —dijo su madre, dando una palmada en la valla.

—No estoy sola —refutó Gina—. Te tengo a ti, a papá, a mis hermanos, a sus esposas y a los niños. ¿Quién podría estar solo en esta familia?

Teresa no iba a dejarlo ahí. Volvió a hablar con el deje italiano que aún no había perdido.

—Una mujer debería tener un hombre en su vida, Gina. Un hombre al que amar y que la ame…

Gina se irritó, aunque una parte de ella estaba de acuerdo con su madre. No se trataba de que ella hubiera decidido no casarse nunca, o no

tener hijos. Pero las cosas habían salido así y no iba a pasarse el resto de su vida amargada por eso.

—Que no esté casada, mamá —interrumpió—, no significa que no haya hombres en mi vida.

Teresa inspiró con tanta fuerza y desaprobación que uno de los caballos del prado giró la cabeza y la miró con curiosidad.

—No necesito saber esas cosas.

Mejor así, porque Gina no quería hablar de su vida amorosa, o carencia de ella, con su madre. Quería mucho a sus padres, desde luego. Teresa pertenecía a una numerosa familia siciliana y había llegado a América hacía más de cuarenta años para casarse con Sal Torino. A pesar de que Sal había nacido y crecido en América, tendía a ponerse del lado de su mujer con respecto a los valores del Viejo Mundo: el destino de las hijas que no habían encontrado marido a los treinta años era convertirse en solteronas.

Por desgracia, Gina había cumplido los treinta dos meses antes.

—Mamá… —Gina tomó aire e intentó armarse de paciencia.

Había esperado que construirse su propia casita en el rancho le daría intimidad. Que sus padres empezarían a verla como una mujer adulta y capaz. Gran error.

Tal vez debería haberse ido a vivir fuera del rancho. Pero incluso así habría pasado allí todos los días, dado que los caballos Gypsy que criaba y adiestraba eran su vida. Simplemente, tendría que encontrar la manera de soportar el hecho de ser una gran decepción para su madre.

—Lo sé, lo sé —Teresa alzó una mano como si quisiera evitar una discusión habitual—. Eres una mujer adulta. No necesitas a un hombre que te complete —resopló con impaciencia—. No debí dejarte ver todos esos programas en la televisión mientras crecías. Te llenan la cabeza de…

—¿… Sensatez? —ofreció Gina con una sonrisa. Adoraba a su madre, pero era un incordio tener que pedirle disculpas continuamente por no estar casada y embarazada.

—¡Sensatez! ¿Es sensato vivir sola? ¿No tener amor en tu vida? No —espetó Teresa—. No lo es.

Sería más fácil discutir con su madre si Gina no estuviera de acuerdo con ella hasta cierto punto. Una vocecita en su cabeza le susurraba que se estaba haciendo mayor y que renunciase a las viejas fantasías que tendría que haber desechado hacía años.

Pero no conseguía hacerlo.

—Estoy bien, mamá —dijo, deseando creerlo.

—Claro que sí —Teresa le dio una palmadita cariñosa en el antebrazo.

Gina aceptó el gesto, aunque sabía que sólo era un intento de su madre para aplacarla.

—¿Dónde está papá? —preguntó—. Iba a venir a ver al recién nacido esta mañana.

—Ha dicho que tenía una reunión —Teresa agitó la mano—. Muy importante.

—¿Sí? ¿Con quién?

—¿Crees que me dice esas cosas? —Teresa resopló con frustración y Gina sonrió. Su madre odiaba no estar al tanto de todo lo que ocurría.

—Bueno, mientras papá está en su reunión, tú puedes conocer al nuevo bebé.

—Caballos —masculló Teresa—. Tú y tus caballos.

—Ven —Gina rió y agarró a su madre de la mano.

Mientras iban hacia la verja, se oyó el motor de un coche acercarse por el camino, desde la carretera principal. El lujoso automóvil negro dejaba remolinos de polvo a su paso y algo se removió en el interior de Gina al reconocerlo. Intentó controlar la sensación, pero se quedó sin aliento y se le secó la boca.

No le hizo falta mirar la matrícula, KING I, para saber con certeza que lo conducía Adam King. Tenía una especie de radar interno que entraba en acción en cuando Adam se acercaba.

—Así que la importante reunión es con Adam King —musitó su madre —. Me preguntó por qué.

Gina también se lo preguntaba. Sabía que debía seguir con sus asuntos, pero no consiguió mover los pies. Se quedó allí parada, observando a Adam aparcar y bajar del coche. Cuando él miró a su alrededor, el corazón de Gina dio un bote. Se dijo que era una estupidez sentir algo por un hombre que ni siquiera sabía que existía.

Adam siguió mirando, como si estuviera catalogando el rancho de los Torino. Finalmente, vio a Gina. Ella se tensó. Incluso en la distancia notó el poder de su mirada oscura igual que si la hubiera tocado con una mano.

Saludó con la cabeza y Gina se obligó a alzar una mano para devolverle el saludo. Antes de que la bajara, Adam ya iba hacia la casa.

—Un hombre frío donde los haya —dijo Teresa con voz queda. Se persignó—. Hay oscuridad en él.

Gina también había sentido esa oscuridad, no podía negarlo. Pero había conocido a Adam y a sus hermanos toda la vida. Siempre había deseado ser la persona que iluminara esa oscuridad.

Era una estupidez. Se preguntó por qué parecía que todas las mujeres querían ser quienes «salvaran» a un hombre. Siguió allí parada, a pesar de que Adam ya había entrado en la casa.

—¿Qué? —preguntó, al notar que su madre la observaba.

—Veo algo en tus ojos, Gina —susurró su madre con expresión preocupada.

Gina se dio la vuelta y fue hacia los caballos. Hizo un esfuerzo para que sus pasos fueran largos y firmes, aunque seguía temblorosa por dentro. Alzó la barbilla y se echó el pelo hacia atrás.

—No sé a qué te refieres, mamá.

Sin embargo, Teresa no se arredró por eso. Corrió tras su hija, le agarró el brazo y la obligó a detenerse. La miró a los ojos con firmeza.

—No puedes engañarme. Sientes algo por Adam King, y no debes rendirte a ello.

—¿Disculpa? —Gina se rió, sorprendida—. ¿Eso lo dice la mujer que hace dos minutos me decía que me casara y tuviera bebés?

—No con él —replicó Teresa—. Adam King es el único hombre que no deseo para ti.

Era una lástima. Porque Adam King era el único hombre a quien Gina deseaba.

Capítulo 2

Adam llamó a la puerta delantera, esperó con impaciencia y se enderezó cuando un hombre mayor abrió y le sonrió.

—Adam —saludó Sal Torino, cediéndole el paso—. Llegas en punto, como siempre.

—Sal. Gracias por recibirme —Adam entró en la casa y miró a su alrededor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí, pero el lugar no había cambiado nada.

La entrada era ancha y recibía luz a través de una claraboya que iluminaba de sol el reluciente suelo de pino. Las paredes del vestíbulo que conducía a la parte trasera de la casa estaban cubiertas de fotos familiares enmarcadas, de niños sonrientes y padres orgullosos. La sala de estar en la que entraron tampoco había cambiado. Las paredes seguían siendo de un amarillo suave y cálido, los muebles eran grandes y cómodos y la chimenea de piedra estaba decorada con una urna de cobre llena de flores frescas. Sal se sentó en el sofá y agarró la cafetera que había en una bandeja, sobre una ancha y rayada mesa de pino.

Mientras Sal servía café que Adam no deseaba tomar, éste recorrió la habitación y se detuvo ante el mirador curvado. El límpido cristal ofrecía una amplia panorámica de la pradera de césped bien cortado, rodeada por viejos robles. Sin embargo, Adam apenas se fijó. Su mente se centraba en la tarea que lo esperaba: convencer a Sal para que le vendiera el terreno que necesitaba.

—¿Qué trae a Adam King a mi casa a primera hora de la mañana?

Adam se volvió hacia su vecino. Sal medía un metro setenta y cinco, tenía abundante cabello negro salpicado de canas, la piel curtida y bronceada como cuero viejo y agudos ojos marrones.

Adam aceptó la taza de café que Sal le ofrecía y tomó un sorbo por cortesía. Se sentó en un sillón frente a él y sujetó la taza con ambas manos.

—Quería hablarte de esa parcela de ocho hectáreas que tienes en el prado norte, Sal.

—Ah —el hombre esbozó una sonrisa comprensiva y se recostó en el sofá.

No era bueno dejar que el adversario supiera cuánto se deseaba algo, pero Sal Torino no era ningún tonto. La familia King había hecho ofertas por ese trozo de tierra varias veces en las últimas dos décadas. Sal siempre las había rechazado de plano. Sabía lo importante que era el tema para Adam y no tenía sentido simular lo contrario.

—Siempre he querido esa tierra, Sal, y estoy dispuesto a hacerte una oferta muy ventajosa.

Sal movió la cabeza, tomó un sorbo de café y dejó escapar un suspiro.

—Adam…

—Escúchame antes —Adam se inclinó hacia delante, dejó la taza de café en la mesa y apoyó los codos en los muslos—. No utilizas ese terreno como pasto. No le sacas ningún partido.

Sal sonrió y negó con la cabeza. Era testarudo y Adam lo sabía. Controló la impaciencia que lo reconcomía y dio un tono cordial a su voz.

—Piénsalo, Sal. Estoy dispuesto a hacerte una oferta sustanciosa por la propiedad.

—¿Por qué es tan importante para ti?

«Ahora empieza el juego», pensó Adam, deseando que fuera más sencillo. Sal sabía muy bien que Adam quería que el rancho King recuperase su extensión original, pero iba a obligarlo a dar razones.

—Es la última parcela que falta para completar la propiedad original de la familia King —dijo Adam, seco—. Como sabes muy bien.

Sal sonrió de nuevo. Adam pensó que parecía un duende benévolo. Por desgracia, no parecía un duende dispuesto a vender.

—Hablemos de negocios. No necesitas la tierra y yo la quiero. Es sencillo. ¿Qué me dices?

—Adam —Sal hizo una pausa para tomar otro sorbo de café—. No me gusta vender terreno. Lo que es mío, es mío. Lo sabes. Tú sientes lo mismo al respecto.

—Sí, y esa parcela es mía, Sal. O tendría que serlo. Empezó siendo tierra de los King. Debería volver a ser de los King.

—Pero no lo es.

Adam sintió una intensa frustración.

—No necesito tu dinero —Sal se inclinó hacia delante, dejó la taza en la mesa y empezó a pasear por la habitación—. Lo sabes y, aun así, vienes a convencerme arguyendo que sacaré beneficio.

—Obtener beneficio no es un pecado, Sal —contraatacó Adam.

—El dinero no es lo único en lo que piensa un hombre.

Sal se detuvo ante la chimenea, apoyó un brazo en la repisa y miró a Adam.

Adam no estaba acostumbrado a estar a la defensiva en una negociación. Tener que alzar la vista para mirar a Sal, desde el mullido sillón, hizo que se sintiera en desventaja, así que se puso en pie. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y contempló a Sal, preguntándose qué intenciones tenía.

—He oído un «pero» implícito en tu frase —dijo Adam—. ¿Por qué no me dices qué tienes en mente? Así descubriremos si es posible llegar a un acuerdo.

—¡Ay, la impaciencia! Deberías aprender a disfrutar más de la vida, Adam. No es bueno centrarlo todo en los negocios.

—A mí me va bien.

Adam no estaba interesado en escuchar consejos. Ni en que nadie le hablara de «disfrutar» de la vida. Sólo quería ese último pedazo de tierra.

—Hubo un tiempo en que no pensabas así —musitó Sal. Sus ojos se ablandaron comprensivamente y su sonrisa se borró.

Adam se tensó. Lo peor de vivir en un sitio pequeño era que todo el mundo se enteraba de los asuntos personales de uno. Sabía que Sal intentaba ser amable, así que controló el nudo de ira que atenazaba su estómago. La gente creía conocerlo y ser capaz de entender lo que sentía y pensaba. Pero la gente se equivocaba.

Le interesaba tan poco la comprensión como los consejos. No necesitaba la compasión de nadie. Su vida era como él deseaba que fuera. Sólo le faltaba esa maldita parcela.

—Mira, Sal. No he venido aquí a hablar de mi vida. He venido a hacer un trato. Si no te importa…

—Eres un hombre de ideas fijas, Adam —Sal chasqueó la lengua con desaprobación—. Aunque lo admiro, también es algo que dificulta la vida.

—Deja que sea yo quien me preocupe por mi vida, ¿de acuerdo? —el cosquilleo de impaciencia que había sentido antes empezaba a burbujear y bullir en su estómago—. ¿Qué me dices, Sal? ¿Va a ser posible que lleguemos a un acuerdo?

Sal cruzó los brazos sobre el pecho y ladeó la cabeza, estudiando a Adam como si buscara algo concreto. Tardó unos minutos en contestar.

—Podríamos llegar a un acuerdo. Pero los términos que tengo en mente son distintos de los que esperabas.

—¿A qué te refieres?

—Es sencillo —Sal se encogió de hombros—. Tú quieres la tierra y yo quiero algo a cambio. Y no es tu dinero.

—¿Qué es?

El hombre asintió, volvió al sofá y se puso cómodo. Luego alzó la vista hacia Adam.

—Conoces a mi Gina.

—Sí… —corroboró Adam con suspicacia.

—Quiero verla feliz —dijo Sal.

—No lo dudo —Adam se preguntó qué diablos tenía Gina que ver con el asunto.

—Quiero verla casada. Asentada. Con una familia.

Adam se puso rígido y sintió un escalofrío. Todos sus sentidos se pusieron en alerta. Oyó el tictac del reloj en la repisa de la chimenea y a

una mosca chocar contra la ventana. Inspiró profundamente y saboreó el aroma de la salsa de tomate que hervía en la cocina. Tenía la piel tensa y los nervios a flor de piel.

Inspiró de nuevo, movió la cabeza y miró a Sal fijamente, incapaz de creer lo que acababa de oír. El peso de lo que Sal parecía estar sugiriendo cayó sobre él como una tonelada de ladrillos. Pero el hombre lo miraba con determinación, esperando a que absorbiera sus palabras. Adam no podía creer que Sal hablara en serio.

Se había enfrentado a negociaciones difíciles y siempre había ganado. Ésa no sería diferente.

—No veo qué tiene que ver el matrimonio de Gina conmigo, ni con esta conversación.

—¿No lo ves? —Sal sonrió—. Tú estás solo, Adam. Gina está sola…

Adam pensó que el asunto iba muy mal.

¿Gina casada con él?

Impensable.

Miró a Sal a los ojos y vio que era totalmente sincero, por increíble que pareciera. Adam apretó los dientes e inspiró un par de veces para calmarse. No funcionó.

—Seré claro —dijo Sal apoyando un brazo en el respaldo del sofá, como si estuviera perfectamente cómodo consigo mismo y con su entorno—. Te ofrezco un trato, Adam. Cásate con mi Gina. Hazla feliz. Dale un bebé o dos. A cambio te daré la parcela.

«¿Un bebé o dos?».

La furia se desbocó como un volcán y Adam vio rojo. Sus pulmones no recibían bastante aire. Tenía el cerebro nublado por la ira y le resultaba imposible pensar. Se dijo que era mejor así. Si consideraba las palabras de Sal seriamente, sólo Dios sabía lo que podía llegar a decir.

No recordaba haber estado nunca tan enfadado. Nadie lo manipulaba, él era el manipulador. Él era el tiburón a la hora de negociar. Nadie lo sorprendía y nunca se sentía perdido. Y, maldijo para sí, nunca se quedaba sin habla.

Al mirar a Sal comprobó que estaba disfrutando viéndolo confundido y eso lo enfureció aún más.

—Olvídalo —siseó Adam. Incapaz de quedarse quieto, fue hacia el mirador y contempló el paisaje un par de segundos antes de volverse hacia el hombre que seguía tranquilamente sentado—. ¿Qué diablos te pasa, Sal? ¿Estás loco? La gente no comercia con sus hijas hoy en día. No estamos en la Edad Media, ¿sabes?

El hombre se levantó, miró a Adam con los ojos entrecerrados y agitó el índice en el aire.

—La ganancia no sería para mí, sino para ti —apuntó Sal—. ¿Crees que aceptaría a cualquier hombre para mi Gina? ¿Crees que la valoro tan poco para hacer esto sin pensarlo? ¿Sin reflexión?

—Creo que estás loco.

—Si tanto quieres la tierra, ya sabes cómo conseguirla —Sal soltó una risa seca.

—Increíble —la proposición era una locura. Siempre le había caído bien Sal Torino; nunca habría pensado que le faltaba un tornillo.

—¿Por qué te parece tan poco razonable? —preguntó Sal, rodeando el sofá para situarse junto a Adam ante la ventana—. ¿Es una locura que un padre busque la felicidad de su hija? ¿O la felicidad del hijo de un hombre que fue su amigo? Eres un buen hombre, Adam, pero llevas mucho tiempo solo. Has perdido demasiado.

—Sal… —sonó como una advertencia.

—De acuerdo —alzó las manos—. No hablaremos del pasado, sino del futuro —se giró hacia la ventana y su vista se perdió en el horizonte—. Mi Gina necesita algo más que sus adorados caballos. Tú necesitas algo más que tu rancho. ¿Es tan aventurado pensar que podríais construir algo juntos?

—¿Quieres que tu hija se case con un hombre que no la ama? —Adam lo miró con fijeza.

—El amor puede surgir y crecer.

—No para mí.

—Nunca digas «nunca jamás», Adam —Sal lo miró de reojo—. La vida es larga y no está hecha para vivirla a solas.

La vida no siempre era larga y Adam había descubierto que era mejor vivirla a solas. Sólo tenía que preocuparse de sus propios intereses, vivía como quería y no se excusaba ni pedía disculpas por ello. No tenía ninguna intención de cambiar su vida.

La irritación se exacerbó en su interior. Quería esa tierra. Para él se había convertido en una especie de Santo Grial. El último trozo de terreno que completaría las extensivas propiedades de la familia King. Casi había paladeado la satisfacción de acabar con la tarea que se había propuesto. De repente, parecía que saborearía el fracaso y eso lo quemó por dentro.

—Gracias, Sal. Pero no estoy interesado —dijo. Quería la tierra, pero no estaba dispuesto a volver a casarse. Lo había intentado una vez. E incluso antes del desastroso final, no había funcionado ni para él ni para su esposa. Simplemente, no estaba hecho para el matrimonio.

—Piénsalo —insistió Sal, señalando la ventana.

Adam miró y vio a Gina y a su madre en el prado. Teresa se alejó y dejó a su hija sola, rodeada de pequeños y fuertes caballos.

El sol caía sobre Gina como un haz de luz. Su cabello largo y oscuro revoloteaba alrededor de sus hombros; cuando echó la cabeza hacia atrás y se rió, resultó tan intrigante que Adam tuvo que apretar los dientes.

—Mi Gina es una mujer extraordinaria. Sería una gran elección.

Adam desvió la mirada de la mujer, sacudió la cabeza y miró al hombre mayor que tenía al lado.

—Puedes olvidar esa idea tuya, Sal. ¿Por qué no piensas de forma realista y buscas un precio para ese terreno que nos satisfaga a los dos?

La situación se le había ido de las manos y Adam se sentía como si un muro se cerrara a su alrededor. Era obvio que Sal estaba loco, aunque no lo pareciera. Nadie ofrecería a su hija como parte de un trueque en los tiempos que corrían.

—¿Qué diablos crees que diría Gina si oyera tu proposición? — preguntó Adam, jugando su última carta.

—Ella no tiene por qué enterarse —Sal sonrió y encogió los hombros.

—Vives peligrosamente, Sal.

—Sé lo que les conviene a mis hijos —rezongó él—. Y lo que te conviene a ti. Es el mejor trato que harás en tu vida, Adam. Así que eres tú quien debe pensarlo seriamente antes de decidir.

—La decisión está tomada —le aseguró Adam—. No me casaré con Gina ni con ninguna otra mujer. Pero si cambias de opinión y quieres hablar de negocios en serio, llámame.

Adam tenía que salir de allí. La sangre le bullía en la venas y tenía la sensación de que le ardía la piel. Maldijo al hombre por soltarle algo así de sopetón. Cruzó la habitación con unas zancadas y abrió la puerta justo cuando Teresa Torino entraba. Ella dio un respingo.

—Adam.

—Teresa —la saludó con la cabeza, lanzó una última mirada incrédula a Sal y salió, cerrando la puerta a su espalda.

De inmediato, sintió que podía respirar de nuevo. El aire fresco traía el aroma de los caballos y del lejano mar. Casi sin pensarlo, Adam volvió la cabeza hacia el prado en el que Gina Torino departía con sus caballos.

Incluso en la distancia, sintió una atracción que hacía tiempo que no sentía. La última vez que había visto a Gina había sido en el funeral de su esposa y de su hijo. Ese día había estado demasiado ausente para fijarse y desde entonces se había concentrado únicamente en el rancho.

En vez de encaminarse hacia su coche, se sorprendió yendo hacia el prado cercado.

Gina observó el avance de Adam y ordenó a sus hormonas que se echaran a dormir. Pero no escucharon. Empezaron a bailar, excitando cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Ay, *Shadow* —susurró, acariciando el cuello aterciopelado de la yegua—. Soy una idiota.

—Buenos días, Gina.

Ella se cuadró y se volvió hacia él. Con una sola mirada a sus ojos oscuros, Gina supo que nunca podría «cuadrarse» lo bastante. Se preguntó por qué ese hombre la encendía por dentro, como una traca de fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Su corazón anhelaba a Adam King y a nadie más.

—Hola, Adam —dijo, felicitándose por el tono sereno de su voz—. Has salido temprano esta mañana.

—Sí —su expresión se torció e hizo un esfuerzo obvio por controlarla —. He tenido una reunión con tu padre.

—¿Sobre qué?

—Sobre nada —dijo rápidamente.

Tan rápido que Gina supo que ocurría algo. Y conociendo a su padre, podía ser cualquier cosa.

Pero era obvio que Adam no iba a hablar del tema, así que decidió reservar su curiosidad para después. Se lo sacaría a su padre. Adam se acercó, apoyó los antebrazos en el travesaño superior de la valla y entrecerró los ojos. La dirección del viento cambió de pronto y ella recibió una ráfaga de aire impregnado con su aroma. Olor a hombre y a jabón. Gina notó que le costaba seguir respirando.

—Parece que hay un nuevo miembro en tu yeguada —dijo él, señalando al potrillo.

—Llegó anoche —Gina sonrió y miró al potrillo mamando—. Bueno, de madrugada. Estuve levantada hasta las cuatro de la mañana, por eso hoy parezco la novia de Frankenstein.

Se llamó idiota en cuanto acabó de hablar. No lo veía desde el funeral de su familia y sólo se le ocurría llamarle la atención sobre su horrible aspecto. Fabuloso.

—Yo te veo muy bien —dijo él, casi como si le molestara admitirlo.

—Sí. Seguro —Gina rió, acarició a *Shadow* una última vez y trepó sobre la valla.

Supo de inmediato que debería haber caminado hacia la puerta. Estaba demasiado cansada para que fuera una maniobra grácil y fluida.

La punta de su bota se enganchó en el travesaño inferior. Tuvo un segundo para pensar.

«Perfecto. Estoy a punto de caer de bruces en el barro, delante de Adam. ¿Podría ser peor?».

La mano de Adam aferró su brazo y la sujetó hasta que recuperó el equilibrio.

—Gracias… —sacudió la cabeza para apartarse el cabello del rostro y miró sus ojos de color chocolate. Se le secó la boca.

El calor de la mirada de Adam la desconcertó. Era como someterse a un lanzallamas. Con la sangre bullendo en las venas, la respiración agitada y el estómago hecho un nudo, se limitó a mirarlo. Sentir su mano en la piel incrementaba aún más el calor que sentía.

—Ven a cenar conmigo —dijo Adam, justo cuando ella se preguntaba cómo iba a justificar haberse quedado paralizada como una estatua.

Capítulo 3

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas. Una vez dichas, Adam se preguntó: «¿Por qué diablos no?».

Se había sorprendido a sí mismo y, a juzgar por la expresión de Gina, a ella también. Lo cierto era que no había esperado sentir una oleada de algo caliente y pulsante recorrer su cuerpo al mirarla. Lo había pillado desprevenido.

Gina Torino era deliciosa. No lo había notado la última vez que la vio. Pero en ese momento, verla le hizo sentir algo contra lo que se había creído inmunizado. Y era lo bastante hombre como para disfrutar de la corriente de lujuria que invadió su cuerpo.

Mientras ella lo miraba con sus ojos dorados, él volvió a oír la oferta que le había hecho su padre. Con el deseo tronándole en las venas, se dijo que quizá debería pensarse mejor lo de rechazarla automáticamente. No sería tanto castigo hacer a Gina Torino su esposa.

Le costaba creer estar considerando la posibilidad pero, al fin y al cabo, no tenía que ser algo eterno. No tenía por qué haber un bebé. Sólo tendría que casarse con Gina para conseguir la tierra que tanto deseaba. Después se divorciaría de ella, dándole una compensación adecuada, y todos contentos.

Tal vez estuviera tan loco como Sal. Pero, por otro lado, Adam siempre había sido capaz de evaluar una situación desde todos los ángulos y, después, de actuar de forma que saliera vencedor. Esa vez no tenía por qué ser distinto.

No era como si pretendiera engañar al viejo Sal. Era él quien había sugerido el alocado plan. Sólo quedaba Gina por considerar.

Y, diablos, cuando la miró de arriba abajo y vio sus brillantes ojos dorados, su sonriente y carnosa boca, los generosos senos oprimiendo la tela de la camisa vaquera, las caderas redondeadas y las largas piernas embutidas en vaqueros gastados... A cualquier hombre se le haría la boca agua. El efecto que estaba teniendo en él bastaba para hacerle considerar la propuesta de Sal.

—Pareces sorprendida —dijo, al comprender que llevaban varios minutos en silencio.

—Lo estoy —se frotó las palmas en los muslos, más por nervios que para limpiárselas—. Ni siquiera he hablado contigo en los últimos cinco años, Adam.

Cierto. Él no era un hombre sociable, al contrario que sus hermanos. Y en los últimos años se había alejado aún más de sus vecinos.

—He estado ocupado —dijo.

Ella se rió y la musicalidad del sonido pareció atravesarlo como una cuchillada. Adam se preguntó qué le estaba ocurriendo. Podía manejar la

lujuria y utilizarla en su provecho, pero no buscaba sentirse intrigado o cautivado por ella.

Lo cierto era que la deseaba. Y tras años de no sentir nada, esa oleada de lujuria era más que agradable. Sólo tenía que recordarse el objetivo final: la tierra. Se casaría con Gina, disfrutaría y, cuando acabara con ella, se divorciarían; su lujuria quedaría satisfecha y tendría su tierra.

—Ocupado —ella sonrió—. Durante cinco años.

—¿Y tú? —inquirió él, encogiendo los hombros.

—¿Yo, qué?

—¿Qué has estado haciendo?

Ella enarcó las cejas y ladeó la cabeza.

—Cinco años de noticias van a necesitar cierto tiempo.

—Pues que sea durante la cena.

—Antes tengo que hacerte una pregunta.

—Claro —Adam pensó que las mujeres siempre tenían preguntas.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué invitarme a cenar? —se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Arqueó la espalda y sus senos tensaron el tejido de la camisa—. ¿Por qué ahora, de repente?

Adam arrugó la frente. Comprendió que iba a hacerle esforzarse para obtener su cita.

—Mira, no es importante. Te he visto y hemos hablado. Te lo he pedido. Si no quieres aceptar, no tienes más que decirlo.

Ella lo contempló unos segundos y Adam supo que no iba a rechazarlo. Estaba intrigada. Y más aún, sentía la misma corriente eléctrica que estaba sintiendo él. Lo veía en sus ojos.

—No he dicho eso —dijo ella. Él comprobó que aún sabía leer a la gente—. Sentía curiosidad.

—Tenemos que cenar —encogió los hombros con indiferencia—. ¿Por qué no hacerlo juntos?

—Vale. ¿Adónde vas a llevarme?

Adam pensó que nada iba según sus planes. Había ido al rancho Torino buscando un trato. Parecía que acabaría obteniéndolo, aunque no sería el que había buscado.

Gina bailaba por dentro. No podía creer que Adam King se hubiera fijado por fin en ella. Durante un instante se concentró sólo en eso, después volvió a la cruda realidad. Tenía que preguntarse a qué se debía.

Conocía a Adam desde siempre y hasta cinco minutos antes ni siquiera había reconocido su existencia excepto con algún que otro «hola».

Desde la muerte de su familia, cinco años antes, Adam había sido casi un recluso. Se había alejado de todo excepto de su rancho y sus hermanos. ¿Por qué de repente se convertía en Don Encanto? Un nudo de suspicacia se asentó en su estómago, pero eso no impidió que su corazón siguiera repiqueteando bullicioso.

—¿Qué te parece el Serenity? —sugirió él.

Era un restaurante de la costa en el que casi era imposible conseguir reserva. Adam se estaba esmerando de verdad.

—Suena bien —dijo ella, aunque en realidad pensaba: «Suena fabuloso, lo estoy deseando, ¿por qué has tardado tanto?».

—¿Mañana por la noche? ¿A las siete?

—De acuerdo. A las siete —en cuanto accedió vio un destello satisfecho en los ojos de color chocolate y la sospecha ascendió de su estómago a su mente, agitando los brazos para reclamar su atención. Con éxito—. Pero me gustaría saber a qué se debe la inesperada invitación.

Él rostro de él se tensó un instante, pero después esbozó una tenue sonrisa.

—Si no te interesa, Gina, sólo tienes que decir «no».

—No he dicho eso —sacó las manos de los bolsillos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me alegra oírlo —dijo él. Agarró una de sus manos y la acarició con el pulgar. Luego la miró a los ojos, sonriente—. Entonces, ¿te recojo a las siete mañana? Podrás contarme qué has estado haciendo estos últimos cinco años.

Cuando soltó su mano, Gina habría jurado que pudo oír el chisporroteo de su piel, donde él la había abrasado con su calor. Estaba sumergiéndose en aguas profundas, mal asunto.

Adam estaba encantador, amistoso, sonriente. Coqueteaba. Sin duda había algo en marcha; algo que él no le estaba diciendo. Aun así, no rechazaría la invitación por nada del mundo.

—Estaré lista.

—Hasta entonces —con una última sonrisa, Adam se dio la vuelta y caminó hacia el coche que había dejado aparcado junto a la casa.

Gina se quedó parada, disfrutando de la vista. Su trasero, embutido en unos vaqueros oscuros, era fantástico. Las largas piernas daban pasos sueltos y cómodos y el sol sacaba destellos dorados de su cabello castaño oscuro.

Sintió que el corazón le aleteaba en el pecho. Una sensación extraña, y muy mala señal.

—Ay, Gina —susurró—. Tienes problemas.

Estar tan cerca de Adam y que él le prestara toda su atención había conseguido remover sus fantasías y sueños del pasado. Se sentía temblorosa, igual que el día que se había bebido tres cafés en una hora. Sólo Adam King podía excitarla más que una sobredosis de cafeína.

Soltó el aire de golpe cuando Adam arrancó el coche y se alejó del rancho. Se frotó el punto de la mano que Adam había acariciado. Cuando la polvareda que el coche dejaba a su paso se asentó, Gina se volvió hacia la casa. Aunque Adam no estuviera dispuesto a decirle qué tenía entre manos, tenía la sensación de que su padre le daría las respuestas que necesitaba.

—No puedo creerlo —masculló Gina, paseando por la gran habitación.

Había dado al menos treinta vueltas en el último cuarto de hora. Desde que su padre le había confesado de qué habían hablado Adam King y él. El genio de Gina se desataba cada vez que lo pensaba. Era incapaz de sentarse. No podía quedarse quieta.

Cada pocos pasos lanzaba a su padre una mirada que debería haber prendido llamas en su cabello. Se esforzaba por no gritar de ira.

—¿Intentaste venderme? —dijo, por fin.

—Estás dando demasiada importancia a esto, Gina —Sal estaba sentado en el sofá, pero su postura relajada no encajaba con el brillo de culpabilidad y cautela que se veía en sus ojos.

—¿Demasiada? —Gina alzó los brazos y los dejó caer—. ¿Qué soy? ¿Una princesa en una torre? ¿Eres un señor feudal, papá? Dios, esto es como uno de esos romances históricos que leo a veces —se detuvo y lo señaló con el dedo índice—. ¡La única diferencia es que estamos en el siglo XXI!

—Las mujeres son demasiado emocionales —murmuró Sal—. Por eso dirigen los hombres el mundo.

—¿Eso crees? —Teresa Torino se inclinó y le dio una palmada en el brazo—. Los hombres dirigen el mundo porque las mujeres lo permiten.

Normalmente Gina habría sonreído al oír eso, pero estaba demasiado furiosa. Deseaba que se abriera un enorme agujero a sus pies y que se la tragase la tierra. Se preguntó qué habría pensado Adam cuando su padre le sugirió su «plan».

La idea le causaba escalofríos. Podría haberse muerto de vergüenza allí mismo.

—Tú misma dijiste que Gina debería casarse y tener hijos —le recordó Sal a su esposa.

—Sí, pero no así. No con él.

—¿Qué tiene Adam de malo? —inquirió Sal.

En opinión de Gina, absolutamente nada, pero no iba a decirlo.

—Tiene… algo —rezongó Teresa.

Gina casi dejó escapar un gruñido.

—No conoces a Adam lo suficiente para decir que tiene algo malo —arguyó Sal.

—Ah. ¿Pero tú sí lo conoces lo suficiente para negociar el futuro de tu hija con él?

La discusión se enzarzó. Gina escuchaba a medias. En su familia los gritos eran tan parte de la vida como los abrazos y las risas. Su madre solía decir que los italianos vivían la vida en toda su intensidad. El padre de Gina, en cambio, decía que Teresa vivía la vida al máximo volumen pero, básicamente, venía a ser lo mismo.

Sus hermanos y ella habían crecido con risas, gritos, abrazos, más gritos y el convencimiento de que eran queridos de forma incondicional.

Ese día, sin embargo, Gina habría estrangulado con gusto a ese padre que adoraba. Recorrió la habitación con la vista, observando las fotos familiares enmarcadas que había por todas partes. Docenas de fotos de sus hermanos con sus familias. Antiguas fotos de color sepia de abuelos y bisabuelos. Fotos de niños en Italia, primos a quienes no conocía. Y fotos de Gina: con su primer caballo, alzando la copa ganada por su equipo de *softball* del instituto, preparándose para el baile de fin de curso, en su graduación… En todas esas fotos, Gina estaba sola. No había marido ni niños.

Sólo la buena tía Gina. La solterona.

El clan Torino daba mucha importancia a la familia. Y ella misma no era ninguna excepción.

Gina siempre había deseado una familia propia. Siempre había pretendido ser madre, cuando llegara el momento apropiado. Pero los últimos dos años, mientras veía a las familias de sus hermanos crecer, y ella seguía sola y soltera, había empezado a aceptar que tal vez su vida no se desarrollaría como había deseado.

Con ese deprimente pensamiento, dejó de pasear por la habitación y clavó la vista en el haz de sol que entraba por el ventanal y las motas de polvo que bailaban en el aire. Desde la cocina, le llegó el olor de la salsa de tomate de su madre, envolviéndola como un abrazo.

—Esta discusión es una pérdida de tiempo. Te has enfadado por nada, Gina. Adam rechazó mi oferta —dijo Sal, mirando a su hija con cautela.

—¿La rechazó?

—Por supuesto que sí —Teresa se inclinó para darle otro palmetazo a su marido.

—¡Eh! —se quejó Sal.

—Adam King no es un hombre que acepte que lo controlen —Teresa alzó la mano y agitó el dedo en el aire—. Hay cierta oscuridad en él…

Sal volvió la vista hacia el techo y Gina tuvo que controlar un bufido. Ningún hombre a quien no le gustara la pasta era merecedor de confianza en el mundo de Teresa Torino.

—Adam no tiene nada de malo —discutió Sal—. Es un buen hombre de negocios. Es estable. Es rico; no tendríamos que preocuparnos porque alguien quisiera casarse con Gina por su dinero.

—Oh —exclamó Gina, sintiendo el pinchazo de ese insulto—, ¡muchas gracias por eso!

—Y —continuó Sal antes de que su esposa o su hija pudieran interrumpirlo— necesita una esposa.

—Tenía una esposa —señaló Teresa.

—Que falleció —apuntó Sal.

—¿Por eso me has ofrecido como sustituta? —exigió saber Gina.

—No es bueno que estés sola —dijo su padre.

—¡Dios! —Gina se dejó caer sobre el brazo del sillón más cercano y miró a su padre—. ¿Habéis ensayado esa cantinela mamá y tú? Tal vez deberíais ponerle música.

—No hay razón para hacerse la listilla —dijo Teresa.

—¿No hay razón? —Gina miró a su madre con asombro. Era típico. Un minuto antes Teresa había estado furiosa con su esposo. Pero en cuanto alguien lo atacaba demasiado, corría a apoyarlo.

—Mamá, sé que papá tenía buenas intenciones, pero esto es… —se detuvo y movió la cabeza—. Ni siquiera puedo definirlo. Se sale de lo común. Es… humillante, vergonzoso, denigrante.

—Siempre tan dramática —resopló Teresa.

Gina la miró con fijeza. Era imposible discutir con padres como ésos. No entendía por qué seguía viviendo en el rancho. Deseó aullar de rabia. ¿Era tan lastimosa, tan poco deseable, como para que su padre intentara comprarle un marido?

Sentía un martilleo en la cabeza y una opresión en el pecho. Ni siquiera oía ya a sus padres. No quería imaginarse siquiera qué habría pensado Adam. No sabía si sería capaz de mirarlo a la cara otra vez. Iba a serle imposible acudir a su cita para cenar al día siguiente.

Al pensar eso, se quedó paralizada.

Adam había rechazado a su padre. No estaba dispuesto a casarse con ella por esa parcela que tanto deseaba. Entonces, ¿por qué la había invitado a cenar? Tal vez por lástima. Como la pobre Gina iba a quedarse soltera, había decidido ofrecerle una cena y un poco de compañía.

Rechazó la idea. Adam no era el tipo de hombre que hacía buenas obras. No estaba de acuerdo con su madre en que hubiera algo oscuro en él, pero no era un hombre que se saliera de su camino para ayudar a los demás.

Volvió a preguntarse qué significado tenía todo aquello. Su dolor de cabeza amenazaba con transformarse en una intensa migraña.

—¿Entonces qué? —inquirió Sal—. ¿Cuánto tiempo voy a sufrir por esto?

Gina miró a su padre con fijeza.

—Mucho tiempo, ya veo —murmuró él.

—¿Quieres que llame a Adam y se lo explique? —se ofreció Teresa.

—Santo cielo, ¡no! —Gina se puso en pie de un salto—. ¿Acaso soy una niña de primaria?

—Sólo para ayudar —la tranquilizó su madre—. Para decirle que tu padre está loco.

—No estoy loco —protestó Sal.

—Eso es discutible —comentó Gina irónica. Su padre tuvo el detalle de ruborizarse.

—No pretendía hacer ningún mal —le aseguró.

—Lo sé, papá —Gina se ablandó un poco. Por muy furiosa que la pusiera su padre, lo quería demasiado—. Pero, por favor, no te inmiscuyas en mi vida amorosa.

—No, nunca más —dijo él.

Sus padres empezaron a discutir de nuevo y Gina abandonó el campo de batalla. Cruzó el rancho y fue a su casita. Estaba silenciosa y vacía. Ni siquiera tenía una mascota. Pasaba tanto tiempo con sus caballos que no tenía sentido tener un animal más.

Recorrió la sala de estar con la mirada; fue como si viera la habitación con ojos nuevos.

Allí también había muchas fotos enmarcadas. De sus sobrinas y sobrinos. Sonrisas infantiles en las que siempre faltaba algún diente. Fotos de días pasados en parques de atracciones, montando en sus caballos, comiendo en la mesa de su cocina. En la pared también había pegados dibujos, cada uno firmado por su joven autor o autora.

Y había juguetes. Algunos sobre la mesita de café, otros en un arcón que había bajo la ventana. Muñecas, coches de bomberos y cuadernos para colorear.

Gina comprendió que ése sería el patrón de su vida. Siempre sería la tía favorita. Nunca tendría niños propios a los que querer. Acabaría siendo una anciana sola con la casa llena de gatos.

Las lágrimas le quemaron los ojos al pensarlo e imaginar el paso de los años. Su casa no era un hogar. Era un lugar donde dormía. Un lugar que visitaban los niños, pero no para quedarse. Un lugar donde siempre percibiría los fantasmas de los niños que podría haber tenido ella.

A no ser que hiciera algo escandaloso.

Algo que nadie esperaría de ella.

Y Adam King menos que nadie.

Capítulo 4

Una cita para cenar con Adam King, y ésa en especial, requería un vestido nuevo.

Gina giró ante el espejo, se miró críticamente y decidió que estaba bastante bien. El vestido negro le llegaba justo por encima de las rodillas y la falda revoloteaba a su alrededor cuando se daba la vuelta. El corpiño tenía suficiente escote para dejar intuir lo que escondía y estaba sujeto a sus hombros sólo por unos finos y delicados tirantes.

El cabello caía como una cascada de rizos sueltos por su espalda y las nuevas sandalias le daban seis centímetros adicionales de altura.

—Bien —dijo, sonriendo a la mujer que veía en el espejo—. Puedo hacer esto. Todo va a ir bien. Estoy más que preparada.

El reflejo no parecía muy convencido. Gina frunció el ceño y repitió que estaba preparada. Llamaron a la puerta y dio un respingo.

Agarró su pequeño bolso negro y fue hacia la entrada. Al abrir no se encontró con Adam, sino con su hermano Tony.

—Acabo de hablar con mamá, por eso vengo a verte —dijo, con las manos en las caderas.

—No tengo tiempo —respondió ella, mirando por encima de él, hacia la carretera.

—¿Por qué no?

—Tengo una cita —agitó la mano indicándole que se marchara—. Voy a salir. Gracias por venir. Adiós.

Él no prestó la más mínima atención y entró en la casa. Gina suspiró al ver las marcas de polvo que dejaban sus botas en el suelo.

—¿Para qué has venido?

—Mamá me dijo lo que hizo papá.

—Fabuloso —Gina se preguntó si su madre también habría llamado a Peter y a Nicky para ponerles al día sobre la lastimosa aridez de su vida amorosa. Igual acabaría saliendo en el periódico.

—Sólo quería decirte que papá se pasó. Tú no necesitas que él te busque un hombre.

—Gracias por el voto de confianza —agitó la mano hacia la puerta, intentando sacar a su hermano de allí antes de que llegase Adam.

—Porque, si quieres un hombre, yo puedo encontrarte uno.

—No.

—Sólo digo… —Tony se encogió de hombros—. Mike, el tipo del banco, ¿sabes? Es un gran tipo. Tiene un buen trabajo…

—¿No has aprendido nada del error de papá?

—El error de papá fue elegir a Adam. Adam no es buena opción —dijo Tony—. Es un buen hombre, pero está cerrado emocionalmente.

—Ya —Gina movió la cabeza—. Has estado leyendo las revistas de Vicky otra vez, ¿verdad?

Él sonrió y los ojos dorados característicos de los Torino chispearon.

—Tengo que cultivarme. No quiero que mi esposa me considere un vaquero estúpido.

—Ya. ¿Por qué no vas a casa y se lo dices?

—¿A qué viene tanta prisa? —pareció fijarse en ella por primera vez y soltó un largo silbido—. Vaya. Estás... ¿Has dicho que tenías una cita?

—¿Por qué te sorprendes tanto? —preguntó ella, ofendida.

—Nunca sales.

—No es cierto —refutó Gina. No era una virgen tímida, pero tampoco era muy dada a las fiestas. Se preguntó por qué no podía haber tenido hermanas en vez de tres entrometidos hermanos mayores.

—¿Con quién es la cita?

—No es asunto tuyo. Vete, es tarde.

—¿Por qué no quieres decirme con qué tipo...?

—Hola, Tony —lo saludó una voz grave.

Ambos se dieron la vuelta. Adam estaba en el porche. Llevaba un elegante traje negro y corbata granate; parecía tan cómodo como con vaqueros y botas. Miró a Tony y luego a ella. Sus ojos brillaron con interés y con lo que a Gina le pareció un destello de humor. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí de pie.

—Adam —Tony saludó con la cabeza y dio un paso adelante para ofrecerle la mano.

Adam se la estrechó y luego miró a Gina. El poder de su mirada hizo que a ella le diera vueltas la cabeza y se le acelerase el corazón.

—Estás preciosa —dijo.

—Gracias. Ejem, Tony ya se iba.

—No, no me iba.

—Pues nosotros sí —le ofreció la mano a Gina.

Gina pensó que la expresión de Tony no tenía precio. Sonrió, pasó por delante de su hermano y se unió a Adam en el porche.

—Cierra cuando te vayas, ¿vale? —le dijo.

* * *

El restaurante era asombroso. Situado en la cima de un acantilado, con vistas al mar, una de sus paredes era una cristalera que ofrecía una panorámica espectacular de la luna y las olas estrellándose contra las

rocas. La iluminación era tenue, como si cada lámpara hubiera sido elegida para definir la oscuridad, en vez de paliarla.

La suave música que tocaba un trío de *jazz* acompañaba al sonido de las copas de cristal y el murmullo de las conversaciones. En el centro de cada mesa redonda había una vela encendida; el efecto de docenas de llamas bailando era casi mágico.

En conjunto, había sido una velada perfecta. Adam había sido considerado y agradable y no había hecho la más mínima referencia a la oferta de Sal. Gina estaba disfrutando, pero los nervios le habían cosquilleado el estómago desde que se sentaron. La cena había concluido y estaban tomando la última taza de café antes de partir; se le había acabado el tiempo.

O bien le hacía a Adam su propia oferta, o recuperaba la cordura y olvidaba todo el asunto. Contempló el incesante vaivén de las olas y los destellos de espuma blanca que surcaban el aire cuando golpeaban las rocas.

—¿En qué piensas?

—¿Qué? —volvió la cabeza y comprobó que Adam la observaba con una sonrisa curiosa—. Disculpa. Mi mente vagaba.

—¿Hacia dónde, exactamente?

Gina curvó los dedos sobre la frágil asa de la taza.

«Habla ahora o calla para siempre», pensó. Le pareció gracioso que fuera precisamente esa frase la primera que se le había ocurrido.

—Adam —dijo, sin darse tiempo a arrepentirse—. Sé lo que te ofreció mi padre.

—¿Disculpa? —los rasgos de él se tensaron.

—No te molestes en disimular —sonrió y movió la cabeza—. Lo confesó todo.

Él se removió en la silla, hizo una mueca y levantó su taza de café.

—¿Dijo también que había rechazado?

—Sí —Gina se volvió para mirarlo de frente—. Y, por cierto, gracias.

—No se merecen —se recostó en la silla y la observó. Esperando.

—Pero me pregunto por qué me has invitado a cenar. Es decir, si no estabas interesado en comprar un esposa, ¿por qué la invitación?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra —su boca se convirtió en una fina y tensa línea.

—No sé —Gina pasó la yema del dedo índice por el borde de su taza —. Verás, he tenido algo de tiempo para pensar en todo esto…

—Gina.

—Creo que cuando mi padre… —hizo una pausa, como si buscara la palabra correcta— propuso el trato, tu reacción inicial fue negativa. Rotunda.

—Exacto —corroboró Adam.

—Y después… —sonrió al ver que él fruncía el ceño—. Empezaste a pensar. Nos viste a mamá y a mí y te dijiste que tal vez no fuera tan mala idea.

Adam se enderezó en la silla, se inclinó por encima de la mesa y la miró fijamente a los ojos.

—No te he traído aquí para declararme.

—Oh, no, no harías eso —Gina soltó una risa—. No al principio, al menos. Esto era sólo una cita —miró a su alrededor con aprobación—. Y ha sido encantadora, por cierto. Pero después de ésta habría habido más. Y dentro de un par de meses te habrías declarado.

Él la miró largamente, en silencio, y Gina supo que había acertado. Por la razón que fuera, Adam había reconsiderado la oferta de su padre. Eso era bueno, en cierto modo. Sin duda, no le gustaba la idea de que hubiera estado dispuesto a casarse con ella para obtener su propio beneficio; incluso le dolía si lo pensaba. Al fin y al cabo, llevaba enamorada de Adam King desde los catorce años. Pero al menos eso hacía que su plan personal pareciera más razonable.

—De acuerdo, ya basta —Adam hizo una seña al camarero, pidiendo la cuenta—. Siento que opines eso, pero dado que lo haces, no tiene sentido continuar con esto. Te llevaré a casa.

—No estoy lista para marcharme aún —dijo ella, recostándose en la silla para mirarlo—. Te conozco, Adam. Ahora mismo estás un poco avergonzado y muy a la defensiva.

—Gina, lo que lamento es este malentendido.

—Pero no lo es. De hecho, entiendo muy bien.

—Entiendes, ¿qué? —sonó cortante, impaciente.

—Mira, sé cuánto significa para ti volver a completar la propiedad original de los King —dijo Gina. La satisfizo ver el destello de sus ojos—. Entiendo que harías casi cualquier cosa para conseguirlo.

—Cree lo que quieras —dijo Adam. El camarero llegó con la factura y esperó a que se alejara antes de seguir hablando—. Pero hay límites que no estoy dispuesto a cruzar.

—Bueno, si eso es verdad, es una lástima.

—¿Perdona? —Adam parpadeó, atónito.

—Adam, sé que quieres la tierra. Sé que no quieres casarte. Y sé que no te gusta que te manipulen más de lo que me gusta a mí.

—Sigue —la animó él.

—Lo he pensado y estoy bastante segura de que he encontrado una solución que funcionará para los dos.

—Eso sí que tengo que oírlo —con el ceño aún fruncido, cruzó los brazos sobre el pecho.

Ella sonrió al comprender que el cosquilleo nervioso que llevaba irritándola toda la noche había desaparecido. Tal vez fuera porque había sacado el tema a la luz. O porque sabía que iba a hacer lo correcto. Incluso podría ser efecto del vino que habían tomado en la cena.

En cualquier caso, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Bueno —las palabras brotaron de su boca apresuradamente—, lo cierto es que estoy dispuesta a discutir la oferta de mi padre contigo.

Adam estaba atónito. Le costaba creer que ella estuviera hablando así. Para empezar, ya era terrible que conociera la oferta de Sal. Y era inquietante que hubiera adivinado que él la había reconsiderado. Se preguntó si realmente lo conocía tan bien como parecía. Lo que no entendía era por qué diablos una mujer como Gina estaría planteándose un trato tan insultante.

A la luz de la vela, los ojos de Gina parecían brillar con la calidez del oro viejo. Tenía la piel suave, lisa y dorada. No había podido dejar de mirarla en toda la noche. Se fijó en la cascada de rizos espesos y oscuros, de aspecto tan sedoso que invitaban a un hombre a enredar las manos en ellos. El vestido negro se ajustaba a cada una de sus generosas curvas, y sus piernas largas y bronceadas estaban impresionantes con esas sandalias de tacón tan alto que debía de ser imposible andar con ellas.

Llevaba toda la noche atormentándolo simplemente siendo ella misma. No entendía cómo no había percibido su encanto años antes. Debía de haber estado ciego para desestimar a su vecina porque la había conocido cuando era una niña con coletas. Sin duda, ya era una mujer hecha y derecha que, además, se tomaba con mucha serenidad el trato que había ofrecido su padre.

Por alguna razón, eso le preocupaba más que nada.

—¿Por qué ibas a querer discutir esa oferta? —preguntó, escrutando sus ojos.

—Tengo mis razones —le sonrió de nuevo.

Adam inhaló con un siseo. Era bellísima, pero tenía algo más. Algo indefinible que tiraba de él. Que lo empujaba. En otro caso no habría considerado la propuesta de Sal ni un instante.

—¿Qué razones son ésas?

—Las mías —dijo ella, sin ofrecer más.

El asunto no iba en absoluto como había esperado Adam. Los Torino parecían tener el don de desestabilizarlo. Primero el padre, después ella. Debería ser él quien controlara la situación. Él siempre dominaba el juego, sabía lo que pensaba su contrincante, cuál sería su siguiente movimiento

y cómo contraatacar; así Adam King conseguía exactamente lo que pretendía.

No le gustaba estar al otro lado del tablero. Y le incomodaba que alguien lo conociera tan bien como parecía conocerlo Gina. En ese momento ella lo observaba con un comprensivo y paciente brillo en los ojos. Lo irritaba su complacencia cuando se sentía tan desequilibrado.

Era hora de recuperar el control de la situación. De hacerle saber que no permitiría que le dieran vueltas y le hicieran sentirse como si hubiera dado un mal paso. La cita había acabado.

—Gina… —abrió la carpeta de cuero negro que contenía la cuenta y colocó una tarjeta de crédito en su interior; luego la desplazó al borde de la mesa. El camarero la recogió segundos después—. No sé dónde quieres llegar, pero me niego a ser manipulado. Por ti… o por tu padre.

Ella se echó a reír. Su risa le gustó y lo irritó a un tiempo.

—No le veo la gracia al asunto.

—Claro que no —dijo ella. Estiró el brazo y le dio una palmadita en la mano, como si fuera un niño—. Vamos, Adam. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para que adoptes tu actitud arisca y esperes que me encoja ante ti.

—Bien —él apretó los dientes y tragó aire—. Di lo que tengas que decir, después te llevaré a casa.

—Caballeroso hasta el final —ella movió la cabeza y sonrió—. Iré al grano. Me casaré contigo, Adam, para que consigas la tierra. Pero tengo una condición.

—Estoy deseando oírla.

—Quiero un hijo.

Adam sintió que esas palabras le golpeaban el pecho y el corazón se le paraba. Ella lo miraba con ojos serenos y expresión tranquila. Él, en cambio, se sentía como si fuera a explotar por dentro. Le ardían los pulmones al respirar.

—No puedes hablar en serio.

—Del todo —le aseguró ella. Su rostro se ablandó y sus labios se curvaron—. Sé por lo que pasaste cuando perdiste a tu hijo…

Él camarero llegó con el recibo para que lo firmara. Adam añadió una generosa propina y firmó. Guardó el resguardo y la tarjeta de crédito en la cartera y después se volvió a mirar a Gina.

—No hables de mi hijo. Nunca —dijo.

Su pérdida era eso: suya. Había sobrevivido. Había dejado el pasado atrás y allí pensaba mantenerlo. Esos recuerdos, ese dolor, no tenían nada que ver con su vida ni su mundo actual.

—Bien.

—No me interesa ser padre de nuevo.

—No necesito tu ayuda para criar a mi hijo, Adam —dijo ella. Su voz se volvió tan fría como la de él—. Sólo necesito tu esperma.

—¿Por qué haces esto?

—Porque quiero ser madre —se recostó y bajó la mirada hacia el mantel—. Los hijos de mis hermanos son maravillosos y los quiero mucho, pero no quiero pasar el resto de mi vida siendo la tía favorita. Quiero un hijo mío. Deseo casarme tan poco como tú, por eso no te preocupes. Pero quiero un bebé. Tal y como yo lo veo… —alzó la vista hacia él— el trato satisfaría a ambas partes. Tú consigues tu tierra, yo mi bebé.

Él ya estaba moviendo la cabeza negativamente cuando ella volvió a hablar.

—Piénsalo antes de rechazarme. Me casaré contigo. Seré tu esposa en todos los sentidos. Cuando conciba, tú te quedas con la tierra y nos divorciamos. Firmaré lo que quieras, eximiéndote de toda responsabilidad hacia mí y a mi bebé —lo miró con firmeza—. Es un buen trato, Adam. Para ambos.

Lo había arrinconado. Él no había esperado que conociera la propuesta de su padre, y menos que saliera con una propia. La idea de que en unos meses podría devolver al rancho de la familia King su extensión inicial era muy tentadora.

Tenía que quitarse el sombrero ante Gina. Le ofrecía un trato interesante. Además, el que ella obtuviera algo a cambio le hacía sentirse menos desalmado.

Sin embargo, ni siquiera se había planteado una nueva paternidad. Un dolor que se negaba a reconocer latió en su interior. Sólo duró un momento. Llevaba años aprendiendo a distanciarse de la angustia emocional.

Se dijo que no sería un matrimonio real, ni una familia genuina. Sería algo muy diferente. Gina lo conocía. Ella no deseaba un esposo más de lo que él deseaba una esposa. Ella quería un bebé, él quería su tierra. Un trato favorable para ambos. Sólo tendría que estar casado unos meses con una mujer muy deseable.

No podía ser tan malo.

—¿Y bien, Adam? —inquirió ella con voz suave—. ¿Qué me dices?

Él se puso en pie y le ofreció una mano para ayudarla a levantarse. Cuando ambos estuvieron de pie, estrechó su mano.

—Gina, acabas de hacer un buen trato.

Capítulo 5

Todo fue muy rápido después de eso.

Unos días después, Adam obtuvo la licencia matrimonial; por lo visto, ser uno de los hombres más ricos de California tenía sus ventajas. Adam tenía prisa por cerrar el trato, así que no hubo tiempo para celebrar la gran boda con la que siempre había soñado la madre de Gina.

En vez de eso, Adam, Gina y sus padres fueron a Las Vegas en uno de los *jets* de los King.

—No es exactamente la boda con la que sueñan las niñas de pequeñas —susurró Gina para sí, mirando el lujoso jardín interior en el que se estaba celebrando la ceremonia.

Las paredes estaban pintadas de color azul cielo, salpicado de algodonosas nubes blancas. Había altos pedestales con elegantes ramos de flores de seda y la alfombra blanca que llevaba hasta el altar aún dejaba entrever las pisadas de la pareja que acababa de casarse. Por los altavoces sonaba música clásica. Gina apretó con fuerza el ramo de novia, cortesía de la casa.

Se alegró de haber insistido en hacer algunas compras previas en San José. Se sentía muy guapa con el vestido amarillo intenso que lucía y eso le daba fuerzas y confianza en sí misma.

—¿Estás segura de esto, Gina?

Ella volvió la cabeza hacia su padre y tragó saliva antes de contestar:

—Sí, papá. Estoy segura.

Por supuesto que lo estaba. Llevaba enamorada de Adam King desde siempre. Hacía años que soñaba con ese día. Cierto que, en esos sueños, Adam también la amaba a ella. El novio sonreía feliz, rodeado por sus hermanos, y miraba a Gina con ojos llenos de deseo.

Así que la realidad era un poco decepcionante. Aun así, iba a casarse con Adam. Miró hacia el altar, donde esperaba el novio.

Era un trato de negocios, desde luego. Adam iba a conseguir su tierra y, ella, el bebé que anhelaba. Pero en los últimos días había empezado a imaginar un final algo distinto. Si estaba dispuesta a arriesgar su corazón, tal vez pudiera conseguir lo que siempre había deseado.

Sólo tenía que encontrar la manera de derrumbar las defensas de Adam. Se le encogió el estómago al pensarlo. Habiendo llegado tan lejos, tenía sentido ir un paso más allá. Sólo necesitaba tiempo. Estaba segura de que, una vez estuvieran casados, él vería la verdad que ella siempre había sabido: que podían ser una gran pareja.

Tragó aire cuando ese pensamiento cruzó su cerebro, provocándole una descarga de adrenalina.

—No tienes buena cara, cielo —dijo su padre.

—Estoy bien, papá. En serio. ¿Ves? —le ofreció una sonrisa esplendorosa que, por suerte, a su padre no le pareció forzada—. Acabemos con esto, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo él—. Tu madre parece angustiada.

Gina la miró de reojo y pensó que era verdad. Tenía aspecto de querer echarle a Adam un sermón sobre cómo tratar a su hija. Mejor evitarlo. Teresa Torino ya estaba bastante irritada con la idea de que Gina se casara con un hombre que, en su opinión, no la quería.

El cuarteto de cuerda empezó a tocar la *Marcha nupcial*. Gina, con el estómago hecho un nudo, inició el camino hacia el altar, del brazo de su padre.

Cada paso la alejaba de la vida que conocía y la acercaba a la que siempre había deseado.

Los ojos chocolate oscuro de Adam contemplaron su avance. Tenía el rostro tenso y sus labios no se curvaron con la sonrisa que ella había esperado. Su mirada era firme, pero inexpresiva. Gina deseó que la de ella tampoco desvelara sus emociones y pensamientos.

Ya en el altar, Sal puso la mano de Gina en la de Adam y se retiró para reunirse con su esposa.

Adam le ofreció una leve sonrisa que no palió en absoluto la indiferencia de sus rasgos.

El pastor empezó a hablar, pero ella sólo oía el tronar de su corazón. Sin embargo, captó las palabras más importantes. Las que cambiarían su vida, al menos, por un tiempo.

—Sí, quiero —dijo Adam. Gina se estremeció con el impacto de esas dos palabras.

Luego llegó su turno. Notó la enorme mano de Adam sobre la suya y se concentró en el pastor. Era su última oportunidad de dar marcha atrás. O el principio de la apuesta más grande de su vida.

El pastor dejó de hablar y siguió una larga pausa. El silencio en la capilla le pareció atronador. Notó que Adam la observaba, esperando su respuesta.

—Sí, quiero —dijo por fin. Fue como si la sala tomara aire y lo soltara de golpe, con alivio.

Adam le puso un anillo en el dedo y, mientras el pastor finalizaba la breve ceremonia, Gina miró su mano. Una ancha banda de oro brilló ante sus ojos. No había piedras engarzadas ni ningún detalle grabado que proclamase un vínculo compartido por dos personas.

Era una alianza sencilla.

Impersonal.

Como su matrimonio.

Entonces Adam le puso la mano en los hombros, la atrajo y le dio un beso rápido y firme, sellando el trato que Gina deseó no acabara convirtiéndose en una pesadilla para ambos.

Por primera vez en demasiado tiempo, Adam se sentía como si hubiera perdido el control de una situación. Y no le gustaba nada.

Sin embargo, allí estaba, en la *suite* presidencial de Dreams, el hotel más nuevo y opulento de Las Vegas, esperando a que su esposa se reuniera con él.

—Esposa —movió la cabeza y se sirvió una copa del champán que había refrescándose en una cubitera de plata, sobre la mesa del balcón privado de la *suite.* Si había un momento en el que un hombre necesitara un trago, era ése.

Tomó un sorbo y miró la panorámica. En la distancia se veía la sombra púrpura de las montañas, coronadas por las primeras estrellas que se encendían en el cielo nocturno. El ocaso aún teñía de anaranjado el horizonte. En las calles, montones de luces de colores brillaban como joyas en un cofre del tesoro.

Vista desde una trigésima planta, Las Vegas era una belleza. Adam sabía que de cerca era mucho más fácil percibir los fallos y fealdades de la ciudad. Algo muy parecido a lo que sucedía con su matrimonio. Tomó un largo sorbo del frío y burbujeante vino. Desde la distancia, la gente asumiría que Gina y él se habían entregado a la pasión. Sólo ellos sabrían la fría y dura verdad.

—Que eres un tipo duro y desalmado —masculló para sí—. Dispuesto a utilizar a una mujer para conseguir lo que deseas. Dispuesto a crear un nuevo ser y alejarte de él sin pensarlo dos veces.

Sorprendentemente, ese toque de realidad molestó a Adam más de lo que había esperado. Se frotó la mandíbula y dejó que su vista se perdiera en la noche, recordándose que la idea había sido de Gina. Ella no era una víctima, sino una parte interesada.

Sonó su teléfono móvil y Adam lo agarró, agradeciendo tener algo que lo distrajera de sus pensamientos. Resopló al mirar la pantalla.

—¿Qué ocurre, Travis? —preguntó.

—¿Qué ocurre? —repitió su hermano—. ¿Estás de broma? Acabo de hablar con Esperanza y me ha dicho que estabas en Las Vegas, casándote.

Adam suspiró. Su ama de llaves era una bocazas.

—Es cierto.

—Con Gina.

—Correcto.

—¿Acaso mi invitación se perdió en el correo? —exigió Travis.

Adam dejó la copa sobre la barandilla de piedra y metió la mano libre en el bolsillo.

—Ha sido una ceremonia íntima.

—¿Sí? He oído que sus padres estuvieron allí.

—Ya no están. El *jet* los llevó de vuelta a casa esta tarde.

—Ya. ¿Alguna razón para que no desearas que asistiera tu familia?

—No es lo que piensas.

—¿En serio? Porque lo que pienso es que te has casado con una cría a la que conocemos de toda la vida sin molestarte en decírselo a tus hermanos.

—No es una cría —aseveró Adam—. Hace mucho que dejó de serlo. ¿Desde cuándo os informo a Jackson y a ti de mis movimientos?

—No lo haces —contraatacó Travis—. Pero algo me huele mal, Adam. Esta boda tuya, ¿no tendrá nada que ver con esa maldita parcela?

Siguió un largo silencio, mientras Adam intentaba controlar un arranque de mal genio.

—Eres un auténtico bastardo, ¿es eso? —mascullό Travis.

—Ella sabía lo que hacía —Adam llevaba repitiéndose eso mismo desde el momento en que aceptó la propuesta de Gina.

—Lo dudo.

Adam sacó la mano del bolsillo y se mesó el cabello. Miró a su espalda para comprobar que Gina no hubiera salido del cuarto de baño.

—La verdad, Travis, nadie diría que tú eres un paladín del buen trato a las mujeres.

—Eso no viene al caso —le espetó su hermano.

—Claro que viene al caso. Yo no te digo que dejes de lucirte con jovencitas por ahí, ni que evites a los malditos *paparazzi* que te siguen a todas partes. Así que no te metas en mi vida, hermanito.

—Si le haces daño a Gina, su padre convertirá tu vida en un infierno —le advirtió Travis.

—¿Esa vida que ahora es un lecho de rosas?

—Maldición, Adam —suspiró su hermano—. ¿Cuándo diablos te volviste tan frío?

—¿Cuándo no lo fui? —Adam cerró el teléfono antes de que Travis volviera a hablar. Después lo apagó para que Jackson no pudiera llamarlo. No necesitaba escuchar lo que pensaban sus hermanos. Lo sabía. Y le importaba muy poco.

Gina y él eran adultos. Su matrimonio, fuera como fuera, era sólo asunto suyo.

—Vaya —dijo Gina, a su espalda—. Tienes aspecto de querer morder a alguien.

Él se dio la vuelta, asumiendo la expresión serena e inescrutable que utilizaba con todo el mundo, excepto con sus hermanos. Pero, aunque luchó por distanciarse, verla provocó una llamarada de lujuria en su bajo vientre.

Iluminada por la tenue luz del balcón, parecía casi de otro mundo. El camisón era corto, le llegaba a medio muslo. El tejido de satén, de color rojo oscuro, se pegaba a su piel, dibujando cada curva y exponiendo unas piernas interminables. La parte superior era de encaje y recogía sus senos como las manos de un amante. El cabello colgaba suelto sobre sus hombros, en una cascada de rizos revueltos. Olía a gloria, a melocotones y flores, y la sonrisa que le ofreció fue incitante y nerviosa al mismo tiempo.

—Estás bellísima —dijo.

—Me siento ridícula —su sonrisa se ensanchó.

Se puso una mano sobre el estómago, como si intentara apaciguar un revoloteo interno, y Adam se preguntó si estaría arrepintiéndose de haber hecho la oferta que los había llevado allí.

Le sirvió una copa de champán y se la ofreció. Sus dedos se rozaron y él sintió que le abrasaban la piel. Decidió ignorar la sensación.

—¿Por qué ridícula?

Ella encogió los hombros y señaló el camisón.

—Me compré esto especialmente para esta noche y supongo que fue una tontería. No es que sea una noche de bodas normal, ¿verdad?

—No —concedió él. No podía dejar de mirarla. La curva de sus senos. La forma de sus pezones, apretándose contra el encaje—. No lo es. Pero sí es el principio de nuestro trato.

—Cierto —tomó un sorbo de champán. Después se lamió el labio inferior y Adam sintió que todo él se tensaba.

—Y, por lo que a mí respecta, te aseguro que aprecio tu talento haciendo compras.

Los ojos de ella se agrandaron y sonrió.

—Gracias —salió al balcón y admiró la vista—. Es una maravilla, ¿verdad?

—Sí que lo es —dijo él. Pero no miraba el desierto iluminado por luces de neón y las montañas en el horizonte. La miraba a ella. Tomó otro sorbo de champán, a ver si el vino helado le refrescaba la sangre un poco. No tuvo suerte.

—Gracias por traer a mis padres hasta aquí y devolverlos a casa —dijo ella, volviendo la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

Él hizo un gesto de indiferencia. No le había importado llevar a Sal y a Teresa con ellos, pero tampoco verlos marchar. Sobre todo a Teresa. La mujer lo había taladrado con la mirada durante todo el día.

—Me pareció importante que estuvieran aquí contigo.

—¿Pero no que estuvieran tus hermanos?

—Pensé que sería más fácil para todos mantener las cosas simples —se apoyó en la barandilla de piedra.

—Ya. Simples. ¿Lo saben?

—¿Lo nuestro? —preguntó él. Ella asintió—. Ahora sí. Esperanza se lo ha dicho.

—¿Cómo se lo han tomado?

Él la miró y mintió. No le importaba lo más mínimo lo que pensaran sus hermanos.

—Bien. Hablé con Travis hace unos minutos.

Llegó un golpe de brisa del desierto y Gina se estremeció.

—Tienes frío.

—Un poco.

Él dejó la copa en la mesa y fue hacia ella. Una distancia muy corta, pero Adam tuvo la sensación de medir cada paso. Estaba a punto de sellar el trato. No habría vuelta atrás. Y si a la mañana siguiente se despertaba arrepintiéndose de lo que hubiera hecho esa noche, tendría que aguantarse. Estaba más que acostumbrado a vivir con realidades incómodas.

—Ven aquí —la rodeó con los brazos y atrajo su espalda hacia él. El calor se introdujo en sus huesos, atizando el fuego de su sangre. Adam sintió una dulce oleada de deseo y apretó los dientes para mantener el control. No podía dejarse llevar por su entrepierna. Una cosa era el trato y, otra, perder el control. Eso no estaba dispuesto a hacerlo nunca.

—Adam —musitó Gina, tan bajo que le costó entenderla—. Sé que esto fue idea mía pero, de repente, no sé qué hacer ahora.

—Haremos lo que habíamos planeado. Concebir un bebé juntos.

Ella se estremeció y se apretó contra él.

—Sí. Es decir, de eso se trata esto. Entonces —se volvió hacia él y lo miró a los ojos—, no tiene sentido perder el tiempo, ¿verdad?

Alzó los brazos y rodeó su cuello. Luego se puso de puntillas y lo besó. El roce suave y casi tímido de su boca iluminó el interior de Adam con más fuerza que las luces de neón que se extendían bajo ellos.

Llevaba cinco años solo. Rechazando deseos y necesidades para los que no tenía tiempo ni paciencia. Ya no tenía razón para controlarse. Así que no lo hizo. La rodeó con los brazos, la apretó contra sí y apresó su boca con toda la pasión contenida que empezaba a desatarse en él.

Ella gimió levemente cuando entreabrió sus labios con la lengua y probó su sabor. Luego suspiró, avivando el fuego que surcaba sus venas. Apretó sus caderas contra las de él, anhelante.

Una y otra vez, su lengua la asaltó, reclamando, exigiendo. Olvidó el control y se rindió a las oleadas de deseo que lo invadían. Deslizó las manos por su espalda, tocando sus nalgas, acariciando su columna y enredando los dedos en la espesa masa de rizos oscuros.

Su aroma lo llenó y su sabor inflamó sus sentidos. Anhelaba sentirla bajo su cuerpo. Apartó la boca, como un hombre que necesitaba aire para no ahogarse.

Ella echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo del desierto, mientras la boca de Adam recorría su cuello besando, lamiendo y mordisqueando. Se sentía como un festín ante un hombre hambriento.

Se sentía necesitada. Deseada.

Anheló sentirse también amada.

Cuando ese pensamiento surgió en su mente, lo desechó. Por el momento bastaba con que amara ella. Quería más, lo quería todo. Al día siguiente empezaría la simulación de matrimonio acordada. Pero ésa era su noche de bodas y quería recordar cada segundo.

Gimió cuando Adam la alzó en brazos. Sonrió y miró sus ojos oscuros; no vio en ellos ni un atisbo, de humor o calidez. Sólo necesidad.

Eso la entristeció un poco, pero luchó contra la sensación y tomó su rostro entre las manos.

—Podremos hacerlo, ¿verdad?

—Oh, vamos a hacerlo, Gina —sus labios se curvaron—. Ahora mismo.

Ella sintió una deliciosa espiral de deseo que espesaba su sangre. Inspiró profundamente mientras él la llevaba a la *suite.*

—No me refería al sexo, Adam. Me refería a nuestro trato.

—¿Empiezas a tener dudas? —se detuvo junto a la puerta y la miró.

—No —mintió ella—. Sólo quería asegurarme de que no las tenías tú.

—Cuando hago un trato, lo cumplo —replicó él, deslizando la mano por su muslo.

—Por supuesto —asintió ella, bajando una mano hacia su pecho. Sintió el fuerte latido de su corazón bajo la palma y supo que no estaba tan tranquilo como quería aparentar—. Yo también.

—Me alegro. ¿Qué te parece si empezamos a ocuparnos del negocio?

—Que tal vez me resultaría más fácil si no lo llamáramos negocio —dijo ella, desabotonándole la camisa. Él movió la cabeza de lado a lado.

—Es un negocio, Gina. Nada más —la devoró con los ojos—. No te engañes. No creas que es un matrimonio auténtico. Sólo acabarías sufriendo.

Gina pensó que no había nada equiparable a un poco de cruda y fría realidad en ese momento. Adam quería asegurarse de que no se entregara demasiado, y tal vez de que no hubiera rencores cuando el trato acabara.

A Gina le pareció bien. Él podía pensar lo que quisiera. Ella se reservaría sus pensamientos. Sus sueños seguirían escondidos bajo llave en su corazón. Tenía al hombre al que siempre había deseado y no iba a permitir que sus dudas y miedos respecto al futuro arruinaran la noche que llevaba esperando toda la vida.

Capítulo 6

Sus manos en la piel desnuda le parecieron incitantes. Perfectas. Se sentía como si llevara esperando ese momento toda su vida. El momento en el que Adam sería sólo suyo, cuando lo recibiría dentro de su cuerpo y lo retendría allí.

Sentía un suave burbujeo en el estómago, una extraña combinación de nervios y champán. Su cerebro, desbocado, le gritaba advertencias y le daba ánimos al mismo tiempo. Pero Gina no necesitaba que la animaran más. Pasó la mano por el torso desnudo de Adam. Notó la respuesta de sus músculos y supo que él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él.

El enorme dormitorio estaba a oscuras, sólo iluminado por la luz de la luna que entraba por el balcón entreabierto. Los visillos blancos se agitaban seductoramente con la suave brisa y daban paso al aroma del desierto.

La cama, ancha y alta, estaba cubierta con un lujoso edredón de seda blanca. Una montaña de almohadones se apoyaba contra el cabecero de hierro negro. Adam la llevó junto a la cama, la dejó en el suelo y apartó el edredón.

A Gina le temblaban las piernas, así que las tensó para no hacer una tontería como caer al suelo. Los ojos de Adam parecían casi negros mientras la miraban. Tenía los labios prietos, como si intentara mantener el control.

Pero ella no lo quería controlado.

Lo quería salvaje, deseoso y espontáneo. Mordiéndose el labio inferior, alzó las manos y le quitó la camisa de los hombros, brazos abajo, hasta que cayó al suelo. Luego deslizó las manos por su duro y cálido pecho. Sintió el suave roce del vello oscuro que salpicaba su piel morena y cómo se estremeció cuando rozó un pezón con la uña del pulgar.

Él puso las manos en su cintura, grandes y firmes. Después la atrajo hacia él, haciéndole sentir su abultada erección. Gina notó el calor de su mirada abrasarla por dentro, como si acercara una cerilla a un charco de gasolina.

La boca de él descendió sobre la suya con una fiereza que ella no había esperado. Su lengua le abrió los labios y aceptó gustosa la exploración. Sus lenguas se unieron en un baile apasionado que era un preludio de lo que estaba por llegar. Gina se quedó sin aliento y la cabeza empezó a darle vueltas.

Su cuerpo temblaba de deseo y dejó escapar un gemido sordo cuando las manos de Adam cubrieron sus senos. La acarició, raspando sus pezones con el encaje, creando una deliciosa fricción que casi la volvió loca. Cada roce era puro fuego que le hacía desear el siguiente. Cada caricia extremaba la tensión que sentía en su interior como un muelle a punto de saltar.

Adam dejó su boca para lamer y besar cuello abajo y Gina ladeó la cabeza para facilitarle el acceso. Su boca era una maravilla. Sentir sus manos en los senos, una deliciosa tortura.

Después, él llevó las manos a los finos tirantes del camisón y los deslizó hacia abajo. Gina se estremeció al sentir la caricia fresca de las yemas de sus dedos en la piel, y más aún cuando tiró del camisón y dejó que cayera a sus pies.

El viento fresco del desierto entró en la habitación y acarició su piel, pero la mirada de Adam era tan abrasadora que ni lo notó. La miró de arriba abajo y después la alzó y la dejó caer sobre el colchón.

Ella rebotó una vez y luego se acomodó en los almohadones. El centro de su placer, ardiente y dolorido, la llevaba a retorcerse sobre las suaves sábanas, buscando el alivio que su cuerpo reclamaba.

Observó a Adam desvestirse. Se le secó la boca cuando vio su impresionante erección.

Gina se obligó a relajarse, a soltar las piernas y a borrar la preocupación de su mente. Lo conocía desde siempre. Sabía que no le haría daño. Aunque no la amara, la trataría bien.

Entonces lo sintió sobre ella y su cerebro dejó de pensar. Sólo tenía fuerza para concentrarse en las sensaciones que la surcaban en oleadas. Las manos, boca y cuerpo de Adam le dedicaban toda su atención, haciendo que cada poro de su piel se sintiera vivo y tintineante.

Cuando cerró su boca sobre un pezón, Gina casi saltó de la cama. Labios, lengua y dientes la torturaron hasta que, gimiendo, intentó acercarse más a él. Deslizó las manos por la musculosa espalda, arañándolo con suavidad.

Él emitió un gruñido y Gina alzó las caderas hacia él. Levantó una pierna y acarició la de él con la planta del pie, desesperada por incrementar el contacto. Por sentirlo entero.

—Hueles de maravilla —susurró él, trasladando la boca al otro pezón.

Gina tomó nota de seguir comprando la loción corporal de cítricos y flores que solía utilizar. Miró el techo y el juego de luces y sombras que creaba la luna. Jadeaba. Su cuerpo ardía. Cuando él se movió y sintió el tenso y duro miembro rozar su sexo, gimió y se arqueó.

—Adam…

—Lo sé —susurró él, alzando la cabeza.

Sus miradas se encontraron y ella vio el brillo salvaje de los de ojos de él. Tomó su rostro entre las manos y atrajo su cabeza. Quería besarlo, sentir el vínculo de pasión y deseo crecer entre ellos. Percibir el peso de su cuerpo y el latido de su corazón sobre ella.

El beso fue abrasador. Gina se entregó por entero, poniendo su corazón, lo supiera él o no. Vertió los sentimientos que había ocultado durante años en ese instante de unión. Al notar que se movía y se situaba entre sus piernas, lo besó con más intensidad.

Deseaba su boca en la de ella cuando la penetrara, así que se movió con él, abriendo los muslos y alzando las caderas, sin abandonar sus labios. La lengua de él acarició su paladar mientras, más abajo, se introducía en su interior.

Adam alzó la cabeza y la miró a los ojos, inmóvil, esperando a que su cuerpo se acostumbrara a la invasión. Gina gimió y aplastó la cabeza contra los almohadones. Movió las caderas, sintiendo cómo se introducía lentamente en ella, centímetro a centímetro, y cómo su interior se distendía para acomodarlo.

—Oh, vaya… —suspiró y le sonrió. Gimió cuando él movió las caderas y entró aún más.

Después él se retiró un poco, puso las manos bajo sus nalgas y alzó sus caderas para atraerlo hacia él de nuevo.

—Sólo estamos empezando —dijo él.

Puso el pulgar en el botón duro y ardiente de su sexo y Gina alzó la espalda del colchón. Sus manos buscaron algo a lo que agarrarse y curvó los dedos sobre las sedosas sábanas. Sintió que su mundo empezaba a girar vertiginosamente, mientras él se retiraba para volver a penetrarla.

Sus dedos continuaron frotando y acariciando el punto más sensible de su anatomía, hasta que Gina se retorció bajo sus manos, moviendo las caderas e, inconscientemente, atrayéndolo hacia lo más profundo de su interior.

«Es demasiado. No puedo manejar tantas sensaciones. Tanto placer. Debe de haber un punto de saturación en el que mi cuerpo y mi mente se disuelvan, convirtiéndose en un charquito», pensó.

Entonces él le demostró que podía ir más lejos. Puso las manos en su cintura, la alzó de la cama y la colocó sobre su regazo, penetrándola por completo. Gina lo miró a los ojos mientras él se movía con ritmo suave, balanceándola sobre él.

El viento entró en la habitación, y el olor a salvia se fundió con el de sus cuerpos cálidos y el de su sexo. Piel contra piel, sus jadeos se convirtieron en una sinfonía de deseo.

Subiendo y bajando sobre él, Gina descubrió una magia que no había esperado. Su cuerpo se estremecía y se tensaba, buscando la liberación, el estallido. Su corazón se henchía con la excitación de, por fin, ser parte de Adam. En su mente flotaban imágenes que no podía permitirse: de Adam mirándola con ojos brillantes de amor, de ellos dos juntos para siempre.

A pesar de que una parte de ella se dolía por esa falta, las intensas sensaciones de su cuerpo la compensaban con creces. Se perdió en las profundidades oscuras de los ojos de Adam, viendo la pasión que llameaba en ellos y que sabía que ella había provocado.

La tensión creció y creció. Sintió una convulsión y, cuando volvió a descender sobre él, llegó el primer estallido.

—¡Adam! —se aferró a sus hombros, intentando mantener el equilibrio en un mundo de repente caótico.

—Déjate ir —ordenó él con voz ronca—. Déjate ir, Gina.

Ella no pudo evitarlo. Ni siquiera lo intentó. Se rindió a las increíbles sensaciones que surcaban su cuerpo en oleadas de temblores y escalofríos.

Cuando Gina creyó que no podría seguir ni un momento más, Adam deslizó la mano hacia el punto en el que sus cuerpos se unían. Volvió a frotar el tierno botón que parecía formado por multitud de terminaciones nerviosas y eléctricas. Instintivamente, clavó las caderas contra él.

—Adam… —susurró con placer.

—Otra vez —dijo él, llevándola a lo más alto de nuevo. La mente de Gina estalló en mil pedazos y, cuando se sintió caer en el vacío, el gruñido ronco de Adam le indicó que la acompañaba en esa interminable caída libre.

El corazón de Adam estaba desbocado y su cuerpo se sentía más relajado que en muchos años. Giró la cabeza en la almohada para mirar a la mujer que yacía a su lado. Tenía los ojos cerrados, con un brazo estirado sobre la cabeza y el otro tendido hacia él por encima del colchón.

Su piel era más suave que la seda y, su cabello, un amasijo de rizos que no se cansaba de acariciar. Sus suspiros, su placer, lo tentaban a tomarla una y otra vez. Incluso en ese momento, sólo con mirarla, su cuerpo se endurecía por ella.

—Estás observándome.

—Tienes los ojos cerrados —dijo él—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo siento —dijo ella, y giró la cabeza para mirarlo. Una sonrisa curvó su deliciosa boca y Adam sintió otra llamarada de deseo. Pensó que tal vez el trato no fuera tan buena idea; en una hora con ella había sentido más que en los últimos cinco años.

—Ahora estás frunciendo el ceño —dijo Gina, poniéndose de costado. La luna hacía resplandecer su piel lisa y bronceada—. Los ceños no están permitidos.

—No sé si podré complacerte —dijo él.

—Adam, no tienes por qué estar preocupado —suspiró ella, echándose la masa de rizos por encima del hombro.

—¿Qué te hace creer que estoy preocupado?

La risa cristalina de Gina llenó la habitación.

—Por favor. Sé exactamente lo que estás pensando.

—¿En serio? —se apoyó sobre un codo y la miró—. ¿Qué estoy pensando? —sonrió.

—Es fácil. Te preocupa haber cometido un error al aceptar este trato.

Él abrió la boca para discutir; odiaba que supiera leerlo tan bien. Pero ella volvió a hablar.

—Te preocupa que tenga ideas románticas, que tenga la esperanza de que te enamores de mí.

Él frunció el ceño aún más porque era verdad. Pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Te equivocas. Sé que no harás nada tan estúpido —al menos esperaba que no lo hiciese—. Al fin y al cabo, el trato fue idea tuya.

—Cierto —sonrió y se tumbó sobre el estómago, acercándose más a él. Lo bastante como para que él no pudiera resistirse a acariciar la línea de su columna y la curva de su trasero, preguntándose por qué diablos no había marcas de bañador y si tomaba el sol desnuda.

—¿Por qué? —preguntó Adam.

—¿Por qué, qué? —los ojos dorados brillaron en la oscuridad.

—¿Por qué me ofreciste el trato? Sé que quieres un bebé, eso lo entiendo. Lo que quiero saber es por qué me elegiste a mí.

Ella se estiró perezosamente y el movimiento sinuoso del cuerpo moreno en las sábanas blancas hizo que a Adam volviera a hervirle la sangre.

—La explicación es sencilla, Adam. Querías la tierra, así que eso me daba cierta ventaja…

—Sí… —Adam quería oír más.

—Te conozco de toda la vida, Adam. Me gustas. Y creo que yo te gusto a ti.

Él asintió. Gina le gustaba, pero no le había prestado atención a lo largo de los años. Era más joven que él, así que no habían pasado mucho tiempo juntos de niños. Cuando crecieron, él había tenido otras prioridades.

—Así que era la solución perfecta para ambos —alzó una mano y acarició su pecho—. Además… creo que tendremos un bebé precioso.

Una punzada fría y oscura taladró la mente de Adam. Una vez se había jurado que no tendría más hijos, que no volvería a arriesgarse. Desechó la idea porque la situación era especial. Había hecho un trato y lo honraría. El niño que concibieran Gina y él no sería parte de su vida. No lo conocería, ni lo amaría, ni lo perdería. Lo mejor era no pensar en ese tema.

—Lo siento —murmuró Gina.

—¿El qué?

—Hablar del bebé que deseo debe de hacerte recordar a tu hijo.

Adam se quedó paralizado. Sus rasgos se tensaron. Los recuerdos asaltaron su mente, pero los rechazó. Lo hacía con tanta facilidad como pulsaba el botón del mando a distancia de la televisión. Había tenido mucha práctica.

—No hablo de él. Nunca —Adam pensó que era mejor dejar claro que el hijo que había perdido cinco años antes era un tema tabú.

Los ojos de ella brillaron compasivos y eso lo irritó. No quería que tuviese lástima de él.

—Lo entiendo.

—Eso es imposible.

—De acuerdo, tienes razón —dijo Gina tras unos segundos de silencio —. No lo entiendo. Espero no tener que sufrir nunca la clase de dolor que tú…

Él agarró su mano y la apretó con fuerza para hacerla callar. No sabía cómo diablos había surgido el tema de su familia perdida. Su trato se limitaba al sexo, nada más.

—¿Qué parte de «no hablo de él» no has entendido?

Ella liberó su mano, se incorporó en la cama y se inclinó hacia él. Escrutó sus ojos como si buscara algo, algún atisbo de calidez oculta en su interior. Adam podría haberle dicho que no se molestara en buscar.

—Comprendido, Adam —lo besó con suavidad—. Ese tema está prohibido.

—Bien.

—Además, no quiero hablar —Gina acarició su mejilla y se acercó más a él.

—Eso está mejor que bien.

Una sola caricia había hecho que su cuerpo volviera a estar listo para ella. Llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Había sido un recluso durante cinco años, con sólo alguna aventura ocasional para sofocar necesidades apremiantes.

Eso explicaba su respuesta ante Gina. Era biológica, nada más. No tenía que ver con ella, era sexo, puro y duro.

Siguió repitiéndose eso mientras inhalaba su aroma y enredaba la mano en su cabellera. Lo repitió cuando tomaba su boca y paladeaba la inigualable dulzura de Gina.

No permitiría más que eso.

Ella intentó girar hacia sus brazos, pero él la mantuvo boca abajo para besar su espalda de arriba abajo. Piel suave de color miel tostada, líneas fluidas y curvas generosas. Oyó su suspiro cuando acarició sus nalgas. La miró y vio que tenía los ojos cerrados y los puños sobre los almohadones.

—Tenemos toda la noche, Gina —dijo. Quería disfrutar cada segundo. Quería sentirla sobre él y bajo él. Saborear y explorar cada glorioso centímetro de su cuerpo, y volver a empezar.

Una llamarada de fuego calentó su sangre y supo que tenía que hacerla suya. No era momento de pensar ni de preocuparse por el día de mañana ni por el siguiente. No perdería más tiempo.

Le dio la vuelta y sonrió al ver cómo abría los brazos para recibirlo. Aceptó su abrazo, cubrió su cuerpo con el suyo y ella alzó las caderas para que la penetrara hasta lo más profundo. Para retenerlo envuelto en su calor. Adam cerró su mente a todo lo que no fuera eso.

Se movieron juntos, con un ritmo que los dejó sin aliento. Sus cuerpos hicieron música, sus mentes se vaciaron y, cuando Gina se rindió al primer espasmo de placer, Adam la sujetó, observando sus ojos nublados de pasión, y se entregó al paraíso que también lo esperaba a él.

Capítulo 7

Gina estaba segura de que había engordado tres kilos en cuatro días, gracias a Esperanza Sánchez, el ama de llaves de Adam. La mujer estaba tan contenta de verlo casado de nuevo que no había dejado de guisar en toda la semana. Y cada vez que Gina intentaba ayudar en la cocina, ordenar la sala o limpiar el polvo, la echaba de la habitación y le decía que fuera a pasar tiempo con su nuevo esposo.

Eso no era tan fácil como sonaba.

Esperanza estaba empeñada en que Gina se sintiera como en casa, pero Adam no parecía igualmente dispuesto. Gina, ante el espejo del dormitorio que compartía con Adam, contemplaba el reflejo de la enorme cama que había tras ella. Ése era el único lugar en el que se sentía como si Adam se alegrara de su presencia.

—Al menos le gusta tenerme en su cama —mascullo, intentando centrarse en lo positivo.

Al menos había pasión y conectaban de vez en cuando, aunque sólo fuera de forma física.

—Lamentable, Gina, lamentable —movió la cabeza y echó un vistazo a su imagen. Admitió que no parecía una mujer fatal. Con vaqueros gastados, botas y camiseta rosa, parecía una vaquera más que una recién casada. Llevaba el pelo recogido atrás en una larga trenza.

Había tenido grandes esperanzas con respecto a su trato, pero Adam estaba resultando más difícil de manejar de lo que había creído. Parecía empeñado en mantener las distancias y en que su relación fuera lo más superficial posible, a pesar de que estaban casados y vivían juntos.

Gina abrió las puertas que daban a la terraza y salió. El cielo matutino era de un color azul intenso, pero se veían nubes de tormenta acumulándose sobre el océano. Pensó que era una metáfora perfecta para describir su matrimonio.

Hacía casi una semana desde su regreso de Las Vegas y era como si la breve «luna de miel» no hubiera tenido lugar. Apoyó ambas manos en la barandilla y curvó los dedos sobre el hierro templado por el sol. En cuanto llegaron al rancho, Adam se había encerrado en sí mismo. Ella se había sentido como si fueran una pareja durante el par de días y noches que pasaron en Las Vegas. Pero era como si Adam hubiera pulsado el botón de apagado y volviera a ser el recluso de los últimos cinco años. Apenas lo veía durante el día y siempre estaba distante, aunque cortés. Sólo se abría a ella durante la noche.

Entonces era el hombre con el que siempre había soñado. Se entregaba y recibía. Cada vez era mejor que la anterior. De hecho, el sexo era increíble. Gina nunca había disfrutado igual. Pero si lo único que compartían era el sexo, tal vez no hubiera nada más entre ellos por lo que mereciera la pena luchar.

—Sigue así, Gina —mascullό—. Deprímete.

Entrecerró los ojos contra el sol y observó a Adam caminar con pasos largos hacia el establo. Una vez se lo tragaron las sombras, Gina suspiró, preguntándose qué estaría haciendo, qué pensaría. No hablaba con ella. No compartía sus planes para el día. No le permitía saber lo que le pasaba por la cabeza. Era como si ella fuera una huésped en el rancho, una invitada que pronto se iría.

Se le escapó otro suspiro. Apoyó los codos en la barandilla y estudió la banda de oro que lucía en el dedo. No era una invitada, era su esposa. Al menos, de momento.

Hasta que se quedara embarazada.

Ésa era la razón de que siguiera utilizando su diafragma. Un pinchazo de culpabilidad la aguijoneó. Admitió para sí que lo que estaba haciendo no era justo, técnicamente hablando. Pero estaba dispuesta a arriesgarlo todo por la oportunidad de alcanzar el amor verdadero. Incluso si eso implicaba que Adam descubriera su estratagema algún día. Si llegaba el caso, confesaría y esperaría que lo entendiera.

Todas las noches él se esforzaba por dejarla embarazada, sin duda para poner fin al matrimonio y enviarla de vuelta a casa. No tenía ni idea de que estaba saboteando el trato que ella misma había propuesto.

—Gina, esto podría ser mucho más difícil de lo que habías previsto —pensó que, incluso podría ser imposible. Pero no iba a rendirse tan pronto.

Ya antes de la boda había tomado la decisión de seguir utilizando el diafragma. Quería un bebé, el bebé de Adam. Pero también quería la oportunidad de que Adam deseara seguir con ella cuando acabara el trato. Necesitaba tiempo para que se acostumbraran el uno al otro. Tiempo para que él comprendiera que podía haber algo muy especial entre ellos.

Tiempo para que se enamorase de ella.

Era un riesgo, sin duda. Pero si conseguía su objetivo, habría merecido la pena.

Mientras su mente recorría esos caminos ya tan trillados, vio un deportivo rojo acercarse hacia la casa. Antes de que pudiera preguntarse quién sería el visitante, otro vehículo tomó la carretera que llevaba al rancho: un enorme remolque para caballos.

—¡Están aquí! —entusiasmada, entró al dormitorio.

Salió y corrió escaleras abajo. Ya estaba en la puerta cuando el coche y el remolque para caballos llegaron a la casa y se detuvieron.

Un hombre alto y guapo bajó del deportivo rojo y echó un vistazo a Gina antes de hablar.

—¿He de suponer que esa entusiasta recepción no es para mí?

Gina sonrió al hermano de Adam. Travis era agradable y tranquilo. Siempre con una sonrisa a punto y dispuesto a reír. Su vida habría sido mucho más fácil si se hubiera enamorado de él. Por desgracia, cuando lo

miraba no sentía una descarga eléctrica, sólo admiración femenina por un excelente ejemplar del género masculino.

—Hola, Travis. Me alegro de verte —señaló el remolque—. Han llegado mis caballos.

—¿Un remolque de caballos te importa más que yo? —Travis se apoyó en la parte delantera de su coche—. Debo de estar perdiendo mis dotes. He venido a ver a mi nueva cuñada y a darle la bienvenida a la familia.

Gina sabía que Travis y Jackson conocían las verdaderas circunstancias de su matrimonio, pero Travis había ido a darle la bienvenida, por breve que fuera, a la familia King. Deseó besarlo por eso. Se acercó y lo abrazó.

—Gracias. Te lo agradezco de verdad.

Él la estrechó entre sus brazos y bajó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Cómo va todo, Gina? ¿Ya te está sacando Adam de tus casillas?

—No del todo —Gina sonrió, agradeciendo su comprensión.

—Dale tiempo —Travis le guiñó un ojo. Después su sonrisa se desvaneció—. Gina, quiero que tengas cuidado, ¿de acuerdo? No quiero verte sufrir y…

—¿Por qué estás abrazando a mi esposa, Travis? —bramó Adam, saliendo del establo.

—Porque es de lo más «abrazable», ¿no crees? —dijo Travis con tono divertido, dándole otro apretón. Le guiñó un ojo antes de soltarla.

Adam tenía el rostro tenso y los ojos entrecerrados. Gina deseó poder creer que estaba celoso, pero presentía que era la imprevista visita de Travis, no el abrazo, lo que lo irritaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Adam a su hermano.

—Hola a ti también, hermano —contestó Travis.

Gina miró a su esposo e intentó controlar su inmediata respuesta física. Su cuerpo se encendía al ver a Adam. Si miraba a Travis o a Jackson, veía hombres guapos, bien hechos y con mucho encanto, pero nada más. Sin embargo, si miraba a Adam sentía un revoloteo de mariposas en el estómago y su pulso se disparaba.

A pesar de su carácter gruñón y su tendencia a rechazar a cualquiera que amenazara con acercarse a él, lo amaba. Sabía que bajo su coraza seguía estando el tipo que la había llevado a casa cuando se cayó del caballo a los dieciséis años. Dentro de Adam seguía estando el héroe que la rescató en un baile del instituto, cuando su acompañante intentaba propasarse con ella.

Al mirarlo no sólo veía el pasado, sino también el posible futuro. El amor que había ocultado durante años seguía vivito y coleando. Más le valía que Dios la ayudara. Tomó aire y esperó a que la mirase.

—Mis caballos están aquí —dijo.

—Ya lo veo —echó un vistazo al remolque que estaba aparcando junto al corral—. ¿Por qué?

—¿Qué quieres decir? —Gina no había esperado esa reacción.

—Es una pregunta fácil, Gina —cruzó los brazos sobre el pecho y abrió las piernas, como si se preparara para una batalla—. ¿Por qué están aquí? ¿Por qué no los has dejado con tus padres?

Gina lo miró fijamente. Estaba enfadado porque había trasladado a sus caballos.

—Porque ahora vivo aquí —contestó.

—Temporalmente —dijo Adam.

Gina pensó que eso sí era un golpe directo.

—Por Dios santo, Adam —Travis se situó al lado de Gina, tomando claro partido por ella.

—Esto no es asunto tuyo, Travis.

—Tiene razón, Travis —Gina apreciaba el intento de ayuda, pero tenía que ocuparse del asunto ella misma—. Es algo entre Adam y yo.

Fue hacia su esposo, cuya mirada habría podido agriar leche sólo con mirarla.

—Adam, estamos casados. Vivo aquí. Trabajo con los Gypsy todos los días. No es nada conveniente tener que ir al rancho de mis padres todos los días para hacer mi trabajo.

Adam siseó entre dientes y miró a Travis de reojo antes de volver a centrarse en ella. Era obvio que tenía mucho que decir al respecto, pero no le interesaba tener a Travis como testigo.

Agarró su brazo y la llevó hacia el establo, para alejarla de su hermano.

—No tienes que simular, Gina. Ambos sabemos que este matrimonio no es real.

Otro dardo que dio en el centro de la diana. Pero ni en sueños permitiría que él lo notara. Si quería que Adam la viera de verdad, tenía que enfrentarse a él. Hacerle saber que no iba a permitir que la ignorase, aplacase o pisotease.

—Te equivocas —afirmó—. Este matrimonio es muy real —alzó la mano izquierda y agitó el dedo en el que lucía la alianza—. Estamos legalmente casados, Adam, el tiempo que dure.

—Sé que es legal, pero no es un matrimonio normal, ¿verdad? —soltó su brazo.

—¿Qué matrimonio es normal, Adam?

—Estás malinterpretando mis palabras a propósito —resopló él con frustración.

—Las interpreto de maravilla —dijo ella, clavando la punta del dedo índice en su pecho—. Quieres simular que no estoy aquí. Sólo quieres verme en el dormitorio. Pues olvídalo. Estoy aquí y no pienso irme a ningún sitio de momento.

—Eso lo sé —miró a Travis y bajó la voz—. Sólo digo que no tiene mucho sentido desenraizar a tus caballos. Además, aquí no hay sitio para ellos. Por no mencionar que podrías haberme hablado del tema antes de organizar su traslado.

Por mucho que lo amara, Gina no iba a permitir que la tomara por tonta.

—En este rancho hay sitio más que suficiente para mis caballos, Adam. Ni siquiera utilizas el corral delantero y el establo está medio vacío.

—No se trata de eso…

—Tú acabas de hacer que se trate de eso. Además —se apresuró a continuar—, sabías que trabajo con esos caballos a diario.

—No pensé qué…

—¿Qué? —sus ojos se agrandaron y agitó las manos en el aire—. ¿No pensaste que trabajaría con ellos aquí? ¿En el lugar donde vivo? —bajó la voz un poco y se acercó a él—. ¿Qué pensabas, Adam? ¿Tal vez que me quedaría encerrada en el dormitorio, esperando tus atenciones? Dije que quería un bebé, pero también tengo una vida. Y no estoy dispuesta a renunciar a ella.

—Podrías haberme dicho…

—Tal vez, sí. Pero no había caído en la cuenta de que tendría que comentar cada una de mis decisiones contigo para obtener tu aprobación.

—No he dicho que…

—¿Qué has dicho entonces? —Gina casi estaba disfrutando. Adam parecía desconcertado y confuso; eso era mucho mejor que la indiferencia. Al menos estaba mirándola y hablando con ella. Tal vez desconcertarlo fuera la solución.

—De acuerdo —se frotó el rostro con gesto impaciente—. No voy a discutir sobre esto.

—Ya es tarde para eso.

—Si quieres tener aquí a los malditos caballos, de acuerdo.

—Oh —Gina se llevó una mano al pecho—. Muchas gracias.

—Estás empezando a irritarme de verdad, Gina —le advirtió él, tensando la mandíbula.

—Bien —dijo ella, sonriéndole. Si lo estaba irritando, estaba atravesando sus defensas—. Me alegra saber que puedo hacerte sentir algo.

Se daba la vuelta para alejarse cuando él agarró su brazo y la hizo girar. Antes de que pudiera protestar, la besó. Capturó su boca con un

beso hambriento que la dejó temblando. Después la soltó y dio un paso atrás como si le sorprendiera lo que había hecho.

—Ten cuidado con lo que deseas, Gina. No todos lo sentimientos son bonitos.

Ella se llevó una mano a la boca, se frotó los labios y alzó la vista hacia él.

—Incluso ésos son mejor que no sentir nada.

—Ahora eres tú quien se equivoca —dijo él. Señaló el remolque con la cabeza; el conductor acababa de bajar de la cabina—. Ve a acomodar a tus caballos.

Le dio la espalda y se alejó sin volver a mirarla.

* * *

Adam fue hacia la parte trasera del establo, donde había construido una pequeña oficina en lo que antes había sido un cubículo más. Se sentó tras el arañado escritorio que solía utilizar su capataz. Se alegró de que Sam no estuviera allí.

Travis apareció en el umbral, apoyó un hombro en la jamba y lo miró.

—¿Disfrutas comportándote como un asno?

—Lárgate —Adam apoyó un bota en la esquina del escritorio y cruzó las manos sobre el estómago.

Aún sentía el sabor de Gina y eso no era bueno. No había pretendido besarla. Pero lo había pinchado hasta que fue incapaz de controlar la necesidad de tocarla.

Desde que habían vuelto de Las Vegas, había hecho lo posible por no pasar tiempo con ella. Si se mantenía lo bastante ocupado y seguía su rutina habitual, casi podía imaginar que no vivía allí, que nada había cambiado en su vida.

Pero cada tarde, su mente empezaba a centrarse en ella. Su cuerpo empezaba a anhelarla. Y todas las noches la buscaba como un hombre en llamas.

No había contado con eso. No había esperado que la presencia de Gina lo afectara. Se trataba de un negocio; un trato más entre muchos.

Sin embargo, ella estaba introduciéndose en sus pensamientos y en su vida con una fuerza que lo inquietaba en gran medida.

—Gina se merece que la traten mucho mejor.

Adam entornó los ojos y le lanzó a Travis una mirada que debería haberlo frito como un rayo. Por supuesto, Travis ni se inmutó.

—Lo que hay entre Gina y yo es privado, entre ella y yo —afirmó Adam.

Travis entró en el despacho y quitó el pie de Adam del escritorio de un manotazo antes de sentarse. Arqueó una ceja y esbozó media sonrisa.

—Te está afectando.

—No —mintió Adam—. Ella no me afecta.

—Podría, si se lo permitieras.

—¿Por qué iba a hacer eso? —los dedos de Adam se tensaron hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Deja que conteste con otra pregunta. ¿De verdad te gusta vivir como un maldito monje? —exigió Travis—. ¿Disfrutas encerrándote en este rancho? ¿Alejando a todo el mundo menos a Jackson y a mí?

—No me encierro —dijo Adam, controlando un destello de ira—. Estoy trabajando. El rancho exige mucho tiempo y…

—Eso cuéntaselo a otro —interrumpió Travis—. Yo también crecí aquí. Sé cuánto tiempo requiere. ¿Acaso no vi a papá dirigirlo año tras año?

—Papá no tenía los planes que tengo yo.

—No —aceptó Travis con amabilidad—. Papá además tenía una vida.

—Yo tengo una vida.

—Después de ver ese beso, adivino que al menos tienes la oportunidad de tenerla —Travis sonrió—. Si no la fastidias.

—¿Hay alguna razón para que hayas venido aquí hoy? —Adam lo taladró con la mirada—. ¿O sólo pretendes ser la proverbial espina?

—Admito que lo de ser la espina me atrae, pero sí he venido por una razón —Travis se puso de pie y metió las manos en los bolsillos del pantalón negro—. Voy a llevarme uno de los *jets* de la familia a Napa durante un par de semanas.

—Buen viaje —Adam se levantó—. Pero, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Sólo quería que lo supieras. Hay una bodega que está haciendo cosas interesantes con cabernet. Voy a ver qué averiguo sobre su proceso.

—¿Y por qué cuando tú trabajas para el viñedo está bien, pero cuando yo me concentro en el rancho soy un recluso?

—Porque… —Travis sonrió— yo tengo tiempo para las damas. No vivo y muero por las uvas, Adam. Ahora que has vuelto a casarte, quizá sea hora de que recuerdes que la vida no se reduce a este maldito rancho.

—Conoces el por qué de mi matrimonio. No le des más importancia de la que tiene.

—Eso no implica que no pueda funcionar. Para los dos.

—No me interesa.

—Sólo porque Monica y tú… —calló al ver que Adam enrojecía de ira —. Vale. No hablaremos de eso. Aunque deberías…

—No necesito que me psicoanalicen.

—Yo no estaría tan seguro de eso —comentó Travis—. Adelante, Adam. Entierra tu futuro por culpa de tu pasado —dio medio giro para señalar el corral que había ante el establo—. Pero ésa de ahí fuera es una buena mujer. Demasiado buena para que la utilices y la descartes. Se merece más —al ver que su hermano no contestaba, Travis siguió—. Diablos, Adam, tú te mereces más.

—¿No tienes ninguna vinicultura a quien seducir? —dijo Adam, para cerrar el tema.

—Desde luego que sí —Travis fue hacia la puerta y se detuvo en el umbral—. ¿Podrías hacerme un favor mientras estoy fuera?

—Depende.

—Intenta no ser tan zopenco a todas horas. Dale una oportunidad a Gina. Date a ti mismo un respiro, ¿vale?

Adam se quedó inquieto tras la marcha de Travis. Paseó por el pequeño despacho, escuchando los sonidos que llegaban de fuera. El ruido de cascos de caballo sobre metal, relinchos nerviosos y la risa jubilosa de Gina. Se quedó quieto, concentrándose en su musicalidad.

Pensó que, sintiera lo que sintiera por Gina, cuando se quedara embarazada pondría fin al trato. Fin al matrimonio. Ella se iría y él seguiría con su vida. A pesar de lo que parecía pensar Travis, no había esperanza de futuro. Adam ya se había demostrado a sí mismo que no era de los que servían para casarse.

Capítulo 8

Gina dejó a Adam durmiendo en la enorme cama. Agarró su bata de la silla, se la puso y se ató el cinturón antes de salir del dormitorio. Era incapaz de quedarse dormida, por más que lo intentaba. Decidió levantarse, hacer un té y comer algunas de las galletas caseras de Esperanza.

En el umbral, se volvió para mirar a su marido y sintió un pinchazo en el corazón. Incluso dormido, Adam parecía poderoso y distante. Era como si sus emociones estuvieran tan encerradas que ni siquiera afloraban a la superficie cuando no las protegía conscientemente. Por lo visto, también iba a tener que batallar con su subconsciente.

Suspiró, cerró la puerta con cuidado y caminó hacia la escalera. La casa estaba en silencio, recogida para la noche, descansando tras un largo día. Gina deseó poder descansar también, pero su mente estaba demasiado activa. No podía dejar de pensar en Adam, en la discusión que habían tenido antes y en cómo la había observado desde la distancia mientras ella acomodaba a los Gypsy en su nuevo hogar.

No sabía por qué había creído que conseguiría llegar a él, sabiendo que llevaba cinco años aislándose del mundo. Tal vez no pudiera doblegar su voluntad. Cabía la posibilidad de que Adam sospechara si no se quedaba embarazada pronto. Llegó a la escalera sintiendo el principio de un dolor de cabeza.

Las luces estaban apagadas, pero los rayos de luna que entraban por las claraboyas daban a todo un leve resplandor plateado. Descalza, bajó los peldaños mientras miraba las fotos enmarcadas que decoraban la pared.

Fotos de los hermanos King desde su infancia hasta el momento actual. Jackson sonriente, con un ojo morado, entre sus dos hermanos. Travis alzando el trofeo del campeonato de fútbol del instituto. Incluso había una foto de una merienda de un Cuatro de Julio, hacía veinte años. Los King aparecían en ella, pero también Gina y sus hermanos. Adam era el más alto y estaba de pie detrás de Gina, que entonces tenía diez años. Como si incluso ya entonces hubiera encontrado la forma de estar cerca de él. Se preguntó si Adam se habría dado cuenta. Sonriendo, siguió mirando las fotos y comprendió que no había ninguna de Monica, la esposa fallecida de Adam. Ni del hijo de ambos, Jeremy.

Pensativa, arrugó la frente y pensó en las fotos que había visto en el resto de la casa. No había ninguna foto de la familia que Adam había perdido cinco años antes. Era extraño. Se preguntó por qué no quería verlos ni recordarlos.

Volvió a estudiar las fotos enmarcadas, concentrándose en las que mostraban a Adam: de niño, con vaqueros rotos y una gorra de béisbol caída sobre los ojos; como capitán del equipo de béisbol; en el baile de

graduación; alzando la medalla ganada en un rodeo; sonriendo. Pensó que Adam debería sonreír más a menudo.

Alzó la mano y pasó la punta del dedo por esa sonrisa, deseando poder llegar al hombre con la misma facilidad. Vivían en la misma casa y lo sentía más distante de ella que nunca.

Sintió un escalofrío y se arrebujó en la bata de cachemir. Pero el frío le llegaba del corazón, así que eso no ayudó. Bajó el último escalón.

Miró el largo pasillo que llevaba a la cocina y las galletas caseras; después a la puerta delantera y la noche que había tras ella. Decidió salir fuera.

El aire nocturno era frío y húmedo, pero no soplaba la más mínima brisa. El cielo estaba despejado y tachonado de estrellas. La luna estaba en cuarto creciente y daba suficiente luz para crear sombras sobre el suelo.

Gina fue hacia el corral donde dormían los Gypsy. Al día siguiente les asignarían sus lugares en el establo, pero por esa noche estaban fuera, acostumbrándose a su nuevo hogar.

—Espero que os cueste menos acostumbraros que a mí —susurró, apoyando los antebrazos en el barrote superior de la verja.

Una de las yeguas relinchó suavemente y se acercó hacia ella. Gina estiró el brazo y le acarició el morro con gentileza. Sonrió cuando la yegua se acercó más aún.

—Hola, *Rosie*. ¿Me has echado de menos?

La yegua cambió el peso de lado a lado, y las delicadas crines que cubrían sus cascos flotaron en el aire. Gina miró al resto de los caballos y, después, de nuevo a *Rosie*.

—¿Te sientes fuera de tu elemento? —preguntó, acariciando las sedosas crines de la yegua—. Te entiendo muy bien. Pero nos acostumbraremos a estar aquí. Adam no es un mal tipo. Sólo se comporta como un gruñón.

—Soy un gruñón.

La voz sonó a su espalda y Gina dio tal bote que la yegua se alejó trotando hasta reunirse con el resto de los caballos, al otro extremo del corral. Gina recuperó el aliento y se volvió.

—Podías haber dicho algo, en vez de llegar así y darme un susto de muerte —se llevó la mano al pecho, donde le tronaba el corazón—. Dios, Adam.

—¿Qué diablos haces aquí en mitad de la noche?

Gina se esforzó por recuperar la calma y lo miró. Su torso desnudo relucía como oro a la luz de la luna. Tenía el pelo revuelto y una sombra de barba oscurecía su mentón. Estaba descalzo y sólo llevaba unos viejos vaqueros, muy gastados, que parecía haberse puesto a toda prisa. Los dos botones superiores estaban desabrochados.

Gina miró la hilera de vello negro que desaparecía bajo la tela vaquera y pensó que era demasiado atractivo. Sacudió la cabeza.

—¿Es ésa otra norma, Adam? ¿También tengo que pedir permiso para salir fuera?

—No quería decir eso.

—¿Qué, entonces?

Él se acercó más y ella captó su delicioso aroma, a hombre y jabón. Inspiró con fuerza, para recuperar la compostura, pero sólo consiguió envolverse aún más en su olor.

—Me desperté y no estabas —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Estabas preocupado por mí? —un destello de esperanza brilló en su interior.

—No iría tan lejos —dijo él, desviando la mirada hacia los animales que ocupaban el corral—. Me… preguntaba qué hacías.

Gina pensó que era un principio.

—No conseguía quedarme dormida —dijo ella, volviendo a apoyarse en la barandilla para observar a los caballos moverse bajo la luna—. Bajé en busca de las galletas de Esperanza y de pronto decidí salir a ver cómo estaban los Gypsy.

—¿Qué tienen esos caballos que sea tan endiabladamente especial? —inquirió él, irónico, situándose a su lado.

—Todo —contesto ella, sonriente.

—¿Podrías ser más imprecisa, por favor?

—Vaya. ¿Un chiste? —puso una mano sobre su antebrazo y le pareció un triunfo que él no lo retirara—. Esto es todo un hito para mí, Adam.

—Muy graciosa —se volvió para mirarla—. Pero eso no me dice por qué estás tan loca por estos caballos.

—Son tranquilos. E inteligentes. Y tan geniales con los niños que asombran —observó a uno de los potros iniciar una carrera contra sí mismo y sonrió abiertamente—. Hace años que se crían para formar parte de una familia. Son fuertes y leales. Admiro eso.

—Yo también —dijo él. Cuando Gina lo miró, comprobó que no estaba mirando a los caballos, sino a ella.

Sintió un cosquilleo nervioso pero agradable. La noche estaba en calma, excepto por el sonido de los caballos. Tuvo la sensación de que el mundo estaba aguantando la respiración. Adam estuvo callado tanto tiempo que se sintió obligada a interrumpir el silencio.

—Vi a los Gypsy por primera vez hace unos seis años, en una exhibición equina —volvió a mirar hacia el corral—. Me parecieron bellísimos y elegantes. Tenían ojos líquidos y amables, que parecían ocultar almas muy antiguas que me devolvían la mirada.

—Si tanto los quieres, ¿cómo soportas venderlos?

—No es fácil —ella se rió—. Soy muy cuidadosa con respecto a los compradores. Los investigo hasta tal punto que la CIA quedaría impresionada.

—Yo lo estoy.

—¿En serio? —Gina lo miró y vio en sus ojos un destello que no supo interpretar.

—En serio —señaló con la barbilla los caballos que se movían lentamente de un lado a otro—. He conocido a muchos criadores a quienes no les importan los animales que tienen a su cargo. Sólo les interesa el dinero que pueden ganar.

—Yo también he visto a unos cuantos de ésos —Gina apretó los labios con desagrado.

—Apuesto a que sí —inclinó la cabeza hacia ella—. Siento lo de esta mañana.

—¿Lo sientes? —Gina parpadeó, sacudió la cabeza como si no hubiera oído bien y sonrió—. Cielos. Un chiste y una disculpa. ¡Esta noche va a ser inolvidable para mí!

—Tienes una lengua muy viva, es indudable.

—Cierto. Mi madre siempre dijo que algún día me daría problemas.

—¿Siempre escuchas a tu madre?

—Si lo hiciera, ahora no estaríamos casados —señaló ella. Deseó haber callado al ver su ceño.

—Tenía razón, ¿sabes? Sobre mí. Al advertirte que no te casaras conmigo.

—No es cierto. Adoro a mi madre, pero a veces se preocupa más de lo debido —Gina pensó que parecía estar acercándose a ella por primera vez desde su apresurada boda. Anheló que fuera verdad. Posó una mano en su antebrazo e intentó no notar cómo se tensaba—. Te conozco, Adam…

—No, no me conoces —miró la mano que había sobre su brazo, con tanta insistencia que Gina se sintió obligada a retirarla—. Solías conocerme, Gina, eso lo admito. Pero ya no soy aquel chico. Ha pasado el tiempo y las cosas han cambiado. Yo he cambiado.

—Sigues siendo Adam —insistió ella.

—Maldición —se apartó de la barandilla, la agarró por los hombros y la encaró a él.

Bajo las estrellas, sus rasgos parecían duros y fríos, y sus ojos, profundos y llenos de sombras. Gina sintió la fuerza de sus manos y el calor de su piel traspasando la bata de cachemir.

—No te equivoques con respecto a lo que está ocurriendo aquí, Gina.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —Gina no iba a permitir que la intimidara. No le tenía ningún miedo, por más que quisiera asustarla.

—Sabes exactamente qué quiere decir —aflojó las manos un poco y sus ojos se oscurecieron hasta volverse casi negros—. Te estás engañando, Gina. ¿Crees que no lo veo, que no lo noto?

—Adam…

—El trato es lo único que compartimos —le aseguró él—. Ambos queremos algo del otro, y cuando el trato se complete, llegará a su fin. No te acomodes aquí. No esperes de mí más de lo que puedo dar. Y, por Dios santo, deja de mirarme con esos ojos dorados, suaves y húmedos.

—Yo no…

—Sí, tú sí. Ya es hora de parar, Gina. Por tu propio bien, si no por otra cosa. No existe un nosotros. Nunca existirá.

A ella le dolió el corazón. Intensamente.

Se le revolvió el estómago y luchó contra las lágrimas que le quemaban los ojos. Sabía que él hablaba muy en serio, pero seguía creyendo que entre ellos había más de lo que él quería o podía admitir. Tal vez realmente ella se estuviera engañando, y caería en picado cuando su tiempo juntos llegara a su fin. Quizá esperara encontrar al chico que había conocido dentro de un hombre que había cambiado demasiado para recordarse a sí mismo.

—Existe el ahora —alzó los brazos y apoyó las palmas de las manos en su pecho. Él inhaló, pero no protestó—. Y por ahora, Adam, existe un nosotros.

—Gina… —movió la cabeza y resopló con frustración—. Estás haciendo esto más difícil de lo que debería ser.

—Puede —admitió ella—. Y puede que tú lo estés haciendo mucho menos divertido de lo que podría ser.

Cerró la distancia que los separaba y deslizó las manos por su pecho, explorando, acariciando sus pezones, hasta que él contuvo el aliento, intentando no rendirse.

Pero ella quería su rendición y estaba dispuesta a luchar para obtenerla.

—Estás jugando con fuego, Gina —agarró sus muñecas y las sujetó, mirándola como un hombre que se encontraba en terreno desconocido.

—No soy frágil, Adam. Puedo soportar una quemadura o dos.

—Este fuego es de los que consumen.

—¿Y eso es malo? —le sonrió, a pesar de la dureza de su rostro y la amargura de su mirada. Lo admitiera o no, el Adam de quien se había enamorado seguía ahí, escondido en su interior, y ella quería liberarlo. Quería recordarle que el amor, la vida y la risa merecían la pena. Que eran un tesoro—. Estamos casados, Adam. Mucha gente sueña con encontrar el fuego que compartimos.

—Los fuegos suelen apagarse muy deprisa.

—A veces —admitió ella—. Pero son fascinantes mientras están ardiendo.

—¿No vas a hacer caso de lo que nadie te diga?

—No —admitió ella.

—Gracias a Dios.

Soltó sus muñecas y, sin decir una palabra, llevó la mano al cinturón de su bata. Lo soltó y abrió la bata para admirar su cuerpo desnudo.

Gina se estremeció cuando el aire nocturno besó su piel, pero el frío se disipó bajo la mirada ardiente de Adam. Sus pezones se tensaron, anhelando el roce de sus labios, de su boca. Él deslizó las manos por su cuerpo; la erótica fricción de las callosidades de sus dedos le abrasó la piel, encendiendo su deseo.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el poste de la valla. Adam la acarició desde el pecho a la entrepierna.

—Tu piel resplandece bajo la luna —dijo, inclinándose para capturar uno de sus pezones con la boca.

Ella gimió, se arqueó hacia él y puso una mano en su nuca. Él mordisqueó suavemente, rozando el pezón con los dientes. Gina contuvo el aliento mientras él succionaba, provocando oleadas de placer. Con cada movimiento, Gina sentía aún mayor ternura por ese hombre que intentaba mantenerla a distancia por su bien.

Contempló cómo su boca tentaba y atormentaba, alargando su placer como si estuviera dispuesto a saborearla toda la noche. Percibía su conexión con ella, a pesar de sus advertencias. Manos, labios, lengua y aliento la acariciaban con ternura, transmitiendo sentimientos.

Llevó las manos a sus hombros, disfrutando de su fuerza, de su cálida solidez. Cuando él levantó la cabeza, deseó llorar por la pérdida.

—Necesito tomarte —susurró él.

Gina se estremeció de pies a cabeza.

—Estás tomándome —dijo con una risa apagada.

Él sonrió y a ella se le desbocó el corazón. Esas sonrisas eran tan escasas, tan devastadoras, que la atraían más que nada.

—Quiero más —dijo él, bajando la cabeza por el resto de su cuerpo, apoyándola contra el poste. Ella rezó para no derribarlo con su peso.

—Sí, Adam —dos palabras quedas, casi perdidas en la oscuridad que los rodeaba y acunaba.

Él se arrodilló ante ella, abrió sus muslos y posó la boca en el mismo centro de su placer.

Gina gimió y se aferró a sus hombros, clavándole las uñas en la piel para estabilizarse. Pero mientras intentaba mantener el equilibrio, el

mundo giraba locamente a su alrededor. Él lamió el húmedo y ardiente botón, quitándole el aliento.

«Increíble», pensó. Allí. Afuera. En el jardín, desnuda y dejando que Adam hiciera su voluntad con ella. Y deseando más, anhelando que la hiciera suya. La excitación de estar con él bajo las estrellas sólo incrementaba sus sensaciones.

Él la lamió una y otra vez, torturándola con las dulces e íntimas caricias que provocaban descargas eléctricas en su interior. Después alzó una de sus piernas y la puso sobre sus hombros. Gina tuvo que echar los brazos hacia atrás y agarrarse a la valla. Apenas podía respirar. Su mundo se había encogido y se reducía a Adam, ella y lo que él era capaz de hacerle sentir.

Sólo se oían sus gemidos y los movimientos de los caballos tras ellos. Gina alzó la vista hacia las estrellas, concentrándose en las sensaciones que experimentaba. La noche era amable y la magia de lo que Adam le estaba haciendo era casi más de lo que podía soportar.

Mientras sus labios y lengua seguían moviéndose, deslizó una mano alrededor de su cadera e introdujo un dedo, y luego otro, en su interior. Sus movimiento rítmicos y decididos hicieron que Gina empezara a temblar mientras un clímax devastador se preparaba para saltar como un muelle a presión.

Ella deseó que siguiera así para siempre. Deseaba el orgasmo, pero no quería que el momento acabara nunca.

Bajó la mirada hacia el hombre arrodillado ante ella y tragó saliva. Al observar lo que le hacía, ver su boca llevarla a alturas cada vez mayores, sintió que sus sensaciones se intensificaban aún más. No podía dejar de mirarlo. No podía desviar la vista mientras Adam la tomaba de la forma más íntima, como nunca la había tomado nadie.

Lo sentía dentro y fuera de ella. Su mente se rasgó como un velo y se convulsionó. Cuando llegó el primer torbellino de liberación, gritó su nombre con pasión. Se dejó llevar por la ola hasta que finalmente acabó; luego se derrumbó hacia él, que se levantó lentamente, sujetándola.

—Sabes dulce —dijo, inclinando la cabeza para besar sus labios, su mandíbula y cuello.

—Adam, eso ha sido… —dejó caer la frente contra su pecho, jadeando.

Su cuerpo seguía vibrando cuando él la abrazó. Al sentir la dureza pulsante de su erección en el abdomen, el deseo volvió, como un volcán en erupción.

Adam percibió su reacción. No había salido allí para hacer eso. Sólo la había seguido para comprobar si ocurría algo. Si ella estaba bien.

Había notado que dejaba la cama y se había forzado a dejarla ir. Pero unos minutos después la había seguido y, al encontrarla allí, a la luz de la

luna, en su interior se había formado un nudo inmenso de lujuria, una bola de fuego.

La miró a los ojos y comprendió que era un momento peligroso. Sabía que ella daría importancia al encuentro, vería el lado romántico e imaginaría un futuro en común. Sin embargo, él ya le había advertido que no lo habría.

Ambos habían llegado al trato sabiendo lo que hacían. Él sólo hacía lo posible para cumplir su parte. Hacerle el amor era parte del trato. Sólo eso.

Lo único que podía ser.

Lo único que permitiría que fuera.

Sacudió la cabeza para alejar las preocupaciones y concentrarse en ese momento con ella. No cuestionaría ese fuego. Ni intentaría definirlo.

Tal y como había dicho Gina, tenían un «ahora».

Sin dejar de mirarla a los ojos, Adam desabrochó los dos últimos botones de sus vaqueros y liberó su miembro. Ella tragó aire y curvó los dedos a su alrededor. Le llegó el turno a Adam de jadear y sentir una fusión de tormento y placer.

Mientras ella deslizaba la mano arriba y abajo, él intentó mantener el control y supo que estaba perdiendo la partida.

Y que no le importaba.

Capítulo 9

Rodeó la cintura de Adam con las piernas y él se dio la vuelta, apoyando la espalda en el poste. La áspera madera le raspó la piel, pero le dio igual. Todo lo que sentía, lo único que quería sentir, era la mujer que tenía entre sus brazos.

Sostuvo su esbelto y curvilíneo cuerpo sin dificultad y la hizo descender sobre él centímetro a centímetro. Se sintió envuelto en un calor húmedo que lo apretaba y le provocaba unas sensaciones inigualables.

Cada vez que estaba con Gina era como si fuera la primera.

Y no quería admitirlo, ni siquiera ante sí mismo. Gina era mucho más de lo que había esperado. Su risa lo llenaba. Su genio vivo era un reto. Su pasión exacerbaba la suya propia.

Adam, con las manos en sus nalgas, soportaba su peso y la hacia subir y bajar sobre su gruesa erección. Cada movimiento era delicioso, cada embestida, una victoria y cada retirada, una agonía. La llenaba y ella se adaptaba y lo contenía como si estuviera hecha a medida para él.

Gina echó la cabeza hacia atrás, arqueándose y acercándose más a él. Podría contemplarla toda la noche. Escuchar sus suspiros. Inhalar el aroma dulce y levemente cítrico de su piel. Miraba cada uno de sus movimientos y veía cómo la luz de la luna daba a su carne un resplandor plateado que hacía que pareciera iluminada desde dentro. Cuando enderezó la cabeza para mirarlo, esa misma luna bailaba en sus ojos.

Subió una mano por su espalda, puso otra mano en su nuca y atrajo su boca, tensándose de expectación. Una y otra vez, ella se movió sobre él, meciéndose, girando las caderas, excitándolo más que nunca; y aun así no bastaba.

Le faltaba algo.

La necesitaba a ella.

Sus lenguas se enzarzaron y sus alientos se fundieron en uno. Ella se estremeció con los primeros espasmos del clímax y gimió en su boca, él se tragó el gemido. La quería entera. Necesitaba todo su ser. Sabía, en el fondo del alma, que nunca se cansaría de ella.

Entonces el pensamiento se acabó y por fin se rindió al liberador estallido de placer. Mientras se vaciaba en ella, se preguntó si ésa sería la noche en la que crearían el bebé que pondría fin a lo que había entre ellos.

Seguía sin estar embarazada.

Gina se había preocupado un poco después de aquella noche en el jardín, hacía dos meses. Pero el destino parecía estar de su parte, porque su periodo no se había retrasado.

Así que seguía casada y buscando la manera de convencer al hombre al que amaba de que él también la amaba a ella.

—Estás pensando en Adam —dijo su madre—. Lo leo en tu cara.

Gina la miró desde su lugar habitual, ante la mesa de la cocina de los Torino. Le habían asignado esa silla cuando era una niña y seguía yendo directa hacia ella cada vez que iba a casa.

El sol entraba a través de las anchas y límpidas ventanas. El reloj dio las doce. En el jardín trasero, el perro de su padre le ladraba a una ardilla. Una olla de sopa burbujeaba en el fogón, perfumando el aire con olor a carne y orégano.

Gina pensó que en esa habitación nunca cambiaba nada. Por supuesto, cada dos años recibía una nueva capa de pintura, del mismo tono amarillo brillante, y se renovaban alfombras, visillos y sartenes, pero aparte de eso seguía siendo igual que siempre. El corazón del hogar de los Torino.

La cocina era donde siempre habían desayunado y comido. Allí sus hermanos y ella habían protestado, reído y, a veces, llorado sobre lo que ocurría en sus vidas. Sus padres habían escuchado, aconsejado y castigado según fuera conveniente. Y todos los hijos visitaban la casa siempre que podían, era como tocar base, recuperar el contacto con sus orígenes.

Por supuesto, si querían ocultar algo a sus padres, lo mejor era mantenerse alejados. Sobre todo de su madre. No se le escapaba nada.

—Entonces debo de parecer muy feliz, ¿eh? —bromeó Gina con una sonrisa exagerada.

—No, no lo pareces —su madre llevó un plato con un sándwich y ensalada de pasta a la mesa. Sirvió dos vasos de té con hielo y se sentó frente a su hija—. Me preocupo por ti, Gina. Llevas dos meses con Adam. No pareces feliz. ¿Crees que no lo veo en tus ojos?

—Mamá…

—Ya —dijo su madre, agarrando su vaso de té—. Quieres un bebé. Lo entiendo. ¿Cómo no iba a entenderlo? Yo quería lo mismo. Pero debería ser de un hombre al que ames. El bebé se merece tener un padre que lo quiera como suyo.

—Yo lo quiero —dijo Gina. Dio un mordisco al sándwich de ternera asada porque sabía que su madre no la dejaría marcharse hasta que se lo comiera. Masticó y tragó—. Adam quería a su hijo. También querrá al nuestro. No podrá evitarlo.

Teresa se persignó rápidamente al oír la mención del hijo fallecido de Adam.

—Es verdad que quería a ese niño. Fue una tragedia. Pero sabes, como todo el mundo, que Adam cambió cuando perdió a su familia.

—Es bastante natural, ¿no? —Gina se removió en la silla y empujó la ensalada con el tenedor.

—Sí, lo es. Pero él no quiere avanzar, Gina. La oscuridad de su interior es espesa y pesada, y no quiere que se levante y lo deje.

—Eso no puedes saberlo.

—Tú te niegas a verlo —rezongó su madre.

—Ya hemos hablado de esto —Gina suspiró y dejó el tenedor en el plato.

—Y volveremos a hacerlo —Teresa Torino dejó el vaso en la mesa y le dio una palmadita en la mano a su hija—. Hasta que consiga hacerte entender que estás cometiendo un error que sólo te causará dolor.

—Mamá…

La mujer se recostó, cruzo los brazos bajo su generoso pecho y arrugó la frente.

—Veamos. Te quedas embarazada y después, ¿qué? ¿Te marchas? ¿Dejas al padre de tu bebé? ¿Crees que puedes hacer eso? ¿Sin que te duela?

Sólo pensar en ello ya le dolía, pero admitirlo habría sido un error. Además, Gina seguía confiando en no tener que irse. En que Adam no se lo permitiría.

—Adam y yo hicimos un trato.

—Sí —su madre resopló con disgusto—. Eso me repite tu padre todo el tiempo. Un trato. ¿Qué forma es ésa de iniciar un matrimonio?

—Ejem —Gina alzó el tenedor para pinchar un poco de la ensalada de pasta de su madre, la mejor del mundo—, perdona, pero ¿no fue papá a Italia a verte porque vuestros padres se conocían y creían que haríais buena pareja?

—Te crees muy lista, ¿verdad? —Teresa frunció sus enormes ojos marrones y miró a su hija.

—Bastante lista —aceptó Gina con una sonrisa—. O, al menos, conozco la historia de mi familia.

—Sí, pero también sabes el resto —Teresa se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en el mantel de cuadros amarillos y blancos—. Mi padre me dijo que sería bueno que me casara con Sal Torino y me trasladara a América. Discutí con él. Le dije que no me casaría con un hombre a quien no amara. Después, miré a tu padre y me enamoré en un instante —alzó una mano y agitó el índice ante Gina—. Una mirada y lo supe. Supe que era lo correcto. Que el matrimonio duraría y sería bueno. ¿Puedes decir tú lo mismo?

—He querido a Adam desde que era niña, mamá —Gina se enfrentó a la mirada preocupada de su madre—. Una mirada y lo supe.

—No es lo mismo —suspiró Teresa, exasperada.

—No, no lo es —admitió Gina—. Papá quería casarse y Adam no. Pero —añadió— estamos casados. Y sé que me tiene cariño.

—Cariño no es amor —le advirtió su madre.

—No, pero podría llegar a serlo, mamá. Adam me necesita. Yo lo amo y voy a intentar que esto funcione. Por los dos. ¿Es que no puedes ponerte de mi parte? ¿Por favor?

Los ojos de su madre se agrandaron y abrió la boca con expresión atónita. Se puso en pie, rodeó la mesa y se situó junto a Gina. Tomó el rostro de su hija entre las manos y después la atrajo hacia su regazo, abrazándola con fuerza.

—Claro que estoy de tu parte, Gina. Soy tu madre. Quiero que consigas cuanto desees. Sólo deseo evitarte sufrimiento.

Gina dejó que su madre la meciera un rato, refugiándose en el consuelo de quien siempre la había apoyado. Pensó en Adam, recordó su rostro y sus caricias y su corazón se aligeró, a pesar de que llevaba las de perder. Llevaba dos meses viviendo con él, amándolo. Se había introducido en su casa y sólo podía esperar estar introduciéndose también en su corazón.

El riesgo que estaba corriendo merecía la pena. Tenía que intentarlo o siempre se preguntaría si había renunciado a Adam demasiado pronto.

—Lo sé, mamá, lo sé —dijo, adquiriendo determinación con cada palabra—. Pero a veces uno sólo consigue la felicidad pasando antes por el dolor.

—Esa mujer tuya es increíble con los caballos —dijo Sam Ottowel, mientras revisaba unos recibos de proveedores.

—Sí —Adam sonrió—. Lo es —se inclinó sobre el escritorio del capataz y agarró una libreta. Apuntó un par de cosas y la empujó hacia él—. Quiero que llames a Flanagan. Pide que traiga un pedido extra de avena. Con los caballos de Gina aquí, estamos gastando el doble.

—De acuerdo —Sam se recostó en la silla y apoyó las manos en su voluminoso estómago—. Es fantástica, ¿sabes? Esos malditos animales la siguen como perritos amaestrados. La chica tiene un don con los caballos.

Adam pensó que tenía muchos dones. En especial, tenía el don de convertir su organizada vida en un torbellino. Apenas había tenido un momento para sí mismo desde que aceptó el negocio matrimonial. Y cuando tenía un momento, acababa pensando en ella.

—¿Oyes a esos niños? —preguntó Sam, ladeando la cabeza como si quisiera oír mejor las risas que llegaban desde el corral.

—Sería difícil no oírlos —refunfuñó Adam. Dios sabía que él lo estaba intentando, sin éxito.

El rostro de Sam se tensó y se volvió inexpresivo. Se irguió y consultó su agenda.

—¿Vas a llamar a Simpson para hablar de esa parcela que quiere arrendar?

—Sí —Adam agradeció el cambio de tema. Miró su reloj—. Llamaré a su oficina mañana. Podemos decidir…

Lo que fuera a decir quedó interrumpido por un grito infantil que rasgó el aire. Adam, seguido por Sam, salió corriendo del establo, con el corazón en la boca; se detuvo bruscamente cuando el grito se transformó en una risa jubilosa y burbujeante. Miró hacia el corral y se le hizo un nudo en el estómago.

Un niño, de cuatro o cinco años, estaba sentado a lomos de uno de los Gypsy. Los padres del niño estaban fuera del corral, observando la escena con sonrisas indulgentes, mientras su hija, de unos diez años, saltaba con impaciencia esperando que llegara su turno.

Gina caminaba junto al diminuto jinete, con la mano en su muslo, mirándolo sonriente. La risa del niño flotaba en el aire como una cascada de pompas de jabón y Adam tuvo que esforzarse para controlar el dolor que oprimía su corazón.

No podía moverse. No podía dejar de mirar a Gina y al niño mientras daban la vuelta al corral. Lo veía todo. El sol reflejándose en el cabello rubio del niño, el paso tranquilo del caballo, la sonrisa paciente de Gina… Una y otra vez, el niño reía y acariciaba el cuello de la yegua, enredando los dedos en la espesa crin negra.

—Vuelvo al despacho —murmuró Sam, discreto.

Mientras su vista se centraba en el niño, la mente de Adam se llenó de imágenes de otro niño. De otro día soleado. De un tiempo muy lejano.

—Quiero quedarme contigo, papi —los ojos de Jeremy estaban llenos de lágrimas y le temblaba el labio inferior.

—Lo sé —dijo Adam, mirando su reloj de pulsera. Ya llegaba tarde a la reunión. Tenía ofertas que hacer, documentos que firmar, sueños que cumplir. Sonrió para sí. Desde que se había hecho cargo del rancho familiar, había encontrado nuevos compradores para su grano y ganado. Había arrendado tierras y pensaba reconstruir los establos.

Si eso implicaba pasar menos tiempo del que habría deseado con su esposa y su hijo, pagaría el precio. Todo lo hacía por su futuro.

—Por favor, déjame quedarme —suplicó Jeremy. Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla—. Seré bueno.

—Jeremy —dijo él, apoyando una rodilla en el suelo para mirarlo a la cara—, sé que serías bueno. Pero estoy ocupado y no tengo tiempo de jugar. Lo pasarás mejor con mamá.

Adam miró a la mujer que estaba tras su hijo. Monica no parecía más feliz que Jeremy, pero sus ojos no estaban húmedos, llameaban de ira. Algo que Adam veía cada vez con más frecuencia.

Jeremy agachó la cabeza y dejó caer los hombros con desolación. Se sorbió la nariz y se pasó la mano por los ojos.

—Vale —el niño se dio la vuelta y caminó hacia el coche plateado. Adam se levantó y miró a su esposa.

—Eso es típico de ti, Adam —masculló, mirando por encima del hombro para comprobar que el niño estaba lejos y no oiría sus palabras.

—Dejemos esto por ahora, ¿vale? —miró su reloj de pulsera y Monica siseó entre dientes.

—Siempre dejas «esto», Adam. Ése es el problema.

—No tengo tiempo, ¿entiendes?

—¿Por qué no me apuntas en la agenda para dentro de una semana, Adam? ¿Me concederás un minuto o dos?

Él resopló y extendió una mano, pero ella se apartó para evitar el contacto. Adam suspiró.

—Sabes tan bien como yo que tengo responsabilidades.

—Sí, las tienes.

Él estaba irritado, molesto y cansado de la situación. Monica cada vez tenía menos paciencia con lo que consideraba la «obsesión» de Adam con el rancho King. Pero el rancho era el legado familiar y requería tiempo y dedicación.

La puerta del coche se cerró y vio a Jeremy, ya en el coche, poniéndose el cinturón de seguridad.

—¿Podríamos dejar esto ahora? Tengo una reunión —le dijo Adam a su mujer.

—Bien —movió la cabeza y su pelo rubio describió un arco alrededor de su mandíbula—. No me gustaría que te perdieras una reunión por culpa de tu familia.

—Diablos, Monica.

—Maldito seas, Adam —se dio la vuelta y fue hacia el coche. Antes de abrir la puerta lo miró de nuevo—. Dudo que lo notes, pero creo que deberías saberlo: no volveremos. Jeremy y yo vamos a San Francisco, a casa de mi madre. Ya te comunicaré dónde enviar nuestras cosas.

—Espera un minuto —dijo Adam, yendo hacia ella.

Pero ella había subido al coche, encendido el motor y arrancado antes de que llegara. Observó el polvo que levantaban las ruedas al alejarse. A pesar del intenso sol, sintió frío. Estaba helado hasta los huesos.

El polvo se asentó y él siguió allí, viendo cómo se alejaba el coche con su esposa y su hijo. Sonó la alarma de su reloj y la apagó. Le daría a Monica tiempo para tranquilizarse. Después hablarían.

Lo primero era lo primero. Aún podía llegar a la reunión si se apresuraba.

Veinte minutos después, Jeremy y Monica estaban muertos.

Adam regresó del pasado.

Hacía años que no se permitía recordar ese día. Pero todo había vuelto a su mente por culpa del niño que seguía riendo sobre el caballo.

Adam se sentía como si una tenaza de acero le oprimiera el pecho, impidiéndole respirar. Entrecerró los ojos hasta que vio a Gina y al niño como si estuvieran al final de un túnel largo y oscuro. El sol brillaba sobre ellos, como si definiera la diferencia entre Adam, envuelto en sombras, y su esposa, llena de luz.

Gina lo vio, sonrió y agitó la mano. Él se tensó al ver la calidez de su mirada. No había deseado eso. Seguía sin desearlo.

Era cierto que en los últimos dos meses se había acostumbrado demasiado a su presencia. A su aroma en la casa, a sentirla en los brazos. La buscaba por la noche y percibía su presencia durante el día. El acuerdo temporal empezaba a parecer demasiado permanente.

Al ver que no le devolvía el saludo, sino que la miraba con ojos fríos y vacíos, Gina arrugó la frente y volvió a mirar al niño.

—Se le dan bien los crios, ¿verdad?

Adam volvió la cabeza y vio a Tony, el hermano de Gina, ir hacia él. Ni siquiera había sabido que el hombre estaba en el rancho.

Tony inclinó su sombrero hacia delante, para evitar el destello del sol. Se detuvo junto a Adam y miró a su hermana.

—Mamá me ha enviado con pan recién hecho. Se me ha ocurrido observar a Gina un rato antes de regresar al rancho —dirigió a Adam una mirada de interés—. Parece que no soy el único que ha tenido esa idea.

—¿Lo dices por algo concreto? —Adam frunció el ceño.

—Sólo por una cosa —Tony sonrió—. Tu forma de mirar a Gina me hace pensar que tal vez este acuerdo temporal empiece a ser algo más para ti.

—Te equivocas —negó Adam. No podía equivocarse más. Si acaso, ver a Gina con el niño había demostrado a Adam que tenía que sacarla de su vida. Cuanto antes mejor. Quería volver a su aislamiento.

—Pues me parece que no —Tony fue hacia el establo, se apoyó en una pared en sombra y cruzó los brazos sobre el pecho—. Admito que me puse de parte de mamá respecto a este matrimonio. Me parecía muy mala

idea —hizo una pausa y miró a su hermana—. Pero Gina es feliz aquí. Y creo que tú también eres más feliz con su presencia.

El rostro de Adam se cerró en banda. Miró a Tony fijamente.

—En eso también te equivocas. ¿No lo sabías, Tony? A mí no me va ser feliz.

—Antes lo eras.

—Antes era muchas cosas —dijo él, cortante. Le dio la espalda y entró en el establo. Tony, por supuesto, lo siguió.

—¿Tan empeñado estás en ser desgraciado, Adam?

—Déjalo —replicó él, sin detenerse ni volver la cabeza. No quería amistad con la familia de Gina. No quería mirar a Gina y sentir anhelo. Quería que su mundo volviera a ser como antes de que ella se hubiera introducido en él.

Fue directo al pequeño despacho. Hizo un gesto con la cabeza a su capataz. El hombre se levantó de la silla, saludó con la cabeza a Adam y a Tony y salió, farfullando una disculpa.

Si hubiera habido una puerta, la habría cerrado de una patada. Pero tenía la sensación de que eso no habría detenido a Tony. Igual que su hermana, el hombre no permitía que lo ignoraran.

—¿Qué pasa, Adam? ¿Te da miedo admitir que sientes algo por mi hermana?

Adam alzó la cabeza de golpe y clavó en Tony una mirada tan fría que debería haberlo helado de pies a cabeza. Tony no se inmutó.

—No permito a mis hermanos que me hablen así. ¿Por qué crees que voy a permitírtelo a tí?

Tony encogió los hombros con indolencia, se quitó el sombrero y se pasó la mano por el cabello. Luego miró a Adam.

—Porque estoy preocupado por mi hermana y supongo que eso puedes entenderlo.

Adam maldijo para sí; tenía razón. Entendía muy bien la lealtad familiar, el instinto de defender y proteger. Formaba parte de la educación de los King, así como de los Torino. En ese sentido podía darle cuartel a Tony. Pero eso no implicaba que estuviera dispuesto a discutir su vida privada. O su matrimonio con Gina.

—Lo entiendo —aceptó Adam—. Pero insisto en que lo dejes. Gina y yo manejaremos lo que hay entre nosotros sin intromisiones de nadie.

—Puede que eso sea lo que tú quieres —Tony entró en la habitación, se puso el sombrero, se inclinó y apoyó las palmas de las manos en el borde del escritorio—. Pero no es así como funciona. Gina es mi familia. Mi hermanita. Y yo cuido de los míos.

—También yo —contraatacó Adam.

—¿Es eso cierto? —Tony enarcó una ceja—. No es lo que yo recuerdo.

Adam enrojeció y sintió que la cólera ascendía desde sus pies, como la lava de un volcán, hasta llenar su cabeza y nublarle la visión.

—Si tienes algo más que decir, dilo y vete.

Tony se apartó del escritorio y se pasó una mano por la boca, como si físicamente pudiera borrar las palabras que acababa de decir.

—Eso ha estado fuera de lugar. Lo siento.

Adam asintió, pero no dijo más.

—Sólo digo que serías idiota si no dieras una oportunidad a lo que tienes con Gina, Adam. Y nunca te he considerado idiota.

—Tony, ¿qué estás haciendo?

Ambos hombres se volvieron hacia Gina, que estaba en el umbral. Ella paseó la mirada de uno a otro con ojos brillantes de furia y Adam sintió un puñetazo de algo mucho más fuerte que el deseo.

Entonces fue cuando comprendió que tenía problemas muy serios.

—Creí que estabas con los caballos.

—No es asunto tuyo, pero Sam esta ocupándose del niño y hablando con sus padres —clavó los ojos en su hermano—. Quiero saber qué haces aquí.

—Estoy hablando con mi cuñado —dijo Tony con tranquilidad, pero, siendo un hombre precavido, dio un paso atrás.

—¿Y tú? —Gina miró a Adam.

—Déjalo estar, Gina —contestó él.

—¿Por qué?

—Porque ya hemos acabado —Adam miró a Tony para asegurarse—. ¿No es verdad?

—Sí —Tony asintió y fue hacia la puerta, claramente intentando evitar a su hermana antes de que centrara su furia en él—. Hemos acabado. Encantado de haberte visto, Adam.

Adam asintió de nuevo y esperó a que Tony saliera antes de mirar a la mujer que era su esposa. En ese momento las palabras de Tony reverberaron en su mente: «Hemos acabado».

Adam, mirando los ojos de color ámbar de Gina, deseó que fuera tan fácil como sonaba.

Capítulo 10

Cuando Tony se marchó, fue como si Gina se quedara sola en el diminuto y atiborrado despacho. Adam, aunque físicamente presente, se había cerrado tanto que era como si hubiera olvidado que ella seguía allí.

—Adam —se acercó a él—. ¿Qué ocurre? ¿De qué hablabais Tony y tú? ¿Y por qué pareces tan enfadado?

—¿Enfadado? —la miró con ojos fríos—. No estoy enfadado, Gina, sólo ocupado —para dejarlo claro, levantó un montón de papeles, los cuadró y los introdujo en un archivador marrón.

—Ya. Demasiado ocupado para hablar conmigo, pero no para hablar con Tony, ¿no?

Él giró en la silla, apoyó los codos en la mesa y juntó los dedos. Ladeó la cabeza.

—Tu hermano apareció y no tuve más remedio que hablar con él. Igual que no tuve más remedio que dejar mi trabajo cuando oí a ese niño gritar.

Gina encogió los hombros y sonrió. Pero no obtuvo ninguna reacción de él.

—Danny estaba emocionado, nada más. Sus padres van a comprar la yegua para él y para su hermana, y era la primera vez que montaba.

—No he preguntado por qué gritó el niño —dijo Adam. Agarró un bolígrafo de la mesa—. Sólo he dicho que el ruido es una distracción. No estoy acostumbrado a que tanta gente entre y salga del rancho Y no me gusta.

Gina se sonrojó con un destello de ira. Tal y como hablaba, cualquiera diría que organizaba desfiles a diario. Un par de personas a la semana no era nada. Era normal. Y si él saliera de su despacho a charlar con ellos de vez en cuando, tal vez no lo odiaría tanto. Pero siempre estaba solo, trabajando. Al teléfono, recorriendo el rancho a caballo o reunido con algún comprador.

Para él estaba bien dedicarse a sus negocios, pero no quería permitirle a ella el mismo privilegio. Su trabajo era tan importante para ella como el rancho lo era para Adam. Debería ser capaz de entender eso, al menos.

Pero no tenía sentido discutir con un hombre cuya expresión dejaba claro que buscaba batalla. Ella no quería pelear con él, sino llegar a su corazón. Llegar al Adam que había conocido de niña. El que siempre la había defendido y que ella sabía estaba encerrado en algún oscuro rincón.

Así que cuando habló lo hizo con tono razonable, controlando su genio.

—Sólo han venido unas pocas personas a la semana, Adam. Tienen que ver a los Gypsy en persona y yo tengo que comprobar cómo se portan con los caballos. No podría evitarlo aunque quisiera. Cosa que, por cierto, no quiero.

—No quiero a esa gente por aquí.

—Lamento oírlo —Gina no iba rendirse. Lo quería, pero no iba a permitir que la dominara.

—Esto no funciona, Gina —apretó los labios con gesto de desaprobación.

—¿Esto? —Gina agitó la mano en el aire—. ¿El qué? ¿Los caballos? ¿La gente?

—El matrimonio —repuso él.

Ella se echó hacia atrás, impactada por su respuesta. Se le encogió el estómago. Controló el dolor que atenazaba su corazón y pensó rápidamente. Rememoró el día y lo único que se le ocurrió que podía haber provocado esa reacción era el grito de Danny. Entonces lo comprendió.

—Ha sido por Danny, ¿verdad? —susurró con preocupación—. El grito de Danny inició todo esto.

El rostro de él pareció helarse y ella supo que había acertado. Debería haberse dado cuenta antes. Había perdido un hijo y el grito del niño lo habría rasgado por dentro, haciéndole recordar.

—El niño no tiene nada que ver con esto.

—Creo que te equivocas.

—Ya sé que lo crees, pero eso no importa.

—Sí importa, Adam —avanzó un paso más hacia él. Su ira se transformó en compasión—. Oír a Danny te hizo pensar en Jeremy.

Adam se puso en pie y se encaró a ella antes de que pudiera decir nada más.

—No tiene que ver con mi hijo. No mezcles el pasado con esto.

—El pasado influye en lo que tenemos ahora —arguyó ella.

—Puede que en tu mundo sí, pero el pasado no influye en el mío —la miró con frialdad y Gina comprendió que realmente se creía esa mentira. Sin embargo, ella sabía que el grito de Danny lo había removido por dentro, sacando a la luz algo que mantenía oculto, encerrado bajo llave.

—Esto no tiene que ver con el niño, sino con el trato que hicimos. Sé que llegamos a un acuerdo —dijo con ojos fríos y voz inexpresiva como la de un robot—, y creo que admitirás que he hecho lo posible por cumplir mi parte.

—Sí —aceptó ella, intentando ignorar la oleada de calor que sintió al pensar en las noches que había pasado en sus brazos. Si no hubiera utilizado el diafragma religiosamente, sin duda estaría embarazada. Su

madre siempre había dicho que las mujeres de la familia eran muy fértiles y Adam había puesto todo de su parte para crear ese bebé—. Lo has hecho. Y yo también —añadió.

—Cierto. Pero, dado que llevamos casados más de dos meses y aún no estás embarazada, creo que es hora de reconsiderar nuestro trato.

—¿Qué? —Gina no había esperado eso. No había imaginado que Adam quisiera renegar de un pacto que le otorgaría la escritura de la tierra que tanto deseaba. Pero si quería hacerlo, no tenía forma de impedírselo. Era obvio que no había conseguido llegar a él. Tal vez pretendía que recogiera sus cosas y se fuera. Que olvidara el tiempo pasado con él y siguiera con su vida.

Se estremeció por dentro.

Como si necesitara más espacio para mantener esa conversación, Adam salió al establo. El olor a caballos, heno y madera vieja era casi reconfortante. Ella salió a reunirse con él y siguió mirándolo incluso cuando él giró la cabeza hacia las puertas abiertas que daban al soleado jardín.

—¿Quieres poner fin al trato? —preguntó ella, avergonzándose por lo débil e inquieta que sonó su voz—. Porque no pienso acceder.

Debería acceder, por supuesto. Se preguntó qué clase de mujer se quedaría con un hombre que no la quería a su lado. Sólo una dispuesta a renunciar a su dignidad y a su orgullo.

Sin embargo, Gina sabía que su orgullo había sucumbido al amor. Se justificó diciéndose que no había sido por gusto. Nadie elegía a quién amaba y ella llevaba enamorada de Adam casi toda su vida. A veces se sentía como si hubiera nacido amándolo. Y el tiempo pasado con él los últimos meses había reforzado sus sentimientos.

Pero no era idiota. Sabía que él no era perfecto; de hecho, estaba lejos de serlo. Podía ser frío y calculador. No era fácil llevarse bien con él, pero tampoco era cruel o desagradable a propósito. Sus ojos estaban ensombrecidos por un dolor que rara vez mostraba y sus escasas sonrisas le derretían el corazón.

No, no era perfecto. Pero siempre había sido perfecto para ella. Y, al fin y al cabo, en eso consistía el amor.

Él volvió a mirarla y Gina deseó poder leer sus ojos. Pero era experto en ocultar sus emociones. Era demasiado buen negociante como para permitir que su oponente interpretara sus intenciones.

—No, no quiero poner fin al trato —dijo él por fin.

Gina inspiró lentamente, con alivio, aunque su ansiedad no se disipó. Seguía inquieta.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué pretendes?

—Creo que sería mejor para ambos redefinirlo, nada más —afirmó él con voz queda—. Aún no estás embarazada…

—Sólo han pasado poco más de dos meses —arguyó ella.

—Cierto. ¿Pero y si tardamos un año? ¿O dos?

Gina no contestó, aunque sabía que a ella no le habría importado. Cuanto más tiempo pasara con Adam, más posibilidades tendría de llegar a él, de hacerle comprender lo bien que estaban juntos.

—Lo que quiero decir —Adam se apartó el pelo de la frente—, es que creo que habría que fijar un límite de tiempo a nuestra empresa.

—¿Empresa?

Él ignoró el sarcasmo de su voz.

—Si no estás embarazada cuando llevemos juntos seis meses, acabaremos con esto. Cada uno seguirá su camino y…

—¿Tú consigues tu tierra y yo nada? —barbotó ella, moviendo la cabeza.

—No había terminado —arrugó la frente y siguió—. Si no estás embarazada entonces, pondremos fin al matrimonio y al trato. Ambos saldremos perdiendo.

—¿Renunciarías a la tierra que tanto deseas? —Gina se preguntó si ansiaba tanto librarse de ella, si su matrimonio era tan horrible para él. Era como si ni siquiera hubiera rozado su corazón.

Pero sabía que sí. Lo notaba en sus caricias todas las noches. Lo veía en el destello de deseo y necesidad de sus ojos cuando llegaba a la cama. No entendía por qué luchaba contra eso, por qué tenía tanto empeño en alejarla. Tal vez no quisiera arriesgarse a ser feliz con ella.

Tampoco entendía por qué seguía ella allí. Por qué amaba a un hombre que anhelaba librarse de ella.

—Encontraré otra forma de conseguir la tierra. Tu padre cambiará de actitud, antes o después —se metió las manos en los bolsillos traseros y sacudió la cabeza—. Es la única forma, Gina. ¿Qué sentido tendría alargar esto? Sólo estaríamos poniéndonoslo difícil a nosotros mismos.

—Muchas gracias —rezongó ella.

Los labios de él se curvaron levemente, sin llegar a esbozar una sonrisa. Lo lastimoso fue que a Gina le dio un vuelco el corazón al verlo.

—Me gustas, Gina. Siempre me has gustado. La verdad, preferiría acabar con esto mientras sigamos cayéndonos bien. Si transcurridos seis meses no estás embarazada, ningunos de los dos estaremos satisfechos con el acuerdo.

—Te gusto.

—Sí.

Gina se tragó una risa amarga. Ella lo amaba. Ella le gustaba. Una gran diferencia.

—Creo que lo más justo será acabar transcurridos seis meses y asumir nuestras pérdidas. Además, así tendremos un plazo final y podremos hacer planes teniéndolo en cuenta.

—Entiendo —asintió, tragó saliva e intentó controlar la burbuja de frustración que le quemaba la garganta—. El gran negociador presenta su plan maestro. Buena idea, Adam. No estaría bien tomárnoslo con calma y relajarnos.

—Gina…

—No, ¡no! —alzó ambas manos y empezó a andar.

No podía aguantar quieta un minuto más. Lo cierto era que no sabía quién se merecía más recibir una patada, si Adam o ella. Él era un cabezota y ella… masoquista, tal vez.

Se alejó unos pasos, lo pensó mejor y regresó.

—¿No te das cuenta de la locura que es eso? No, claro que no. Aún no estoy embarazada, y me pones un plazo para conseguirlo; así seguro que no me siento presionada —Gina alzó las manos y luego las dejó caer sobre sus muslos con una palmada—. ¿Qué te parece que les mande un mensaje a mis óvulos? Algo corto y dulce como: «Poneos en fila para ser fertilizados. ¿Qué os está reteniendo?».

Él hizo una mueca airada que no tuvo ningún efecto; Gina estaba más que acostumbrada a verla.

—El sarcasmo no soluciona nada, ¿no crees?

—No creo que sea su función —replicó ella—. El sarcasmo es un fin en sí mismo —echó la cabeza hacia atrás y lo miró fijamente—. Adam, ¿no lo entiendes? Poner plazo no ayudará. Necesitamos estar más unidos, no más centrados en el maldito tictac de un reloj.

—Si no recuerdo mal, hemos estados malditamente unidos casi todas las noches de los últimos dos meses —apuntó él alzando una ceja.

—Eso es típicamente masculino —Gina movió la cabeza—. Asumes que practicar el sexo es estar unido.

—¿Y no lo es?

—¡No, claro que no! —alzó la mano y se tironeó del pelo, de pura frustración—. ¿Qué diablos les pasa a los hombres?

—Espera un minuto…

—No. Espera tú —soltó el aire e intentó recuperar la calma—. Adam, ¿no lo entiendes? Estamos juntos, pero no lo estamos. Dormimos juntos y me ignoras durante el día. Me haces el amor por la noche y a la mañana siguiente me alejas de ti. ¿Cómo diablos se supone que vamos a relajarnos lo bastante para crear un bebé?

Las facciones de él se volvieron rígidas y frías. Como era habitual.

—Por si lo has olvidado, esto no es un matrimonio típico.

—¿En serio? —dio unos pasos hacia atrás con aire dramático y se llevó una mano al pecho—. ¿No lo es? Vaya. ¡Eso explica muchas cosas!

—Si no estás dispuesta a hablar de esto como una persona racional…

—¿Qué harás? —preguntó Gina golpeando el suelo de cemento con la punta de la bota—. ¿Contratar a alguien para que hable por mí? No, espera. Será mejor que contrates a alguien que hable por ti. Así ni siquiera tendrías que mirarme hasta que llegara la hora de ir a la cama y cumplir tu tarea para con la dinastía y el rancho King.

—¿Piensas que hago el amor como si fuera una tarea? —Adam rechinó los dientes.

—¿Acaso no lo es para ti? —Gina deseó haberse mordido la lengua. Era mejor no preguntar si uno temía que no iba a gustarle la respuesta.

Pero ya era demasiado tarde.

Adam parecía disfrutar haciéndole el amor, pero ella podía estar equivocándose también en eso. Tal vez sólo estuviera cumpliendo con su parte del trato. Cabía la posibilidad de que ni siquiera hubiera llegado a él en la cama. Si era el caso, mejor saberlo. Y para eso tenía que presionarlo.

—Hicimos un trato —lo acusó, deseando con toda su alma que negara lo que estaba pensando—, y vienes a mí cada noche para tachar el sexo de tu lista de cosas que hacer en el día.

—Lo que has dicho es una insensatez —dejó escapar una risa desdeñosa.

—¿Sí? Entonces dime que me quieres, Adam. Dime que hacerme el amor es algo más que una tarea. Más que el cumplimiento de tu parte del trato —se acercó a él y sintió el calor de su cuerpo—. Demuestra que me equivoco, Adam —lo retó—. Si soy más que eso para ti, demuéstramelo.

Pasaron los segundos mientras ella seguía mirándolo. Vio chispas surgir de las profundidades de sus ojos de color chocolate y Gina se preguntó si lo había presionado demasiado.

Entonces él la agarró, la apretó contra sí y atrapó su boca con fiera agresividad que derritió cada hueso de su cuerpo.

Por lo visto, había presionado lo justo.

Adam no podía respirar.

La ira que lo había estado ahogando se estaba perdiendo en un mar de deseo. La rodeó con ambos brazos y se entregó a la necesidad que lo atenazaba. Ella abrió la boca y él introdujo la lengua en su interior. La saboreó como si su vida dependiera de ello.

Gina era pura contradicción en muchos sentidos. Dulce pero también desafiante. Sexy y cálida, pero con mucho genio. Ella descontrolaba su

vida. Llevaba caos al orden. Arrastraba a desconocidos a su propiedad. Le hacía sentir demasiado. Desear demasiado.

Enredó las manos en su cabello y echó su cabeza hacia atrás, tomando cuanto ella le ofrecía. Era como una droga que se hubiera introducido en su sistema. Llenaba cada célula y despertaba cada terminación nerviosa.

Era peligrosa.

Ese pensamiento lo sacó de su hechizo e interrumpió el beso como un hombre que emergiera a tomar una última bocanada de aire antes de ahogarse. La soltó y ella se tambaleó un segundo. Después se llevó una mano a la boca y lo miró con ojos vidriosos.

Adam se esforzó para llenar sus pulmones de aire. Luchó para ignorar el latido que sentía en la entrepierna, la frenética exigencia de llegar al final que clamaba en su interior.

—No eres una tarea, Gina. Pero tampoco eres permanente. No puedes serlo —dijo cuando recuperó el aliento.

Vio un destello de pánico en los ojos de ella y se endureció. No dejaría que lo afectara. Mantendría el rumbo que se había fijado cuando aceptó el trato que había dado al traste con la pacífica soledad de su vida.

—¿Por qué, Adam? —su voz sonó suave y tan dolida como sus ojos—. ¿Por qué estás empeñado en no sentir nada? Estuviste casado antes. Querías a Monica.

—No sabes nada de mi matrimonio —dijo él. El fuego que había surcado sus venas se transformó en hielo. Deseó que Gina dejara el tema.

—Sé que se ha ido. Sé que el dolor que sentiste al perder a tu esposa y a tu hijo nunca desaparecerá.

—No sabes nada.

—¡Entonces háblame! —gritó ella—. ¿Cómo puedo saber lo que piensas si te niegas a hablar conmigo? Déjame acceder a ti, Adam.

Él movió la cabeza, sin palabras. No quería darle acceso. Sólo quería el trato impersonal que habían sellado. Su pasado le pertenecía. Él no tomaba decisiones basándose en la culpabilidad, el dolor o cualquier otra emoción que pudiera nublarle el juicio.

Adam dirigía su vida como dirigía el rancho King: con frío y sereno raciocinio. Algo a lo que, obviamente, Gina no estaba acostumbrada.

—He visto las fotos de tu familia en la escalera y en toda la casa —sus ojos dorados lo miraron suplicantes—. Son de ti y de tus hermanos. Tus padres. Tus primos. Pero… no hay ninguna foto de Monica ni de Jeremy. ¿Por qué, Adam?

Él hizo acopio de todas sus fuerzas y mantuvo la voz serena y sus sentimientos ocultos.

—¿Preferirías que llenara la casa con sus fotos? ¿Crees que quiero ver fotos de mi hijo y recordar su muerte? ¿Eso te parece divertido, Gina? Te aseguro que a mí no.

—Claro que no —agarró su antebrazo con ambas manos. Él sintió que su calor lo traspasaba hasta el hueso—. ¿Pero cómo puedes negar lo ocurrido? ¿Cómo puedes negarte a recordar a tu propio hijo?

Adam sí recordaba. En ese momento la imagen de Jeremy apareció en su mente. Pequeño, con pelo rubio como su madre y ojos marrones como los de él. Siempre sonriente, así lo recordaba Adam. Pero eso era privado. No lo compartía.

Lentamente, liberó su brazo y dio un paso hacia atrás.

—Que no me rodee de recuerdos físicos no implica que pueda o desee olvidarlo. Pero los recuerdos no dirigen mi vida, Gina. Mi pasado no se interpone en mi presente. Ni en mi futuro —se obligó a mirarla y a distanciarse de la decepción y desilusión que brillaba en sus ojos.

Ella había sabido desde el principio que él no buscaba amor; si había llegado a tener la esperanza de conseguirlo, él no tenía la culpa.

—Tenemos un trato de negocios, Gina —siguió, al ver que ella no respondía—. Nada más. No esperes de mí lo que no puedo dar y al final los dos obtendremos lo que deseamos.

Capítulo 11

Gina dio vueltas durante días a la conversación que había mantenido con Adam en el establo. Se obligaba a recordar no sólo el fuego de su beso, sino también los dardos de hielo de sus ojos.

Se preguntaba si llevaba meses engañándose. Aferrándose a un sueño infantil que no tenía base real. Tal vez hubiera llegado la hora de admitir la derrota y proteger su corazón antes de que quedara destrozado del todo.

Tiró de las riendas de *Shadow*, obligándola a seguir por el sendero que llevaba al cementerio de la familia King. Cuando llegaban, las nubes de tormenta, que llevaban viéndose en el horizonte todo el día, empezaron a moverse, cruzando el cielo como un ejército invasor.

La temperatura descendió en un instante y la luz del sol se apagó. Se levantó un frío viento y todo se volvió grisáceo. *Shadow* movió las patas inquieta, como si presintiera que se acercaba una tormenta y deseara volver a la cálida comodidad del establo.

Pero Gina tenía una misión y no regresaría a la casa antes de completarla. Se preguntaba cómo Adam había apartado de sí el recuerdo de su familia muerta. Con precisión quirúrgica, había extirpado esa parte de su pasado. No entendía qué clase de hombre podía hacer algo así.

El verano estaba dando paso al otoño. Pronto, los árboles que guardaban el cementerio se cubrirían de tonos dorados y rojos y sus hojas, mecidas por el viento, caerían al suelo creando una alfombra de color. Los días empezaban a acortarse.

Shadow relinchó, sacudió la cabeza y volvió a intentar salirse del sendero. Pero Gina quería enfrentarse al pasado que Adam había enterrado.

La verja de hierro que rodeaba el cementerio parecía desgastada por el tiempo, pero aún fuerte. Como si hubiera sido creada para durar generaciones, igual que la familia King.

Las buganvillas se enredaban por los barrotes y las flores fucsia y lavanda revoloteaban al viento. El pequeño cementerio, de principios del siglo XIX, estaba lleno de lápidas. En algunas, las letras grabadas se habían medio borrado por efecto del paso del tiempo y del clima. Las más recientes estaban rectas como palos, con la piedra aún brillante y el grabado profundo y claro, apenas estropeadas por el viento y la lluvia.

Gina desmontó, ató las riendas de *Shadow* a la verja y abrió la puerta. El chirrido del metal y el viento la pusieron nerviosa. Se sentía como si algo o alguien le estuviera advirtiendo que se alejara del hogar de los muertos y volviera al de los vivos.

Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia helada, mojando su camisa y deslizándose por su cuello y espalda. Las hojas de los árboles

crujieron, sonando casi como un grupo de gente susurrando y preguntándose qué iba a hacer.

Caminó con cuidado por la hierba mojada y se dirigió a la última fila de lápidas, la más reciente.

Los padres de Adam estaban allí, lado a lado, desde hacía más de diez años, cuando el avión privado en el que iban a San Francisco se estrelló. Había flores frescas sobre sus tumbas: rosas del jardín del rancho.

Pero Gina no había ido a ver a los padres de Adam. Quería ver las otras dos tumbas: *Monica Cullen King y Jeremy Adam King*.

También tenían flores. Rosas para Monica y margaritas para Jeremy. La lluvia creaba regueros sobre las superficies de granito y las placas de bronce. Gina sintió que el silencio la ahogaba. Allí yacía la familia que Adam no podía olvidar y no se permitía recordar. Allí estaba la razón de que viviera la vida a medias. El pasado que, de alguna manera, le ofrecía más de lo que podía ofrecerle un futuro con ella.

—¿Cómo puedo hacer que me quiera? —preguntó, mirando una lápida y luego la otra—. ¿Cómo puedo hacerle ver que tener un futuro no implica eliminar el pasado?

Por supuesto, no hubo respuestas. Y de haberlas habido Gina habría salido del cementerio corriendo y gritando. Pero tuvo la sensación de que alguien escuchaba sus preguntas y entendía.

Apoyó una rodilla en el suelo, ante las tumbas gemelas, y sintió cómo el agua empapaba la tela vaquera. Apartó unas ramitas sueltas.

—Sé que os quería. Pero creo que también podría quererme a mí.

Miró la lápida de Jeremy y la inscripción del breve periodo que había vivido. Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar al sonriente niño.

—No es que quiera que os olvide. Sólo quiero…

Su voz se apagó y miró hacia el horizonte.

—Me he estado engañando, ¿verdad? No volverá a arriesgarse. No se arriesgará a amar porque ya ha pagado un precio muy alto.

El cielo se había vuelto negro y tenebroso y la lluvia empezó a caer a mares, empapándola por completo. El frío viento la rodeó, helándola hasta los huesos. Sin embargo, Gina supo que no todo se debía a la tormenta. También influía haber comprendido que lo que había anhelado no sucedería. Había llegado la hora de rendirse. No seguiría con un hombre sólo por la esperanza de que algún día llegara a quererla.

Era hora de librarse del diafragma.

Se puso en pie lentamente.

Adam estaba en el establo, ensillando su caballo, cuando Gina llegó al rancho, empapada y con un aspecto terrible. Se estaba preparando para salir a buscarla, aunque incluso él sabía que sería inútil. En un rancho del tamaño del suyo, podría haber tardado días en encontrarla. Pero iba a ir a

buscarla porque no saber dónde estaba, si a salvo, herida o perdida, lo estaba volviendo loco.

Al verla sintió una mezcla de alivio y furia. Sin preocuparse por la lluvia, salió del establo y fue rápidamente hacia ella. La bajó del caballo y sujetó sus hombros con fuerza brutal.

—¿Dónde diablos has estado? —le gritó, mirándola a los ojos—. Llevas horas fuera.

—Montando —dijo ella, soltándose. Se tambaleó un poco y miró a su alrededor, como si intentara recordar dónde estaba y cómo había llegado—. Estaba montando. Llegó la tormenta…

Su voz se apagó y se perdió entre el golpeteo de la lluvia y el ulular del viento. Se miró como si le sorprendiera estar empapada. El agua caía a mantas y no se veía nada a más de un metro.

Adam luchó por recuperar la legendaria calma que era habitual en su vida. Había estado volviéndose loco de preocupación. Llevaba dos horas observando el avance de la tormenta y buscando su silueta en el horizonte. Se sentía como si llevara todo el día corriendo. Exhausto y al borde del límite.

—Maldición, Gina, no salgas a montar sin decirle a alguien adonde vas —le apartó el pelo empapado de la frente—. Es un rancho muy grande. Podría ocurrirte algo, incluso siendo una jinete experta.

—Estoy bien —murmuró ella, limpiándose el agua de la cara con las manos. Encogió los hombros—. Deja de gritarme.

—Ni siquiera he empezado —le advirtió él, aún atenazado por la emoción que había sentido al verla llegar. Podría haberle ocurrido algo.

Una serpiente de cascabel podría haber asustado a su caballo. Podría haberla atacado un gato salvaje que bajara de la montaña buscando comida. Su yegua podía haber tropezado y haberse roto una pata, dejando a Gina aislada a kilómetros de distancia. Tenía el corazón acelerado y el cerebro en llamas. La ira que había controlado desde que descubrió que había salido sola se desbocó por completo.

La agarró por los brazos y la sacudió hasta que echó la cabeza atrás y sus grandes ojos dorados lo miraron a la cara.

—¿Qué demonios era lo bastante importante para salir a montar avecinándose una tormenta?

—Es igual —ella parpadeó; la lluvia se deslizaba por su rostro como una cascada de lágrimas—. No lo entenderías.

—Vamos —se dio la vuelta y tiró de ella, en dirección a la casa. Habría sido mejor que le diera una bofetada, que negarse a decirle qué había hecho. No iba a seguir allí empapándose.

—Tengo que ocuparme de *Shadow* —protestó ella, forcejeando. No consiguió liberarse.

—¿Ahora te preocupas por la yegua? —movió la cabeza—. Uno de los hombres se ocupará de ella.

—¿Quieres soltarme, Adam? —discutió ella, clavando los talones en el suelo—. Puedo andar sola. Yo cuido de mí misma. Y de mi yegua.

—¿Sí? —la miró de arriba abajo—. Parece que estás haciendo un gran trabajo, Gina —miró por encima del hombro y señaló con la mano—. Sam ya tiene a *Shadow*. La secará y le dará de comer. ¿Satisfecha?

Ella echó un vistazo. Observó cómo guiaban a su yegua al establo seco y caliente. La poca fuerza que le quedaba se desvaneció. Se tambaleó y a Adam le dio un vuelco el corazón. Había revolucionado su vida y acababa de hacerle gritar como un poseso cuando él no gritaba nunca.

—Vamos —masculló. Volvió a agarrarla y tiró de ella sin detenerse hasta llegar a la puerta. Abrió, se quitó el barro que pudo de los zapatos y entró en la casa—. ¡Esperanza!

La mujer mayor salió de la cocina al vestíbulo y corrió hacia Gina.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Está bien, señorita Gina?

—Sí —dijo Gina, aún intentando librarse de la sujeción de Adam—. Lamento este desastre —añadió, señalando el agua y el barro que se deslizaban por el antes reluciente suelo.

—No importa, no importa —Esperanza miró a Adam con dureza—. ¿Qué le has hecho?

—¿Yo?

—No —interrumpió Gina rápidamente—. No fue Adam. Me pilló la tormenta.

Aun así, Esperanza lanzó a Adam una mirada fulminante que decía con claridad: «Podrías haber evitado esto si lo hubieras intentado». A él le dio igual. No iba a quedarse allí parado defendiéndose mientras Gina se helaba hasta morir.

—Voy a llevarla arriba —dijo Adam, yendo hacia la escalera—. Nos vendrá bien algo caliente dentro de, digamos una hora. Tal vez un tazón de tu sopa de tortilla, si hay.

—Sí, sí —dijo Esperanza—. En una hora —chasqueó la lengua cuando Adam alzó a Gina en brazos y empezó a subir los escalones de dos en dos.

—Puedo andar —protestó ella.

—No digas una palabra más, ¿me oyes? —rugió él.

Cuando llegó arriba, echó un vistazo y vio que Esperanza estaba limpiando el desastre que habían dejado a su paso. Hora de volver a subirle el sueldo a su ama de llaves.

—Maldición, Adam, no soy una inválida —dijo Gina, golpeándole el pecho con una mano.

—No. Sólo estás loca —dijo él, yendo hacia el dormitorio. Entró y fue directo al cuarto de baño. Era una habitación enorme, alicatada con azulejos blancos y verdes, con lavabo doble, una ducha lo bastante grande para celebrar una orgía y un *jacuzzi* junto al mirador que daba a los espectaculares jardines traseros. En ese momento, con la lluvia chorreando por los cristales, la vista era una borrosa mezcla de gris y negro.

—Desnúdate —ordenó, dejándola en el suelo.

—No pienso hacerlo —replicó ella.

—Bien. Entonces lo haré yo por ti. Como si no supiera manejar tu cuerpo —llevó las manos a los botones de su camisa, pero Gina le dio un palmetazo. No muy fuerte, porque tiritaba y le castañeteaban los dientes—. Te valdría más esperar a tener algo de fuerza si quieres pelear —dijo él, cortante, inclinándose para abrir los grifos de la bañera. Puso el tapón y se volvió hacia ella—. Estás medio congelada —abrió la camisa de un tirón y se la quitó. Luego le desabrochó el sujetador. Gina se puso un brazo sobre los pechos, en un inútil ejercicio de modestia—. Es un poco tarde para los ataques de timidez, ¿no crees?

—No te quiero aquí —afirmó ella. Sus palabras habrían tenido más fuerza si no le temblara la voz.

—Peor para ti —se arrodilló ante ella y empezó a quitarle una bota—. ¿Qué diablos estabas pensando? ¿Por qué has salido hoy? Sabías que venía tormenta. Oíste el parte meteorológico.

—Creí que tendría tiempo —dijo ella poniendo una mano en la encimera para equilibrarse mientras él le alzaba un pie y luego el otro—. Necesitaba…

—¿Qué? —la miró desde el suelo. Aún debatiéndose entre la furia y el alivio, gruñó—. ¿Qué necesitabas?

—Ya no importa —ella movió la cabeza.

Lo irritó que no le dijera lo que estaba pensando. Dónde había estado. Qué había puesto esa expresión devastada en sus ojos y su rostro. Quería… hacer que se sintiera mejor, maldita fuera. Se preguntó cuándo había empezado a preocuparle lo que ella pensaba, cómo se sentía. Y también cómo podía dejar de hacerlo.

Sacudiendo la cabeza, le quitó los calcetines y empezó a ocuparse de los pantalones. La tela vaquera estaba tan empapada que era difícil de manejar. Tuvo que esforzarse para conseguir bajárselos. Ella volvió a tiritar y Adam curvó los dedos para no acariciarla, para no calentarla con sus manos.

—Estás helada hasta los huesos —siseó.

—Creo que sí.

A sus espaldas, el agua caliente iba llenando la gigantesca bañera y el vapor empañaba los cristales, dejando fuera la noche y el mundo exterior.

—Métete —ordenó Adam.

—Antes vete de aquí.

—Ni lo sueñes —respondió él.

La alzó en brazos como si pesara menos que una pluma y la metió en la bañera. Gina tragó aire cuando el agua caliente tocó sus piernas heladas, pero un instante después se sentó y dejó que el calor la rodease, esperando que llegase también a su corazón.

Gina cerró los ojos y recostó la cabeza, centrándose en la deliciosa sensación del agua caliente alrededor de su cuerpo cansado, dolido y helado. Oyó a Adam pulsar el botón de los chorros de hidromasaje; un segundo después, notó cómo el agua masajeaba su maltratado cuerpo.

Sin duda era irritante, mandón y, en ese momento, el último ser del planeta con quien deseaba estar a solas, pero había tenido razón en lo del baño. Quiso agradecerle que hubiera encendido los chorros, pero cuando abrió los ojos vio que Adam se estaba desnudando.

—¿Qué estás haciendo?

Él la miró con furia, se bajó los vaqueros y los dejó en el suelo, junto a la camisa mojada y las botas. Gotas de agua caían de su pelo y corrían por su torso desnudo.

—¿A ti qué te parece?

—Sé bien lo que me parece —dijo ella, alejándose hasta el otro extremo de la bañera.

Su cuerpo empezaba a encenderse sólo con verlo. Era un imperativo biológico: ver a Adam desnudo y sentir un excitante cosquilleo.

Se preguntó si eso duraría para siempre.

Pensó que si podía aguantar sin verlo durante diez o quince años, seguramente llegaría a controlar la reacción. Pero en ese momento empezaba a sufrir el embate de sus hormonas, a pesar de las advertencias y predicciones negativas que le gritaba su cerebro.

Él entró en la bañera y se sentó frente a ella.

—Estaba preocupado —dijo.

Gina sintió una punzada de algo cálido y dulce durante un instante. Unas semanas antes, incluso unos días antes, habría adorado oír esas palabras de boca de Adam. Le habrían dado esperanza, haciéndole pensar que aún había una oportunidad para ellos.

Pero eso se había terminado.

Gina lo miró a los ojos y sólo pudo pensar que ya no era suficiente. La preocupación y el miedo a que estuviera herida habrían sido iguales en el caso de un vecino. O un conocido.

Ella quería más.

Y no iba a conseguirlo.

—Sigues teniendo frío —dijo él.

—Sí —admitió Gina. Era un frío intenso. El mayor que había sentido en toda su vida. Pensó que más le valía acostumbrarse a sentirlo.

—Eso puedo solucionarlo.

Adam se echó hacia delante, agarró sus brazos y tiró de ella, atrayéndola y estirando sus largas piernas en la bañera. La rodeó con los brazos y apoyó su cabeza en su pecho. Ella se acurrucó, escuchando el firme latido de su corazón.

—No vuelvas a hacerme algo así —dijo él.

Los chorros de agua caliente le golpeaban la espalda mientras Adam acariciaba su piel. Tuvo la fugaz sensación de que él le había besado la cabeza, pero la rechazó, convencida de que eran imaginaciones suyas.

—No lo haré —contestó.

No tendría muchas más oportunidades de preocuparlo. Su tiempo en el rancho King estaba llegando a su término. Y cuando se marchara, Adam no volvería a pensar en ella. Tendría lo que quería: el terreno que devolvería al rancho King su tamaño original.

Pasados unos meses, ella no sería más que un recuerdo inconveniente. Tal vez cuando paseara por ese terreno que tanto le había costado conseguir pensaría en ella. Tal vez se preguntaría qué estaba haciendo o dónde estaba. Pero luego desecharía el pensamiento y lo aparcaría lejos de su memoria, igual que había hecho con el recuerdo de Monica y Jeremy.

—Al menos llévate el teléfono móvil la próxima vez —dijo Adam, deslizando sus manos curtidas por su espalda, creando un contrapunto ideal a los chorros de agua caliente—. Casi me vuelvo loco cuando te llamé y oí el teléfono sonar aquí arriba.

—Lo haré.

Lo cierto era que no había estado pensando a derechas cuando salió del rancho, o le habría dicho a alguien dónde iba. Sabía que podía haber un accidente en cualquier momento, y encontrar a alguien en aquel rancho llevaría semanas de búsqueda. No se había llevado el móvil porque no había querido que nadie interfiriera en su viaje al pasado de Adam.

—Maldición, Gina… —esa vez sonó casi como un gruñido. Gina captó la necesidad en ella, sintió el pálpito de su erección bajo su cuerpo.

Él se tensó, su corazón se aceleró y, segundos después, las caricias de sus manos transmitieron más deseo que ternura.

—Podría haberte pasado algo —murmuró, alzando su rostro. Inclinó la cabeza y la besó larga y profundamente. Su lengua acarició el interior de su boca y su aliento le acarició la mejilla. Ambos gimieron al mismo tiempo.

Gina se acercó más a Adam. Él estaba duro y dispuesto. Se le aceleró la respiración cuando ella deslizó una pierna por encima de su vientre.

Llevó las manos a su cintura y la colocó sobre él. Sus ojos se encontraron y Gina sintió cómo se introducía lentamente en ella. La llenó y se deleitó con la sensación. Intentó grabarla a fuego en su memoria, para no olvidar nunca la sensación de sus manos en su piel mojada. Su olor. El sabor de su beso.

Sabía que sin el obstáculo del diafragma pronto estaría embarazada. Sabía que, mientras la tocaba, mientras sus cuerpos se fundían en uno, en realidad empezaban a separarse.

Sabía que cada caricia a partir de esa noche equivaldría a un silencioso adiós.

Dos meses después, Adam estaba en su despacho revisando los informes de sus corredores de Bolsa y las proyecciones de varias pequeñas empresas en las que el rancho King tenía participación de negocio. Se encerraba allí al menos un día a la semana, revisando las montañas de papeles que generaba una corporación tan inmensa como la suya.

El despacho no había cambiado mucho desde los tiempos de su abuelo. Las paredes eran de color verde bosque. Había estanterías de suelo a techo en dos de las paredes y un ventanal que daba a la ancha pradera que había ante la casa. En un rincón había un mueble bar de caoba y un cuadro, copia de uno de Manet y favorito de su madre, ocultaba tras él un televisor de plasma de cincuenta pulgadas. Había dos sofás enfrentados, listos para que alguien se sentara en ellos y mantuviera una conversación, además de dos enormes sillones de cuero rojizo. También había una enorme chimenea de piedra.

Era su santuario. Nadie entraba allí excepto Esperanza, y sólo para limpiar. Absorto en las columnas de cifras y sugerencias, ni siquiera notó que la puerta del despacho se abría lentamente.

Pero sí la oyó cerrarse.

—No tengo hambre, Esperanza —dijo, sin alzar la cabeza—. Pero me iría bien algo de café, si hay.

—Lo siento —dijo Gina—, no nos queda.

Sorprendido, Adam alzó la cabeza y la vio echar un vistazo a la única habitación de la casa en la que nunca había estado. Llevaba unos vaqueros gastados, una camiseta roja de manga larga y botas que parecían tan viejas como el rancho. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo baja y ni una pizca de maquillaje. Sin embargo, sus ojos dorados parecían llenos de fuego y emoción; Adam supo que nunca había visto una mujer tan bella en su vida.

Sintió la ya familiar descarga eléctrica que recorría su cuerpo cada vez que la observaba. Su sexo se puso duro como el granito. Llevaban meses casados y seguía sin haberse inmunizado a su presencia.

Irritado por ese pensamiento, bajó la vista al montón de papeles que tenía ante él.

—No sabía que eras tú, Gina. Estoy ocupado ahora mismo. ¿Necesitas algo?

—No —respondió ella con suavidad, cruzando la espesa alfombra oriental hacia el escritorio de roble que había pertenecido a su padre—. Ya me has dado cuanto necesito.

—¿Qué? —alzó la vista de nuevo. Su tono solemne le había llamado la atención. Se fijó en la sonrisa triste que curvaba su boca y en el brillo húmedo de sus ojos—. ¿De qué estás hablando? —preguntó, poniéndose en pie—. ¿Algo va mal?

Ella negó con la cabeza, se limpió una lágrima solitaria que había escapado de un ojo y se deslizaba por su mejilla y sacó un papel doblado del bolsillo trasero.

—No, Adam. Nada va mal. De hecho, todo va de maravilla.

—¿Entonces…?

Ella le entregó el papel y observó cómo lo desdoblaba cuidadosamente. Lo primero que vio Adam fue una palabra impresa en color negro: Embarazo.

Sus dedos se tensaron sobre el papel, haciendo que crujiera. Eso sólo podía significar… la miró de nuevo.

—¿Estás embarazada?

Ella le ofreció una sonrisa que no llegó a brillar en sus ojos.

—Lo estoy. Me hice una prueba de embarazo en casa y ayer fui al médico a confirmarla —inspiró profundamente—. Estoy de unas seis semanas. Parece que todo va bien.

Gina. Embarazada de él. Una emoción que no deseaba y que se negó a reconocer destelló en su mente. Bajó la mirada hacia su vientre plano, como si pudiera atravesar la piel y ver el diminuto ser que crecía en su interior. Un niño. Su hijo. Esperó que llegara la cuchillada de dolor, pero no llegó y no supo cómo interpretarlo.

—Enhorabuena, Adam —Gina interrumpió sus pensamientos con su voz queda y, en cierto modo, desgarrada—. Hiciste un buen trabajo. Cumpliste tu parte del trato. Ahora tienes la tierra que querías y el pacto queda cumplido.

—Sí —Adam pasó los dedos sobre el papel y supo que debería sentir una gran satisfacción. Plenitud.

Llevaba cinco años entregado a recuperar los últimos trozos de su rancho. Y lo había conseguido. Tenía en sus manos la escritura de la última parcela y sentía… nada.

—He hecho el equipaje —estaba diciendo Gina. Adam arrugó la frente y alzó la vista de nuevo.

—¿Te marchas? ¿Ya?

—No tiene sentido quedarme más tiempo, ¿no? —su voz se agudizó y subió de volumen.

—No —Adam miró de nuevo el papel. Gina se marchaba. El matrimonio había terminado—. No tiene sentido.

—Adam, hay una cosa más —tomó aire y lo soltó de golpe—. Algo que deberías saber antes de que me vaya. Te quiero, Adam.

Él se desequilibró un poco, como si esas tres palabras hubieran sido un puñetazo. Lo quería y se marchaba. Se preguntó por qué era incapaz de hablar. Por qué no podía siquiera pensar.

—Siempre te quise —admitió ella, y se limpió otra lágrima con gesto impaciente—. No tienes que decir ni hacer nada, así que no lo intentes, ¿vale? No creo que ninguno de los dos pudiera soportarlo —sonrió débilmente, pero Adam captó el temblor de su labio inferior.

Empezó a rodear el escritorio, sin saber qué iba a decir o hacer, pero con la certeza de que debía actuar. Ella lo detuvo alzando una mano y retrocediendo.

—No, por favor —movió la cabeza—. No me toques y no seas amable —soltó una risa que sonó como cristales rompiéndose—. Dios, no seas amable. También quería decirte que no me quedaré en Birkfield. Me voy. Mañana.

—¿Te vas? ¿Adónde? ¿Cuánto tiempo? ¿Por qué?

—Me traslado a Colorado —esbozó otra sonrisa poco convencida—. Voy a vivir con mi hermano Nick y su familia hasta que encuentre un lugar que me interese —mientras hablaba, retrocedía hacia la puerta sin dejar de mirarlo, como si temiera que intentase retenerla—. No puedo quedarme aquí, Adam. No puedo criar a mi hijo tan cerca de un padre que no lo quiere. No puedo estar cerca de ti sabiendo que nunca te tendré. Necesito algo nuevo, Adam. Mi bebé se merece ser feliz. Y yo también.

—Gina, me estás lanzando todo esto demasiado deprisa. ¿Qué diablos se supone que debería hacer al respecto?

—Nada, Adam —cerró la mano sobre el pomo de la puerta—. Esto no tiene que ver contigo. Así que… adiós.

Gina iba a cambiar toda su vida por culpa de él. Se sentía como un canalla, pero no era capaz de decirlo en voz alta. Ella no tendría que verse obligada a marcharse. Abandonar el hogar que amaba por culpa de él.

—Gina, maldita sea…

—Es como tiene que ser, Adam —movió la cabeza—. Te deseo lo mejor. Espero que te vaya muy bien en la vida.

Se marchó y Adam se quedó solo.

Justo como había querido.

Capítulo 12

—¡Eres un tonto! —clamó Esperanza.

Adam ni siquiera alzó la cabeza cuando Esperanza le sirvió el desayuno, junto con su opinión. El sol de la mañana caía sobre él, sentado a la cabecera de la larga mesa de cerezo del comedor. Un hombre en una mesa para doce.

El resumen de su vida.

Su café estaba frío, pero tenía la clara impresión de que pedir otro no le llevaría muy lejos. Miró el plato y vio que los huevos revueltos estaban algo líquidos; odiaba los huevos poco hechos y Esperanza lo sabía muy bien. El beicon estaba quemado por un lado y crudo por el otro, y la tostada, ennegrecida.

Básicamente el mismo desayuno que le había servido cada mañana desde la marcha de Gina.

Quejarse no serviría de nada. Esperanza llevaba demasiado tiempo con la familia. Cuando una mujer le había dado una azotaina a uno de niño, era imposible tener autoridad sobre ella.

—Gracias —dijo. Levantó el tenedor y se preguntó si podría comerse sólo la parte de arriba del huevo. Maldición, él no le había dicho a Gina que se fuera. Había sido idea de ella y la había puesto en práctica sola. Pero ese hecho no parecía importarle a su ama de llaves.

Tampoco le importaba a él. No por primera vez desde su partida, Adam se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. ¿Estaría sentada desayunando con su hermano? ¿Riendo, hablando, disfrutando? ¿O estaría echándolo de menos? ¿Pensaría en él alguna vez?

—¿Vas a quedarte sentado sin hacer nada, mientras la madre de tu hijo está por ahí? —Esperanza estaba a un lado de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho, golpeando el suelo con la punta del zapato. Sus ojos chispeaban con furia y tenía los labios tan apretados que casi habían desaparecido.

Adam apartó sus pensamientos sobre Gina, aunque no demasiado lejos. Mordisqueó un trozo de huevo antes de hacer una mueca de asco y rendirse. Su ama de llaves y él llevaban manteniendo esa conversación tres semanas. En cuanto tenía oportunidad, Esperanza lo amenazaba, arengaba e insultaba por haber permitido que Gina lo abandonara.

—Está bien, en Colorado —apuntó.

—Pero no es aquí.

—Cierto —Adam dejó el tenedor en el plato y se resignó a pasar hambre un día más. Pensó en conducir hasta el pueblo para tomar un desayuno decente, pero desechó la idea enseguida. En el pueblo habría gente. Gente que querría hablar con él y decirle cuánto lamentaba el fin

de su matrimonio. Gente que intentaría sonsacarle más información de la que estaba dispuesto a dar.

—Tienes que ir tras ella.

—Esperanza, Gina se marchó. Quería irse. Teníamos un trato, ¿recuerdas? El trato acabó.

—Trato —dijo la palabra con tanto disgusto que vibró en el aire—. Lo que teníais era un matrimonio. Lo que vais a tener es un hijo al que nunca verás. ¿Es eso lo que quieres, Adam?

Él miró la silla en la que solía sentarse Gina y pensó que no, no lo era. Recordó su risa, el tacto suave de su mano cuando le daba una palmadita en el brazo. Ni siquiera se había dado cuenta de hasta qué punto había llegado a contar con verla cada día. Oírla, hablar y discutir con ella.

En las últimas semanas la vida en el rancho King había vuelto a ser «normal». Los caballos Gypsy estaban de vuelta en el rancho Torino hasta que Gina se instalara definitivamente y pidiera que los enviasen a Colorado. Las continuas visitas de gente interesada en comprarlos habían cesado. Ya no había flores frescas en su dormitorio porque Gina no estaba allí para cortarlas. No había películas ni cuencos de palomitas por la noche porque Gina se había marchado.

Ya no había vida en el rancho.

Su mundo era de nuevo en blanco y negro. Antes le había gustado, pero en ese momento lo odiaba. Odiaba la monotonía, la quietud, la eterna rutina de su existencia. Era como los desayunos que Esperanza le había estado sirviendo: insípida.

Pero no podía cambiarla. Gina se había ido. Iba a crearse una nueva vida sin él, y era lo correcto. Mejor para ella, para su bebé y para él. Estaba casi seguro.

—Ya hace tres semanas que se fue —le recordó Esperanza.

«Tres semanas, cinco días y once horas», corrigió él mentalmente.

—Debes ir a buscarla. Traerla aquí, donde debería estar.

—No es tan sencillo.

—Sólo un hombre diría eso —replicó ella. Agarró el plato del desayuno intacto y se fue con él a la cocina.

—¡Yo soy un hombre! —le gritó él.

—¡Uno muy idiota! —gritó ella de vuelta.

—¡Estás despedida!

—¡Ja!

Adam se derrumbó en la silla y movió la cabeza. Despedirla no serviría de nada. Esperanza no se iría. Seguiría allí los siguientes veinte años, probablemente amargándole la vida siempre que tuviera oportunidad.

Lo cierto era que no se merecía nada mejor. Había dejado a Gina marcharse sin protestar porque no había sido capaz de arriesgarse a quererla. Ni a querer a su hijo.

Eso lo convertía en un cobarde.

Y todo el mundo sabía que los cobardes morían mil muertes.

Unas horas después, Adam había irritado, enfadado y molestado a todos sus empleados y empezaba a asquearse a sí mismo. Así que se encerró en su despacho, hizo algunas llamadas telefónicas y empezó a buscar nuevos proyectos. Al fin y al cabo, tenía la preciada tierra que tanto había deseado. Necesitaba un nuevo objetivo.

—¿Qué pasa? —rugió, cuando alguien golpeó la puerta del despacho con los nudillos.

Sal Torino abrió la puerta y le dedicó una mirada tan intensa que Adam sintió que se helaba por dentro. Se levantó de la silla de un salto. Sólo podía haber una razón para que Sal estuviera allí.

—¿Se trata de Gina? ¿Está bien?

El padre de Gina entró en la habitación, cerró la puerta a su espalda y estudió a Adam un momento antes de hablar.

—He venido porque deberías saberlo.

El hielo que tenía en las venas se movió lentamente hacia su corazón. Adam cerró los puños y apretó los dientes, intentando no perder el control de sus nervios.

—Dímelo. Gina… ¿está bien?

—Gina está perfectamente —dijo Sal, recorriendo el enorme despacho, como si fuera la primera vez que lo veía.

Adam sintió un alivio tan intenso que empezaron a temblarle las rodillas. Se sentía como si llevara corriendo una hora en el sitio. Su corazón galopaba, tenía la respiración entrecortada y, las piernas, de goma. Se preguntó qué diablos pretendía Sal.

—Maldición, Sal. ¿A qué ha venido eso? —gritó—. ¿Querías ver si podías reírte de mí?

—Era una especie de prueba —admitió Sal, deteniéndose frente a él —. Para saber si amabas a mi Gina —entrecerró los ojos—. Ahora lo sé.

Adam se pasó una mano por el pelo y después por el rostro. Amor. Era una palabra en la que había evitado pensar durante las últimas semanas. Incluso cuando yacía insomne planeando bien volar a Colorado para secuestrar a Gina, bien enterrarse en trabajo hasta el cuello, se había prohibido pensar en esa palabra.

No entraba en su plan.

Había probado el amor antes y no se le daba bien. El amor confundía a las personas. Arruinaba vidas. Acababa con algunas de ella. No quería repetir. Aunque el corazón estuviera otra vez vivo y dolido.

—Siento decepcionarte. Por supuesto, me he preocupado por ella. Pero si está bien no entiendo la razón de esta visita —volvió a sentarse, alzó un bolígrafo y miró los papeles que tenía delante—. Gracias por venir.

Pero Sal no se marchó. Se inclinó, apoyó las manos en el borde del escritorio y esperó a que Adam volviera a mirarlo antes de hablar.

—Tengo algo que decirte, Adam. Algo que tienes derecho a saber.

—Entonces dilo y acabemos de una vez —masculló Adam, preparándose para recibir la noticia que hubiera ido a llevarle.

Tal vez Gina ya se había enamorado de otro; la idea le dolió como una puñalada, a pesar de que la rechazó enseguida. Aunque pareciera que Gina faltaba hacía años, sólo habían pasado unas semanas.

—Gina ha perdido al bebé.

—¿Qué? —susurró la palabra y el bolígrafo cayó de sus dedos inertes —. ¿Cuándo?

—Ayer —dijo Sal con expresión de dolor.

«Ayer». Adam se preguntó cómo podía haber ocurrido algo así sin que él lo percibiera. Lo intuyera de algún modo. Gina había estado sola y él había estado encerrado en su mundo. Ella lo había necesitado y él no había estado allí.

—¿Y Gina? ¿Cómo está Gina? —Adam pensó que era una pregunta estúpida. Sabía cómo estaría. Había deseado mucho ese bebé. Estaría devastada. Destrozada. Con el corazón roto.

Un momento después comprendió, para su sorpresa, que sentía esas mismas emociones. Una profunda sensación de pérdida para la que no estaba preparado y que lo dejó sin habla.

—Se recuperará con el tiempo —le dijo Sal con suavidad—. Ella no quería que te enterases, pero a mí me pareció que lo correcto era decírtelo.

—Por supuesto que sí.

Claro que tenía que saberlo. El bebé que habían concebido había muerto. Aunque no había llegado a respirar, Adam sintió su pérdida con tanta intensidad como había sentido la de Jeremy, años antes. No era sólo la muerte del bebé. Era la muerte de sueños, esperanzas y futuro.

—También quería decirte que Gina se quedará en Colorado —añadió Sal, cuando Adam lo miró.

—Ella. Se quedará. ¿Qué? —Adam sacudió la cabeza, intentando concentrarse a través de la niebla de dolor que paralizaba su cerebro.

—No va a volver a casa —dijo Sal—. A no ser que algo consiga hacerle cambiar de opinión.

* * *

Adam no se percató de la marcha de Sal. En su mente destellaban imágenes de Gina y un dolor insoportable atenazaba su corazón. Llevaba semanas pensando sólo en ella, a pesar de que intentaba aislarse del mundo y volver a la solitaria existencia a la que se había acostumbrado.

Por más que lo había intentado, ella invadía su mente. Tentándolo y torturándolo. Llevándolo a preguntarse cómo estaba, dónde vivía y qué le diría a su hijo de él.

Pero ya no había bebé. Gina estaba sufriendo, sintiendo aún más dolor que él y estaba sola. A pesar de su familia, estaba tan sola como él. De repente, Adam supo qué era lo que más deseaba en el mundo: quería abrazarla, secar sus lágrimas, consolarla y dejarse envolver por su calidez.

Quería dormirse abrazándola y despertarse y ver sus ojos. Se puso en pie y miró por la ventana. Los árboles centenarios que bordeaban el camino de entrada se movían al viento y sus hojas, ya doradas, se soltaban y volaban por el aire. El otoño ya estaba allí, pronto los días serían fríos y, las noches, demasiado largas.

Igual que su vida sería larga, fría y vacía sin Gina.

—Esperanza tiene razón —masculló, llevando la mano al teléfono—. Al menos a medias. Soy un idiota, pero eso se acabó.

Gina rió al ver al niño botar en la silla. Estaba tan emocionado siendo un «vaquero» que no había dejado de sonreír desde que lo había montado en el caballo.

Por suerte, aunque su hermano Nick era entrenador de fútbol, tenía un pequeño rancho en las afueras de la ciudad. Pensó que se podía sacar al chico del rancho, pero era imposible sacar el rancho del chico. Y estar allí, trabajando en la pequeña propiedad de Nick y de su esposa la había ayudado mucho. Había pasado tiempo con sus sobrinos y su sobrina y se había mantenido tan ocupada que sólo había podido pensar en Adam cada cinco minutos.

Sin duda eso podía considerarse un progreso.

—Estás pensando en él otra vez.

—Sólo un poco —se dio la vuelta y sonrió a su hermano mayor.

—Anoche hablé con Tony —dijo Nick, apoyando los antebrazos en la valla del corral—. Si te sirve de algo, dice que Adam tiene un aspecto horrible.

No era un gran consuelo, pero Gina lo aceptó. Apoyó la espalda en la valla.

—¿Estaría mal decir «me alegro»?

—No. En absoluto. Tony está dispuesto a ir a darle una paliza. Sólo tienes que dar la orden.

—Sois dos tipos geniales.

—Siempre te lo hemos dicho —sonrió y sus ojos chispearon.

Ella le devolvió la sonrisa. En ese momento un coche llegó por el sendero. No reconoció la furgoneta amarilla, así que su corazón no se aceleró hasta que el conductor descendió.

—¿Quién iba a decirlo? —farfulló Nick.

—Adam —suspiró Gina, enderezándose y deseando estar mejor vestida. Era una tontería, pero su parte femenina no podía evitar sentirse irritada por lucir vaqueros ruinosos y botas sucias en el momento de la visita sorpresa de Adam.

—Nick, ¿podrías vigilar a Mikey?

—Desde luego —afirmó su hermano—. Si me necesitas para librarte de Adam, dame un grito.

Gina no quería librarse de él. Quería disfrutar con sólo mirarlo. Era penoso. Pero él estaba impresionante, incluso más guapo que en las imágenes que veía cada vez que cerraba los ojos.

Se obligó a ir hacia él con pasos cortos, aunque su instinto le gritaba que corriera a sus brazos y no lo dejara marchar nunca. Gina se preguntó cuánto tiempo tenía que pasar para que el amor se desvaneciera. Meses, años…

—Gina —la saludó. Ella tuvo la sensación de que su voz grave le reverberaba en el pecho.

—Adam. ¿Qué haces aquí?

—Tenía que verte —se frotó la nuca con una mano—. Vine en uno de los *jets* de la familia. Alquilé un coche en el aeropuerto… —miró la furgoneta con desagrado.

—Ya veo. Bonito color.

—Era lo único que tenían.

—No te he preguntado cómo has venido —Gina sonrió—. Sólo por qué estás aquí.

—Para verte. Para decirte…

Sus ojos brillaban de emoción, más de la que Gina había visto nunca en ellos. Gina se preguntó qué ocurría. Sintió un destello de esperanza, pero lo contuvo de inmediato. No tenía sentido crear una burbuja que Adam haría estallar de un momento a otro.

—¿Estás bien? —Adam la miró de arriba abajo, con preocupación—. ¿Deberías estar en pie?

—¿Qué? —se rió de él—. Estoy bien, Adam. ¿Puedes decirme qué ocurre?

—Te he traído algo —sacó un papel doblado del bolsillo y se lo ofreció —. Esto es tuyo.

Ella sólo necesitó un vistazo para saber que era la escritura que él tanto había deseado.

—¿Qué? —sacudió la cabeza—. No entiendo.

—Es sencillo. Estoy rompiendo el trato. La tierra vuelve a ser tuya.

Gina miró el papel y luego a él.

—Lo que dices no tiene sentido.

—Tu padre me lo ha dicho.

Gina sintió un cosquilleo de inquietud. Se preguntó qué habría hecho su entrometido padre esa vez.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—Que habías perdido al bebé —Adam le puso las manos sobre los hombros y la miró a los ojos.

Ella se tambaleó, pero él siguió hablando.

—Lo siento mucho, Gina. Sé que eso no basta. Sé que un «lo siento» no significa nada en un momento como éste, pero es lo único que puedo ofrecerte —llevó las manos a su rostro y acarició sus mejillas con los pulgares—. Siento mucho no haber apreciado el milagro que creamos juntos.

Su padre le había mentido. Y creyendo que estaría sufriendo, Adam había corrido a su lado. La burbuja de esperanza volvió a alzarse en su interior. Tomó aire y, por primera vez desde que dejó California, Gina sintió calor.

—Adam…

—Espera. Deja que acabe —la atrajo hacia él y acarició su espalda como si quisiera convencerse de que realmente estaba allí. Con él.

Gina no se lo impidió. Se entregó a la maravilla de estar en sus brazos de nuevo.

—Me preguntaste por qué no tenía fotos de Monica y Jeremy en la casa —dijo él con voz queda y rasgada. Ella se tensó, pero Adam la abrazó con más fuerza—. No los he olvidado. Pero hay algo que no sabes, Gina —se echó hacia atrás para mirar su rostro—. Monica iba a dejarme. Era un esposo terrible y no mucho mejor padre.

—Oh, Adam —eso explicaba muchas cosas—. Te culpas por…

—No —movió la cabeza con tristeza—. No me siento culpable del accidente, aunque si hubiera sido mejor marido tal vez no habría ocurrido. No, Gina. Lo que siento es arrepentimiento por no haber podido o querido ser lo que necesitaban.

A ella se le encogió el corazón, pero Adam no había terminado. En sus ojos, además de dolor, había determinación y esperanza.

—Quiero ser un marido para ti, Gina. Quiero un matrimonio verdadero. Por eso te devuelvo esa estúpida tierra. No la quiero. Quédatela tú, o dásela al siguiente niño que concibamos juntos. Dame la oportunidad de compensarte.

—Oh, Adam… —gimió.

Aquello era con lo que había soñado durante tanto tiempo. Todo estaba allí, al alcance de su mano. Por fin veía en sus ojos lo que siempre había deseado ver y sabía que su vida juntos sería la que había anhelado.

—Te echo de menos —dijo él, mirándola con adoración—. Es como si me faltara un brazo o una pierna. Una parte de mí se marchó contigo. Nada tiene significado desde que no estás. Gina, quiero que vuelvas a casa. Que seas mi esposa de nuevo. Permíteme ser el marido que debería haber sido. Te quiero, Gina. Ya no me da miedo admitirlo. ¿Podrías aceptarme de nuevo? ¿Querrías darme la oportunidad de intentar concebir otro bebé?

—Yo también te quiero, Adam —dijo ella, poniendo la mano en su mejilla.

—Gracias a Dios —musitó él. La atrajo y la besó con la desesperación y pasión que Gina conocía tan bien. Cuando por fin se separaron y se sonrieron, Gina tuvo oportunidad de hablar.

—Volveré a casa contigo, Adam, y nuestra vida será maravillosa. Pero…

—¿Pero? —repitió él, inquieto.

—No hará falta intentar concebir otro bebé de momento —le dijo. Tomó su mano y la colocó sobre su vientre. Esbozó una sonrisa deslumbrante —mirándolo a los ojos—. El primero sigue estando en camino.

—¿Sigues…? —la miró confuso.

—Sí.

—¿Entonces tu padre…?

—Sí —Gina sonrió, se puso de puntillas y se abrazó a su cuello.

—El viejo tramposo —rezongó Adam, devolviéndole la sonrisa. La alzó del suelo y la hizo girar en el aire—. Recuérdame que invite a tu padre a un trago cuando lleguemos a casa.

—Trato hecho —dijo Gina.

—Pues sellémoslo de la manera correcta —propuso Adam, besándola con todo su corazón.

Fin